SOL Y LUNA

3

BUENOS AIRES
1939

S O L Y L U N A

DESPLEGADO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
BIBLIOTECA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Registro Nacional de la Propiedad
Intelectual. Nº. 54730.

Se ruega dirigir la correspondencia a SOL y LUNA,
Pueyrredón 1777 - Buenos Aires

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

147-4-2.

SOL Y LUNA

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA
BUENOS AIRES

DIRECTORES

Ignacio B. Anzoátegui *Juan Carlos Goyeneche*

Secretario de Redacción

José María de Estrada

DESPLEGADO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
BIBLIOTECA

3

BUENOS AIRES

1939

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

S U M A R I O

El Hombre Español, por *Juan J. López Ibor*

Virgen, dibujo, por *Guillermo Buitrago*

A la Pura y Limpia Concepción de María, por *Adriano del Valle*

Notas sobre Educación, por *Juan P. Ramos*

Buril de Vida y Muerte, por *Eduardo Llosent y Marañón*

Totalitarismo, por *César E. Pico*

Canción de la niña única, por *José María Castiñeira de Dios*

Racine y el Misterio Poético, por *Maurice Kehrig-Decoud*

Presagio y Telegrama de Muerte de Ignacio Sánchez Mejía, por *Rafael Duyos*

La Tradición Hispanoamericana en nuestra Emancipación Política, por *Federico Ibarguren*

2 de Agosto de 1914, por *Pío X*

14 de Septiembre de 1937, por *Pío XII*

Catorce Dibujos de la Exposición de Pintura Francesa

FLOR DE LEER

El Huésped, por *Charles Peguy*

De Francisco De Quevedo

De la Crónica de Pero Niño

LIBROS

por *Juan Carlos Goyeneche, Héctor Augusto Llambías, Juan Ignacio Pearson, Alberto Ezpezel Berro, Santiago de Estrada y José María de Estrada.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

S O L

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

AL solidarizarnos, desde su primera hora, con el magnífico renacimiento de España, los hombres de SOL Y LUNA entendimos cumplir un acto de triple fidelidad: fidelidad a España, nuestra madre, en el momento en que España vuelve a ser fiel a sí misma; fidelidad a nosotros mismos, en nuestra raíz original, y en lo que, por gravitación de la sangre y del espíritu, llevamos de español; fidelidad a los principios eternos que confesamos, y de los cuales España se hace otra vez campeona, ante los ojos escandalizados de los que olvidan, traicionan o reniegan.

Por otra parte, recordábamos que la voz auténtica de la hispanidad nunca enmudeció del todo en nuestra tierra, ni aun en el siglo de los feos coroneles liberales; y teníamos conciencia de que, al solidarizarnos con la nueva y eterna España, no dábamos en un "capricho español" ni siquiera en un "impromptu", sino que continuábamos una tradición de fidelidad cuyo itinerario es fácil de seguir en nuestra historia. (Y no hablamos de fidelidad al imperio político

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que fué y puede volver a ser España, sino al imperio espiritual que ha sido siempre, y ahora como nunca).

Nuestra posición nos parecía justa, decente y, sobre todo, natural: lejos estábamos de suponer que alarmase a nadie. Y, sin embargo, alguien se alarmó hace poco, en esa especie de vomitorio final que, con el título de "Calendario", afea la arquitectura de la revista "Sur". Cierto es que en el estilo del ataque identificamos al criollista fantasmagórico cuya temprana desaparición ha enriquecido tanto a las letras argentinas: es ésta una circunstancia que resta valor y seriedad al ataque de "Sur", y nos ahorraríamos la respuesta si no viéramos en ella una oportunidad de conjurar futuros asombros. Afirmamos que somos con España y con la América española un solo "imperio espiritual", una sola cultura y una sola progresión histórica: porque no renegamos de España tenemos el derecho de llamarnos argentinos, y argentinos anti renegados. La nuestra no es una "hispanofilia", sino una "hispanofiliación".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FACULTAD DE FILOSOFIA BIBLIOTE BUENOS

EL HOMBRE ESPAÑOL

I

EN una carta dirigida al conde de York, dejó escrito Goethe esto, que los tiempos posteriores no debieron nunca olvidar: "El hombre no es sólo Naturaleza, sino Historia". Ahora, de vuelta ya de muchas encrucijadas intelectuales, podemos decir, incluso, que el hombre es más Historia que Naturaleza. O más exactamente: que su Historia representa una categoría de valores más elevada que su Naturaleza.

Pero la revalorización de lo histórico en el hombre, y por lo tanto, de la Historia general, no debe desviarse. Hay quien cree que en la Historia se van repitiendo los modos de vida de un modo matemático y casi exacto. Así, se habla de la nueva Edad Media y de nuestro Siglo de Oro como de arquetipos definitivos, a los cuales es necesario volver: se habla también —y esto es más grave — de realizaciones políticas imperiales como las que ya tuvimos, sin detenerse a reflexionar si aquellas serán posibles, o si la vitalidad inmensa e inexhausta de nuestro pueblo creará una nueva y más elevada.

Es verdad que las culturas y los pueblos tienen

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

como un curso biológico, parejo al de un organismo vivo: nacen, crecen, pasan por un momento de esplendor y decaen. Pero aquellos pueblos que tienen un poco de eternidad como el nuestro, renacen siempre, porque no son sólo una realización histórica concreta, sino que, además, son depositarios de un modo especial de concebir la vida, de una forma perenne de Cultura, que en el nuestro ha cristalizado en un designio católico y universo. ¿Por qué prendió en nuestro pueblo la esencia cristiana de la vida de un modo más íntimo que en otros muchos? Porque nuestra intimidad se hallaba más dispuesta que otra alguna; porque en el fondo del ser del hombre que crecía sobre la piel de toro ibérica, había un légamo profundo, que el toque de la gracia convirtió en un torrente de catolicidad. Ha sido un verdadero proceso de insinuación, como diría doña Oliva Sabuco de Nantes: "Dícese insinuación porque el que pone esta medicina se hace de la voluntad, seno...". Así es como aquella primera insinuación del espíritu cristiano se transformó, por hallar el seno adecuado en que ampararse, en la voluntad imperial de convertir el catolicismo en el alma histórica del mundo, que tuvo Felipe II.

Cada pueblo, en cuanto realización de un ser de cultura tiene, pues, su alma, o si se quiere, su paideuma: es como su estructura íntima, como la esencia que impregna toda su historia. En aquel pueblo habrá guerras, epidemias y renacimientos como en los demás pueblos, pero transidos por su paideuma, vibrarán de un modo propio y específico. Acaece con ellos como con los individuos, que conservan, a través de su vida, su modo de ser en la carne y en el espíritu a pesar de hallarse

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sometidos a influencias diversas; podrán sufrir menudas modificaciones en su contorno, que incluso dejen huella permanente, como una quemadura en la piel o una guerra en un país, pero la curva íntima de su desarrollo seguirá, imperturbable, su camino.

Los pueblos, como los hombres, ocultan un fondo insobornable y personal, que les concede su estilo propio. La psicología moderna lo ha puesto bien claro, por lo que respecta al hombre; se analizan al detalle sus reacciones, se desmenuzan sus componentes, pero jamás es posible recomponer al hombre como se recompone un mosaico. Frente a esta sombra interna de sí mismo, fracasan todos los mecanicismos; por eso es tan difícilmente previsible, de un modo exacto, la conducta futura de un ser humano; aunque a veces se puede intuir, como se intuye la forma y la dirección de una llama, sin que haya modo de trazar su plano geométrico ni su geografía exacta. En los pueblos ocurre otro tanto. Preocupados, cientos de veces, por el fondo íntimo del alma española encontramos aquí y allá alguna fórmula seductora. Pero, ¡ay! la seducción cesa rápidamente; captamos aspectos distintos, irisaciones que nos encandilan, pero existe un más allá, que no sabemos lo que es. Lo sentimos morder en nuestra carne de españoles, pero no lo podemos definir.

No está demás, por tanto, la invocación, en el umbral de estas páginas, al condominio de la Historia en todo lo que se refiere al hombre. Para que no pensase, el que leyere, que iba a encontrar en ellas una exposición más de cualquier tipo de psicología, al uso

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

del siglo XIX, que a fuerza de definiciones, delimitaciones y precisiones científicas, acaban por no decir nada.

II

En este estudio de psicología del hombre español —y en las páginas siguientes todavía más, por mor del apretujamiento de las ideas en corto espacio— se contienen afirmaciones que restallan en nuestro espíritu como un latigazo de violencia; aquí existe, efectivamente, una coerción evidente de lo que, por ser fluente como la vida, no puede ser reducido a fórmulas, pero no hay otra manera de poder expresarlo, sino en afirmaciones fuertes, que son como la cúspide oteada de una pirámide hundida en lo más oscuro e indefinible del alma de los pueblos.

También pensarán algunos que, antes de otra cosa, deberíamos plantear la cuestión, de si es posible hablar así, en general, de una psicología del hombre español, cuanto tanta variedad de caracteres nos ofrece nuestra tierra. No se nos ocultan las diferencias existentes entre el vasco y el andaluz (Andalucía, "la eterna vencedora"), el gallego o el levantino; pero desde el momento en que España tiene una Historia, común a todos ellos, hemos de buscar quién es el arquetipo que la ha realizado y de qué vida oscura y entrañable se alimentaba. Es indudable que, a pesar de sus diferencias, hay algo que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

los ha fundido en una comunidad interna de pensamientos, de sentimientos y de acciones frente a sus vecinos. La imagen del francés, por muy próximo a los Pirineos que se piense, despierta en nosotros una silueta distinta de la del español. La contingencia política, aun en las épocas de mayor disolución, no ha podido borrar esta oscura conciencia de doblegarse a un destino común y de alimentarse de la misma savia.

Atendiendo al máximo rigor científico, tampoco puede preocuparnos la objeción. No existen dos esquizofrénicos iguales entre sí y existe, sin embargo, una psicología de la esquizofrenia. El trabajo científico consiste, precisamente, en hallar el poso común de los sucesos dispares, la nota típica en las cualidades divergentes. Se trata aquí de la consecución de un tipo que signifique, del mejor modo posible, las cualidades más características del hombre español. Al hablar de cualidades características, no nos referimos, naturalmente, a las cualidades medias. No buscamos una media entre varios números; no es un problema de estadística. Es un problema de psicología profunda, y mejor aún, de interpretación antropológica de un modo histórico de existir. Se trata como de definir un símbolo, que aunque carezca de realidad inmediata, tiene, sin embargo, el modo supremo de existir que tienen las esencias. Vemos una flor roja y un vestido rojo; pero el rojo en sí, sin hallarse adherido a un objeto, no tiene una realidad, como la de la flor o el vestido, sino de especie distinta. Todos nos comportamos como íntimamente persuadidos de su existencia y por eso adquiere carta de naturaleza en nuestro lenguaje.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

No son las esencias como determinaciones dejadas a la libre especulación de los filósofos, como no son los símbolos simples figuras de mayor o menor belleza. El espíritu humano está embebido de esencias; su función más importante estriba en la contínua captura de ellas. Tanto es así, que no espera que las cosas le canten su esencia al oído, sino que la busca incesantemente, en todos sus modos de manifestarse. Se vale, por ello, de cualquier modo de conocimiento científico que conduzca a ellas, o se entrega a su contacto inmediato, casi tactil, en un éxtasis de conocimiento en sus creaciones artísticas; una vez halladas, trata de depurarlas más y más, de "esenciarlas", de reducirlas, en fin, a una esencia única y universal, que es el modo más auténtico de concebir el ser.

La vida del hombre sobre la tierra está llena de símbolos que son como puentes tendidos entre el mundo de las cosas y el de las esencias. El hombre respeta el símbolo más que a la realidad misma; pero no sólo lo respeta, sino que se entrega a él y por él. Así, el acto que halla mayor valoración en la ética humana, el acto heróico, es una entrega de la vida-cosa por la vida-esencia, que se cifra en la entrega de un símbolo. "Dar la existencia por la esencia".

Esta es nuestra tarea: aproximarnos a la esencia del español. Trataremos en este intento de dar unos primeros pasos en la auténtica interpretación antropológica del hombre español, que está todavía por hacer, y que aún tardará mucho tiempo en poder estar hecha si es que se logra alguna vez. Porque la esencia es algo huidizo, que siempre esquiva el abrazo que le quiere dar el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

espíritu por medio del acto de razón. Sólo se entrega en el éxtasis, como sólo se tiene un puro conocimiento de la Divinidad en el éxtasis místico; y al volver de él, fallan tanto los medios de expresar lo que entonces se ha visto, que únicamente un torrente de metáforas, puede rasgar, ligeramente, el velo de lo inefable.

Esta convulsión que ahora sufre España, representa, además, una coyuntura inmejorable, porque gracias a ella se han puesto al descubierto, en una y otra parte, las raíces más profundas del hombre español. Es como si éste se hubiera desgarrado sus carnes y nos hubiera enseñado sus entrañas más ocultas, como pudiera hacerlo la tierra tras un terremoto. Y como la convulsión la ha sentido cada cual en su propia sangre y en su propio espíritu, cuenta con una serie de vivencias profundas, que no se pueden tener o que no se notan, perdidas en el cauce de la chabacanería cotidiana. Se ha sentido, además, España, quebrantada en la misma médula de su Historia, y ahora, cuando se ha visto en la disyuntiva de ser o no ser, es cuando han chocado en su superficie de un modo más puro las fuerzas positivas y negativas que, en insondable antinomia, forman todo su devenir histórico. Así, el español, en esta terrible purificación de la guerra, se ha podido purificar como pueblo y como destino, y tras la noche oscura de una vida sin profundidad, entregado a remediar su necesidad cotidiana, ha sentido la iluminación súbita de su propia esencia, de su modo esencial de existir y se ha dado cuenta de que ser español "es una de las pocas cosas serias que se puede ser en este mundo".

Cuando el español se halle totalmente fundido con

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

su esencia, adherido a ella por un modo intrínseco de conocimiento, su vida tornará a su prístina gloria esencial. Esta unión, que no es un acto frío de razón, ni siquiera un actitud estética, sino una unión mística, una impregnación de esencia, una especie de cópula de dos mundos distintos, vida y esencia, seguirá formando su conciencia colectiva de un modo mejor que hasta ahora. Creará un nuevo estilo, que será nuevo porque no estará manchado por fuerzas negativas y subhistóricas, como en tiempos recientes. El estilo será, en fin, no nuevo ni viejo, sino el de siempre, puesto que será el puro reflejo de la esencia del hombre español. O sea, la esencia hecha carne, sangre e historia.

III

Como varias veces hemos empleado el vocablo tipo, establezcamos en torno a él algunas precisiones. En general, el amor por lo típico procede de la época romántica; se trata de un amor por aquello que no es corriente en la naturaleza. O sea, de lo que se presenta como excrecencia más o menos morbosa. Aunque no con tan graves caracteres de atracción por lo morboso, ha persistido en el uso de la palabra "típico" un regusto de patología, del cual, naturalmente, nos queremos privar en estas páginas.

Por consiguiente, no vamos a hacer una psicopatología de lo español, lo cual carecería de sentido. Ya

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

puestos en esta encrucijada, conviene detenernos un poco, aunque suponga una pequeña desviación de la línea discursiva que veníamos siguiendo. Cuando se piensa en lo típico español y se trata de hallarle su símbolo, acuden a la mente de cualquiera, sobre todo si es extranjero, las próceres figuras de Don Quijote y Sancho. El español se dibuja entonces como el hombre que, seco el seso por lecturas pasadas o por cualquier otro modo de historia, combate contra malandrines y toma por gigantes a simples molinos de viento. Como en la narración de Cervantes hay tan claras alusiones a la enfermedad de Don Quijote, no han faltado, aquí y allá, ensayos de psicopatología, con la pretensión de definir o encasillar el tipo especial de locura de Don Quijote. Indirectamente se encasillaba de este modo al hombre español; una vez ya definidos como víctimas de una actitud psicósica colectiva, no se nos tomaba en serio.

Todos los ensayos en que se ha pretendido hacer un análisis psicopatológico del Quijote pueden darse muy bien por fallidos. O habría que inventar una nueva psicopatología y entonces veríamos quienes eran los enfermos y quienes los sanos. Don Quijote no sufrió tipo alguno de locura de los que estudian los psiquiatras, ni hay medio posible de reducirlo a esta categoría. Como el Greco no sufrió astigmatismo alguno. Esta interpretación romántica del Quijote ha fracasado. Recientemente leía un estudio sobre Don Quijote, de un psiquiatra contemporáneo (Weygandt) y claramente aparecían a mis ojos de lector sus esfuerzos baldíos e inanes de análisis y clasificación; sobre todo, en aquel gran fracaso final de la psicopatología, en que Don Quijote se cura:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"loco fuí, etc.". Paranoia, parafrenía o cualquier otro calificativo que se quiera buscar anda, por tierras de Don Quijote, como viandante extraño y sin hogar.

Por ello, quien más se ha aproximado a una interpretación auténtica de la locura de Don Quijote ha sido Unamuno, en aquellas sus páginas de la "Vida de Don Quijote y Sancho": "Fundaste este pueblo, el pueblo de tus siervos Don Quijote y Sancho sobre la fe en la inmortalidad personal; mira, Señor, que esa es nuestra razón de vida y es nuestro destino entre los pueblos, el de hacer que esa nuestra verdad del corazón alumbre las mentes entre las tinieblas de la lógica y consuele los corazones condenados al sueño de la vida."

Don Quijote, que en el largo y accidentado curso de su historia, no encontró más que maritormes, venteros, yangüeses o duques burlones, sin lograr prosélito alguno, ni batalla gozosa, adquiere una verdadera grandeza en su trance final, en el que, a pesar suyo, a pesar de sus palabras, el buen pueblo —Sancho— cree en sus locuras y se halla dispuesto, a su vez, a recorrer de nuevo el mundo, ahogando todo lo que pudiera tener de burgués y cotidiano; convirtiéndose, justamente, ante el espectáculo de una muerte lúcida, a una nueva vida de ideal heroico. Reacción paradógica, incomprensible para un hombre europeo, luterano y ginebrino, que escucharía la confesión de Don Quijote no como un espolonazo al ideal, sino como la confirmación de la razón de una vida superficial, sin esquinas ni dimensiones profundas. ¡Tenía que fallar en su comprensión y tenía que fracasar en su tentativa psicopatológica!

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

IV

En la hermosa e inagotable variedad de las posturas posibles del hombre existen, frente a frente, dos, que son radicalmente diversas entre sí. Hay una postura vertical del hombre y una postura horizontal. Existen hombres de esencias y hombres de contingencias.

A partir del dogma roussoniano de la bondad nativa del hombre, había venido imperando un concepto planificado de la naturaleza humana. El hombre, era un ser social y sociable, en el que todo tendía, desde sus instintos a su razón a una suave convivencia con sus semejantes. Contrato social, era *victoriana* del conocimiento del hombre de dos dimensiones, superficial, sin altura ni profundidad, esquematizado, geométrico, racional.

Estos hombres sin sombra y sin pecado original, carecían de problemas internos. Por ello se dedicaron íntegramente a los problemas externos, cósmicos. Inventaron toda una teoría de virtudes sociales, la filantropía en lugar de la caridad. Eran hombres contingentes y casi anecdóticos, sin eje interno ni reciedumbre de alma. A propósito de ésta, llegaron a pensar que era también algo plano, susceptible de caer en una domesticidad de conocimiento y que se le podrían visitar sus entrañas como se pueden visitar las de un barco. Olvidaron el viejo dicho de Heráclito: "¡Jamás podrás encontrar los límites del alma, cualquiera que sea el camino que recorras, tan profundos son!".

Las dos dimensiones de este hombre en superficie se hallan definidas, esquemáticamente, por sus senti-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mientos egoístas y altruistas. Se trata de sentimientos malos o buenos, pero sin grandeza espiritual ni monstruosidad moral, sentimientos sin distancia, pegados al contorno de la persona, sin ansias de maldad leviatánica, ni de bondad infinita. Son hombres ágonos y por ello pueden adaptarse bien los unos a los otros, delimitar sus influencias como se reparten sus intereses. Pero incapaces de generosidad y mucho menos de un acto de radical e incomprensible heroísmo, como el de salvar al Occidente a expensas de su sangre.

Pero el hombre no tiene dos, sino cuatro dimensiones, como el nuevo mundo físico. Cuatro dimensiones humanas que se hallan en contínuo sístole y diástole, en eterno juego de predominios relativos. El hombre completo posee una profunda raíz, que arranca de la entraña de la tierra misma y que por eso llamamos *hílica*, pues como dice el Génesis, el hombre fué hecho de un pedazo de barro. Esta raíz está constituída, principalmente, por su vida instintiva, que no es un blanco panorama de lirios, como suponía Rousseau, sino un mosaico blanquinegro, en el que al lado de los instintos y sentimientos primitivos que le impulsan a amar y a ser mejor, se hallan aquellos otros sombríos que le impulsan a odiar y a destruir.

Cuenta el hombre, finalmente, con otra dimensión, también vertical, pero esta vez dirigida hacia arriba. Una dimensión luminosa, aquella que le infundió Dios cuando sopló sobre el barro, para dejarle su huella divina. Es como una fuerza suprema que evita que su gravitación hacia la tierra, se transforme en un hundimiento irremediable y asfixiante en el cieno de los instintos y de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

las bajas pasiones. Como dicen Beato y Heterio, en su carta contra Helipando: "El espíritu es el entendimiento superior y angélico del alma... Cuando contempla a Dios y lo conoce se llama propiamente espíritu. Cuando tiende a las cosas celestiales se hace con Dios y con los ángeles un sólo espíritu".

Estas cuatro dimensiones tiene el hombre íntegro y total, no de carne y hueso, como diría Unamuno, sino de carne, alma y espíritu como diría el Apóstol. Ahora bien, cada hombre en particular adopta una forma distinta, según la violencia con que tiran de él unas u otras fuerzas. También cada tipo de hombre es una resultante de este desarrollo relativo de sus diámetros internos.

V

El español es, ante todo, un hombre desarrollado con preferencia en las dos dimensiones verticales. Ha fracasado entre nosotros, de un modo violento, la concepción roussoniana y todo género de doctrinas que sobre ella asientan. No han podido anclar en nuestras tierras doctrinas sociales filantrópicas, ni socialismos inanes, sino que enseguida han degenerado en bárbara irrupción de sangre y en la más funesta anarquía. En otro plano, pero con la misma raíz, tampoco pudo lograr carta de naturaleza entre auténticos españoles el krausismo, por ejemplo, que todo lo resolvía en un polígono ordenado de armonías, y ni siquiera puede ser bien ex-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

presado en esta lengua española, de recias aristas e indomables contornos.

Español: hombre vertical. Hombre de esencias. Posición erecta, dura y difícil ante la vida, raíz de sus heroísmos y madre de sus desgracias. Toda la historia de España es así, angulosa, agreste, como hecha de tirones bruscos de glorias y decadencias. Pero siempre se ha mantenido vertical, como un mástil inasequible a todos los vendavales y a todas las seducciones. Así pudo escribir Séneca, en plena romanidad: "No te dejes vencer nunca por nada extraño a tu espíritu; piensa, en medio de los accidentes de la vida, que tienes dentro de tí una fuerza madre, algo fuerte e indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del verdadero vivir; y sean cuales fueren los sucesos que sobre tí caigan, sean de los que llamamos prósperos o de los que llamamos adversos, o de los que parecen envilecernos por su contacto, mantente de tal modo firme y erguido que, al menos, se pueda decir siempre de tí que eres un hombre."

Esta posición erecta ante la vida, como la definía Sócrates, la tiene el hombre sencillo de los campos...

A un gran catador de la sensibilidad del hombre sencillo de nuestras tierras, le oí contar el siguiente hecho, que encierra una profunda lección de filosofía. Una madre acompaña a su hija, de veinte años, a la consulta del hospital. Como el tratamiento exigía la hospitalización, se le propone a la madre. Esta responde: "Si mi hija está grave, la verdad, yo me la llevo, porque para que se muera en el hospital, prefiero que lo haga en casa". Como el doctor la reprendiera, por decir esto de-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lante de su hija, salta ésta, diciendo: "No le haga caso a mi madre, porque ¡qué más se me dá a mi morir en casa que en el hospital!". No importa la muerte como contingencia, ante el hecho esencial de morir. ¡Qué diferencia entre esta actitud y la del chino, que le pregunta al médico europeo, cuándo va a morir su mujer, para tener tiempo de prepararle un lujoso ajuar para la muerte! Y con aquella manera angustiosa de morir Goethe, con el sentimiento dramático de quien lo pierde todo y va a sumirse en una zona oscura. "¡Licht, mehr Licht!" ¡Luz, más luz! En cambio la postura esencial del español ante la muerte es sencilla, llana, como la de quien da un paso más en un seguro devenir. Se muere como Don Quijote "sin hacer espectáculo de la muerte, como se mueren los verdaderos santos y los verdaderos héroes, casi como los animales se mueren, acostándose a morir." (Unamuno).

Como no se ha vivido la vida con ansia de conquista faústica no se siente la muerte como pérdida irreparable. Sólo como tránsito a una región de luz y de paz.

La posición erecta del español, ese eje diamantino de que hablaba Ganivet, imprime su tono poderoso a las relaciones del español con el mundo físico y la naturaleza. El español no siente el cosmos como resistencia que ha de vencer; tiene ante él el sentimiento de lejanía del hombre del desierto o de la meseta. Porque el hombre del llano y de la naturaleza ardiente se funde con ella y oye sus mil voces. Y el hombre de altitud ha tenido que subir, que realizar un esfuerzo para llegar. El hombre de meseta, en cambio, no es enemigo de ella; no toma ante ella posiciones radicales o

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

definitivas. Cuando tenga que hundirse en ella, cuando en él triunfe lo cósmico sobre lo vital, lo hará así, sencillamente, indiferentemente, como se entrega a la muerte, sin requilorios y de una vez.

VI

La dimensión profunda del español requiere un detenido estudio que ahora no podemos más que esbozar. Se ha dicho corrientemente que el español es un hombre de pasión; pero esta designación es demasiado genérica en su contenido y poco adecuada en sus términos. No es cualquier cosa lo que despierta la pasión del español. Su vida instintiva y profunda tiene cauces marcados que la matizan. El español hílico, instintivo, reacciona especialmente ante valores humanos, no ante valores cósmicos. Su instinto de agresión no va dirigido contra el mundo físico, como el del hombre fáustico, sino contra el hombre o por el hombre. Por eso no es España país de grandes descubrimientos o invenciones.

Muchas veces se ha querido buscar una explicación al hecho de nuestra escasa productividad en ciencias físicas, naturales o matemáticas en comparación con nuestro excelso magisterio teológico. Apenas necesitamos recordar alguna explicación, para ver cuán falta de razón anda. No fueron ni la expulsión de los judíos, ni la Inquisición, ni nuestra lucha contra la Reforma, las causas de nuestra escasa vitalidad científica. Menéndez

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pelayo ha desmontado tales leyendas más cumplidamente que otro alguno; pero, a nuestro juicio, tampoco puede atribuirse gran papel a esa especial tendencia a un menudo realismo que el gran maestro nos achaca. Ese fué un realismo impuesto, que nos hacía falta para vivir; era como el aprender a cocinar. En el fondo, lo que existe no es una incapacidad, sino un desinterés. El español se siente especialmente atraído por los valores humanos; por eso le encandila el juego político. Nuestra colonización fué el máximo episodio de humanismo que ha habido en el mundo. Blanqueamos un continente, aunque el oro se haya ido a parar a otras arcas. Si hubo algún colonizador rapaz, tuvo hijos o nietos dilapidadores. La raza ahogaba, de un modo indirecto, el producto de lo que consideraba como una traición a su propia esencia. Sólo nos ha dejado la gloria.

Es curioso observar cómo el paisaje es escaso en la literatura española. No hay paisaje cósmico en el Quijote, más que rara vez; existe, eso si, un abundante paisaje humano. Tanto más extraño es esto, cuanto que Cervantes fué el viajero y forzado de todas las adversidades, pero en su espíritu quedaron gravadas las adversidades humanas, no las cósmicas. Lo mejor de la literatura española se desliza al margen de esa intervención del cosmos como personaje. En la tragedia griega, por ejemplo, los destinos humanos se entrecruzan con los destinos físicos, como personajes del mismo plano. En la nuestra casi nunca sucede esto.

¿Por qué esa indiferencia ante el cosmos? Porque el español lleva su cosmos dentro, lo siente dentro con una violencia inaudita. El cosmos interior, que es su

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

carne y su entraña, es el ámbito que la absorbe. Siente dentro de sí la parte natural del hombre, su naturaleza caída, como un personaje fuerte, emergente. De tal modo le preocupa que, en su torno, se desarrolla un intenso drama interior. Agota casi siempre su capacidad de lucha en esta historia interna, dejándole apenas tiempo para escribir una historia externa que significase el vencimiento de la Naturaleza como resistencia. Cuando mira en derredor es esto también lo que ve como fuerza potente con quien hay que entendérselas: los otros hombres sus semejantes, sus paisanos. Le subyugan los conflictos humanos, los mosaicos alborotados de pasión. Sus virtudes son virtudes humanas, como sus vicios, y así anda el español por la tierra como una mezcla extraña de honor y de miseria envidiosa. En resumen, el español es mucho más Historia que Naturaleza, por referirnos a la disyuntiva de Goethe.

VII

Mucho barroco existe en el arte español. No es todo, naturalmente, pero sí una buena porción en calidad y cantidad. Lo barroco es, según Eugenio d'Ors, el arte de las formas que vuelan, por contraposición al arte de las formas que pesan, que constituye lo clásico. En su terminología de los eones, es el *Pan* frente al *Logos*, la Naturaleza frente al Espíritu. En el marco de esta doctrina podría parecer que existe una contradicción entre

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la exuberancia de las formas barrocas en el arte español con su indiferencia ante la Naturaleza. Pero en la creación del barroco no se trata de una posición científica o faústica frente a la Naturaleza, sino artística. Es decir, que todo el proceso de creación sale de dentro. El hombre de ciencia y el investigador contemplan la Naturaleza, la analizan y la descomponen para descubrir sus leyes, pero siempre tratando de evitar la intervención de su personalidad en aquello que descubren o analizan. El rigor científico, la objetividad, estriban en ello. Ni una brizna de impureza, ni un soplo de pasión debe deformar la objetividad de lo que se busca. Se trata de un acto frío de dominio de unos valores no humanos.

En la creación artística el proceso es inverso. Se extraen las cosas de uno mismo, como de un pozo interior donde hubiese ocultas maravillosas riquezas. Aun cuando se tome un modelo exterior se interpreta, o sea se le hace sufrir un proceso de recreación interior según la ley íntima del propio artista. Por ello, el barroco es algo pánico, cósmico, pero que, en definitiva, procede de una elaboración interna, es decir, del cosmos interior. Véase lo que decimos más adelante del Greco.

Podríamos amontonar consideración sobre consideración que, extraída de nuestra Historia o de nuestro modo de vivir, reforzasen nuestro punto de vista. Quede ello para otra ocasión; pero no queremos dejar de señalar la actitud del español hílico frente al problema de la carne y del cuerpo. No es lo mismo, y conviene advertirlo, la carne que el cuerpo. D'Ors lo ha recordado, bellamente, como siempre. Como en el milagro de San Volfango, ha preconizado la exorcización de los diablos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de la carne con el hisopo del cuerpo. El cuerpo es frente a la carne, lo que la figura frente a la masa; es la turbación contenida y con diques. El cuerpo presta forma a la carne; las entrañas se contienen en él, pero de un modo oculto y casi aséptico. Recibe su vaho caliginoso, pero no le deja salir.

El español siempre ha prestado poco culto al cuerpo. Sobre todo, el arquetipo del español, porque hay zonas en que se ha cuidado un poco más. Pero siempre de un modo indirecto, no como los griegos y ciertos grupos sajones. El deporte no ha adquirido entre nosotros ese carácter de cultivo del cuerpo como continente de un mundo visceral y entrañable; por lo menos, lo ha tenido con mucha menor intensidad que en otras partes. Y nuestras mujeres han tenido menos apetencias de desnudez que las de afuera.

VIII

Si el español hipertrofia su dimensión hílica, aparece el tipo más anárquico y destructivo que darse pueda. Si hipertrofia su dimensión espiritual ofrece las mejores flores de la mística terrena, aquellas en que la luz iluminada del espíritu alcanza grados inefables. Si manteniéndose en su postura erecta, vertical, pierde profundidad y altura, nos aparece el tipo tan corriente, quevedesco, mezcla de epicureísmo y de estoicismo. Es como un español vertical que ha perdido la dimensión

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dramática, sin perder su eje diamantino: truhán, pícaro o altivo, pero no vulgar tipo de comedia.

Precisamente, porque el español siente el palpitar de lo cósmico en su carne con gran violencia, necesita, por imperativo de la dialéctica vital, la fuerza antinómica que evite el desbordamiento. Fuerza antinómica que engendra su estoicismo. Fuerza antinómica que le hace sentir, de un modo más substancial que a otros pueblos la presencia del espíritu. Por ello, cuando por la voluntad de Dios, se comenzó a escuchar en España la Buena Nueva, se hizo tan substancial con ella.

La tensión polar entre el español hílico y el español espiritual influye en todas las manifestaciones de la vida, incluso en la pintura y en el cante jondo, que es un canto visceral, entrañable, que acaba por afilarse al subir a la garganta y salir como una saeta. En pintura un buen ejemplo es el Greco. Emergen en él de un modo voraz, los dos polos fundamentales de la esencia de lo español. De un lado lo oscuro, lo entrañable: sus figuras son carne al descubierto, subconsciencia a velas desplegadas, un "ello" tormentoso y atormentado, que quiebra la línea y el color, seco y ardiente como la tierra misma de España hecha carne, huesos y vísceras. Del otro lado lo espiritual, pero hecho substancia, no como un hálito impalpable, no como un soplo ténue, sino de un modo masivo, fuerte, vigoroso y avasallador. Tanto, que a fuerza de tirar hacia arriba mientras las entrañas pesan hacia abajo, ha estirado las figuras, descoyuntándolas, eviscerándolas casi.

No sé si acertaré a exponer ante los que me leyeren, lo que quiero significar cuando hablo de que la vivencia

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de la *substancialidad del espíritu* constituye una nota característica del alma española. En otras formas de cultura —me refiero especialmente a las europeas— no se ignora la presencia del espíritu. Apenas existe una, por materializada que esté, en donde no asome una veta o un rico caudal de espiritualidad. Pero existen diferencias no sólo de cantidad, sino también de calidad; el hombre dionisíaco no tiene la misma visión de la presencia del espíritu transiendo la vida, que la que tiene el hombre fáustico. Y todas ellas son radicalmente diversas de la que tiene el hombre español.

Dejemos de momento el hecho de la existencia de una doctrina católica del espíritu, sólidamente ahincada en el alma española, y contrapongamos a las ajenas esta nuestra manera, tan substancial de concebir el espíritu. La corriente más caudalosa del idealismo moderno, la de la filosofía alemana, nos puede servir de ejemplo. Tanto más, cuanto que para nosotros el idealismo alemán creció, precisamente, sobre tierra alemana y no sobre otra alguna, porque también allí existía, en constelación geopónica e histórica, el clima adecuado.

En todo el idealismo alemán flota la idea del espíritu contrapuesta a la de la naturaleza. Pero se trata siempre de la idea de un espíritu inmanente, porque lo sienten crecer e incluso gritar dentro del yo, pero no sienten la necesidad y el impulso para lanzarlo fuera de sí y colocarse ante él como ante un nuevo mundo, de realidad tan substancial como el cosmos físico o el propio yo. Si pudiésemos ahora desentrañar el alma íntima de los grandes creadores del idealismo alemán, Kant, Fichte, Hegel, etc., toparíamos con este proceso que acabamos de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dibujar. Hegel llega, por ejemplo, en su Filosofía de la Historia a un despliegue maravilloso del concepto del Espíritu, pero este queda flotando a nuestros ojos como un esquema o una entelequia, incapaz de encarnarse, de ser estimado como algo substancial. Si el espíritu hegeliano, develador del destino histórico de los hombres se le encarna en una Persona una y trina, su filosofía de la historia se hace una, con variantes, con la filosofía de la historia de entronque cristiano. En Fichte el proceso psicológico es tanto más claro cuanto que, en el fondo, deduce de la espiritualidad inmanente del hombre su capacidad y sus motivos de acción. En él, el pensar interno es ya un acto.

Este carácter impregna hasta los más modernos forjadores de la mente y del alma alemana. En Nicolai Hartmann nos encontramos con una concepción estratificada de los modos del ser, en cuatro categorías: materia, vida, inteligencia y espíritu. Cada una de ellas, siguiendo la serie ascendente, es más libre con respecto a la inferior. La vida significa un grado mayor de libertad que la materia, la inteligencia es más libre que la vida y así sucesivamente. Pero cada una está ligada, en cuanto a su subsistencia real, a la categoría inferior; de suerte que no hay vida sin sustrato material en que asentar, ni inteligencia que no asiente sobre la vida, ni espíritu que no se apoye en las categorías precedentes. Es decir, el espíritu no aparece como algo substancial. en si, con un derecho primigenio de existencia, tal como lo presiente la sabiduría del español cotidiano. Esto de apoyarse tiene un valor simbólico; como se apoya y descansa, carace de tendencia gravitatoria hacia el Es-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

píritu puro. Concepción antitética a la que flota en las honduras que, en prosa y poesía, nos legaron nuestros místicos.

No decimos, pues, que el hombre español tenga una parte espiritual, puesto que esta la tienen todos, sino que la siente gravitar de un modo especial, totalmente peculiar a él. Este modo especial de vivencia nos aclararía muchos hechos, por ejemplo, el eterno providencialismo del pueblo español, que en definitiva no es sino un modo peculiar de sentir lo trascendente. Todo ello son matices de su parte espiritual o pneumática como diría el Apóstol, como antes los encontramos en su parte hílica.

Entró en los designios de Dios que fuesen mentes españolas, las que en el primer concilio Ecuménico definiesen la substancialidad del Hijo. El español Osio, redactó en el año 325, en el Concilio de Nicea, la bien conocida profesión de fe: "Creemos en un Dios, Padre omnipotente, Hacedor de todas las cosas visibles e invisibles, y en Jesu-Cristo, Hijo de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, nacido, no hecho, *homousios*, esto es, consubstancial al Padre, por quien han sido hechas todas las cosas del cielo y de la tierra..." (Citado según Menéndez Pelayo). La consubstancialidad es una verdad evangélica, puesto que ya en San Juan se contiene: "Verbum erat apud Deum et Deus erat Verbum". Como evangélica es ecuménica, pero su encaje en la mente del hombre español es tan perfecto, que fuerza a atisbar en su psicología el amoroso regazo en que queda prendida. Por lo mismo que nunca pudo ser mente española, ni aún heterodoxa, la que afirmó que "in Anfang war die Tat": "en el principio fué la acción",

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

atribuyendo a ésta, derechos de primogenitura frente al Verbo.

También es curioso señalar, que el primer Concilio Toledano (año 396), fuera también el primer Concilio en que se definió la procedencia del Espíritu Santo. "El Paráclito es el Espíritu Santo, de quien habló el Hijo: "Si yo no tornase al Padre, no vendrá el Espíritu. Afirmamos esta Trinidad distinta en personas, *una en substancia*..." (Citado según Menéndez Pelayo).

IX

La redención adquiere para el español un significado quizás más profundo que para otros pueblos. Porque cree en ella y siente su necesidad en sus propias entrañas tan vitales, tan cósmicas. El hombre que no siente la mordedura de la carne no tiene por qué redimirse. El que se cree natural e ingénitamente bueno, no busca la ayuda de la Divinidad para ser mejor. La gracia se convierte así en algo desvaído. En cambio, aquel que sabe que está hecho de barro y siente en su carne el aguijón de un mundo espiritual, necesita angustiosamente de la redención. Como ve su polvo y su ceniza "nada en el mundo considera ajeno". Así es como el español sabe llamar, con férvida virtud, hermano, al hombre de color.

Y como gozó de la gracia inmensa de la redención, quiere hacer a todos partícipes de ella. Ahí es donde vió

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

genialmente Maeztu la esencia de la Hispanidad y la tarea histórica del español. Labor de redención en lo espiritual, que es lo mismo que la otra labor de encalar o blanquear razas. Más que de otro europeo cualquiera se pueden decir del español estos versos de Pemán, tan sencillos y tan hondos:

Pueblo en que puso su vista,
su vista lo enblanqueció,
por fuera con luz de Aurora,
por dentro con luz de Dios.

Al comienzo ya lo indicábamos. Esto no es más que un alborotado esquema de lo español, logrado entre líneas frías de razón e intuición de amor por nuestra esencia. No pretendemos precisión ni exactitudes. Al contrario, estamos persuadidos de que no puede haberlas en estas tentativas, porque para llegar al "conocimiento" del alma de un pueblo el mejor camino es, indudablemente, aquel intermedio que preconiza Novalis, entre la ciencia y la poesía. Queden aquí estos puntos iniciales, esperando trayectorias posteriores, con otros que se les agregarán.

JUAN J. LOPEZ IBOR

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

VIRGEN, de Guillermo Buitrago

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A LA PURA Y LIMPIA
Concepción de María

"Ave, Virgen, que de Dios
salís sin mácula alguna
al ponerse de la Luna,
saliendo el Sol para Vos".
Anónimo. Siglo XVI.

I

ANGELES y serafines
—la adolescencia del Cielo—
tocan motetes, maitines,
entre las nubes, jardines,
que pasan aprisa, al vuelo.
¡Qué lejos María del suelo!
Va en volandas, florecida,
de estrella en estrella, erguida,
queriendo su puro anhelo
convertir la muerte en vida.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

II

Inmaculada por Pura,
mejor aún, por Purísima;
azul y blanca, blanquísima,
por el Dogma de su albura.
De su virginal blancura
un azul celeste nace
que en resplandor se deshace,
transparentado en vislumbre,
y en delgadísima lumbre
que nace, muere y renace.

III

Te adoran orbes enteros,
paralelos, meridianos...
Florecen entre tus manos
abetos y limoneros.
Desde la América al Asia
matriculas en tu gracia
esquifes y balleneros.
Y africanos y esquimales
sienten tu alivio en sus males,
y tu paz en sus guerreros.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

IV

Tu dolor promueve un cisma
en las sombras infernales.
Te escoltan alas plurales
de ángeles de un solo prisma.
Atraviesas la marisma
trasvolando palomares,
en andas, entre cantares,
de un Calvario a un crucifijo,
cuando el tempero, prolijo,
cuaja en flor los olivares.

V

Oropéndola, azul, blanca...
Himno abierto en los atriles
de salterios y añafiles,
que de tu celaje arranca.
Santa Cecilia no es manca...
El arpa, por Ti, doliente,
suspirar, gemir, se siente...
Inmaculada María:
armoniosa angelería
baña en música tu frente.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

VI

Desde el Sol, pura y morena,
baja, sí, viva, en el viento,
con un grácil movimiento,
ya que está de Gracia llena.
¡Qué blanco y qué azul estrena
sobre una Luna encendida!
Nazarena fué su vida,
pura y limpia, aureolada;
Concepción Inmaculada
aun después de estar parida.

VII

Con luz de estrella dormida
y olor de jazmín que sueña,
con olor de flor pequeña,
te nimba la noche huída.
La mañana adormecida
te nimba con su plumaje,
y en el aire, en el ramaje,
Inmaculada María,
te nimba la algarabía
pajarera del paisaje.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

VIII

Angeles y serafines
aran y siembran las nubes;
querubines y querubes
riegan nubes y jardines.
Cantan pájaros afines,
ruiseñores virtuosos,
aflautados, melodiosos;
y todo por Ti, María...
¡Toda la pajarería
canta en los bosques umbrosos!

IX

Vislumbres, áureos vaivenes
rompen por el aire claro,
claro de ser tan preclaro
puesto que nimba tus sienes.
María: Tú el aire tienes
por Sol y Luna tañido,
y tu cabello prendido
en cuerdas de arpas volantes,
embriagadas, delirantes,
por arrancar tu sonido.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

X

Tu imagen va por el cielo,
por el mar y por el río,
por el fuego y por el frío,
como el ala va en el vuelo.
Tibio al llanto es tu pañuelo...
Inmaculada Pureza:
cuando tu sonrisa empieza,
todo el zodíaco se ensalma.
¡Siembras de sueños el alma
y de rosas la Tristeza!

ADRIANO DEL VALLE

Sevilla, 1933.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

NOTAS SOBRE EDUCACION

EL problema de la educación es múltiple en todo pueblo moderno, que responda al tipo de la llamada civilización occidental. Abarca distintos aspectos que se vinculan a esenciales atributos humanos, a saber:

a) uno de técnica, que es la base de la organización económica de la vida contemporánea.

b) uno de saber teórico, sin el cual la técnica disminuiría en eficacia, y hasta llegaría a desaparecer, quizá.

c) uno de difusión de conocimientos generales y particulares sobre las ciencias de la naturaleza, las ciencias especulativas y las disciplinas concernientes a la erudición o a la información de cosas, ideas y hechos.

d) uno de comprensión filosófica del mundo, la vida y el hombre, que se relaciona directamente con la formación de la personalidad humana.

e) uno de ajuste de los actos de la vida del hombre a una regla de conducta en lo social y en lo personal, que facilite y perfeccione el desarrollo armonioso

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de los atributos espirituales de su naturaleza de ser que no es un puro mecanismo de acciones y de reacciones.

Esta variedad de aspectos humanos no está íntegramente comprendida en los medios de acción de que puede valerse lo que nosotros llamamos educación en el mundo entero. Lo único que le pertenece, casi exclusivamente, se reduce a la técnica y al saber teórico, que acabo de clasificar en las categorías a) y b). Las demás categorías, c), d) y e) están sólo parcialmente, y a veces en mínima escala, dentro de la posibilidad de la educación. Obra sobre ellas indirectamente, sin lograr abarcarlas ni dominarlas en su totalidad, salvo en ciertos casos muy particulares y aislados. Colabora en grado mayor o menor con otras tendencias, aspiraciones o necesidades del hombre, que son siempre de carácter prevalente. La más importante de todas, en la mayor parte de los problemas humanos, aún a veces los problemas de la técnica y del saber teórico, es la religión.

Sin embargo, la religión no se interpone nunca, por lo general, en lo que concierne al saber teórico o a la técnica, entre la educación y el hombre. Lo demuestra de un modo cabal la abundancia de hombres de fe intensa y activa en todos los grados de la técnica y de la ciencia. No es menester justificarlo con nombres propios, a pesar de la creencia contraria que tienen los que ignoran por completo la historia contemporánea de las ciencias aplicadas o puras. Pero, apenas nos trasladamos a la esfera de la categoría c), o nos remontamos a la d) o la e), surge el conflicto sobre cuál debe ser el sistema empleado y el fin que se persigue.

El conflicto, sin embargo, no es exclusivo de la re-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ligión, lo cual demuestra el carácter contingente de todo problema educativo. Lo crean también, a cada paso, las tendencias políticas, sociales, culturales, filosóficas o antirreligiosas que prevalecen en diferentes momentos de la fragosa evolución humana. El socialismo y el comunismo, por ejemplo, querrán desterrar lo que trasciende a religión, a interpretación espiritualista de lo pasado, al cuadro bíblico de la creación, o simplemente a la creencia en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma. Con el liberalismo sucede idéntica cosa. En nombre de una sencilla afirmación, la de la escuela laica, por ejemplo, que se basa, aparentemente, en la idea de neutralidad religiosa del Estado frente a las divergencias de los hombres en sus distintos cultos, se postula la libertad de la conciencia para escoger o perfeccionar su propia creencia, pero se suprime de la educación el concepto de un Dios creador y regulador del mundo.

Por esto, el problema máximo de la educación, que debería consistir en poder dar al hombre una coherente y consistente comprensión de las causas y de la evolución del universo en que vivimos, no es sólo cuestión de perfeccionamiento de la técnica, ni de abundancia de ideas o informaciones, ni de organización social de la vida, sino que está íntimamente vinculado a la negación de Dios por el hombre o al libre sometimiento del hombre a la gracia santificante de Dios. Según el punto de vista en que se coloquen un ateo o un creyente, el hombre ajustará los actos de su vida a dos reglas distintas de conducta que facilitarán o perturbarán, en consecuencia, porque ambas no pueden alcanzar, a la vez, idénti-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

co beneficio espiritual, el desarrollo armonioso de los mayores atributos de su naturaleza.

Esta es la tragedia esencial de la educación. Si hay Dios, todo lo que haga para alejar de El al hombre, será un crimen contra la idea de hombre. Si no hay Dios el problema se agrava pavorosamente. ¿Hacia qué fines conducirá al hombre? ¿Con qué medios lo llevará hacia ellos? ¿Qué hará si se equivoca en los medios o en la elección del fin? ¿Quién resuelve cuáles serán más convenientes? Todos los educadores, con su sola autoridad, preconizan medios y fines distintos. Cada nación persigue la obtención de diferentes tipos individuales y sociales. Hoy se impone lo blanco, mañana lo negro, pasado mañana lo gris, y la experiencia se repite cinco o seis veces por siglo en un pueblo de formas sociales definidas y conocidas a través de una larga historia, como Francia, por ejemplo. Y lo que se hace mal actuando sobre el niño de hoy no puede rehacerse ni enmendarse sobre el hombre de mañana. Esta es la eterna tragedia de los sistemas de educación en el mundo, y no han de evitarla los sistemas y teorías que nacen y mueren en el espacio de unos años.

La educación se cifra en el propósito puramente humano, esto es, falible y tornadizo, de conseguir dar al individuo, en la edad de su inmadurez, los elementos espirituales que le permitirán más tarde, en la edad de la madurez, llegar a ser un hombre útil o un hombre bueno en el seno de una sociedad cuyos caracteres futuros son desconocidos hoy, hasta para el ojo más penetrante. La religión, en cambio, es el medio divino de hacer del hombre, durante el transcurso de su existencia entera,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

un ser que se transforme, por adopción merecida, en hijo de Dios. La educación, cuando pretende modelar la inteligencia, el carácter, las aptitudes, las costumbres, obra nada más que sobre las causas segundas que determinan la vida y las transformaciones de las cosas y de los seres, porque ella no es dueña de modificar la herencia biológica y social que establece el tipo dado de un individuo en el momento de nacer. La religión obra exclusivamente sobre el espíritu, para que abarque luego, en relación con su propia medida, el misterio insondable, sólo transparente para Dios, de la causa primera, que está en El mismo. La educación, sin la religión, puede ayudar a hacer del hombre un ejemplar admirable de ciudadano, de sabio, de soldado, de investigador, de profesor, de obrero, como también de ser superior en lo moral e intelectual, aunque esto último únicamente en casos extraordinariamente raros, en los que nunca será posible determinar si son así en virtud de su propia naturaleza o en virtud de la educación recibida. La religión, sin la educación, puede hacer de una persona ignorante o pecadora un santo, que luego sobrepasa, en perfección, la medida de lo humano, situándose en una altura inaccesible al solo esfuerzo desvinculado de la idea de Dios. En estas dos distinciones que acabo de precisar: "ayudar a hacer" y "poder hacer", está gráficamente contenida la diferencia esencial entre educación y religión.

Además, la educación es un problema autónomo del espíritu. El hombre se desarrolla de adentro afuera, no de afuera adentro. Para que un individuo sea educable en tal sentido o en tal aspecto de su personalidad,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

es menester que los elementos de ésta existan de antemano dentro de sí mismo. La más perfecta de las educaciones no puede fabricarlos ni trasmitirlos. Las posibilidades de cada ser son, en consecuencia, los límites de la educación. Su maravilloso poder humano, que nadie puede negar, consiste nada más que en ayudar. Despierta, tonifica y perfecciona, pero no crea de un individuo A un individuo B. Sólo puede elevar el coeficiente personal de A a la potencia 2, 3, 4 o a la enésima potencia, cuando es capaz de establecer por sí misma una coherente armonía entre sus sistemas y medios propios y el ambiente intelectual y moral que envuelve al educando en el medio social en que crece y en que está destinado a actuar. La sabiduría suprema de la educación consiste, pues, en conocer sus límites. De este modo circunscribe su acción a lo que es subjetiva y objetivamente posible en materia de formación de un individuo por otro, que es el maestro o educador. Esto no puede negarlo nadie que piense y obre de acuerdo con lo que demuestra la experiencia humana de todos los tiempos y en el seno de cada hogar: que el hombre no es una tabla rasa sino una suma de atributos. Su desarrollo, en cada ser, depende tanto de su propia personalidad como en el medio en que ésta está determinada, por su naturaleza, para despertarlos, tonificarlos, perfeccionarlos.

La religión es un problema de Dios. Esto ya no es una verdad para todos, como la de los límites posibles de la educación. Pertenece nada más que a la doctrina sobrenatural de la Iglesia de Roma. Se asienta, para el cristiano, en dos principios irrefragables: la afirmación de Jesús, por ser Hijo consubstancial de Dios, y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

su propia experiencia de haber logrado transformar el universo espiritual y moral del hombre en mil novecientos años de historia ininterrumpida. En ambos principios resplandece, para el cristiano, la omnipotencia de Dios sobre la particularidad limitada y precaria del individuo. Dios no tiene límites en la naturaleza ni en el hombre. Puede encarnar la segunda Persona de la Trinidad en el cuerpo inmaculado de una mujer, y puede convertir a Pedro, que acaba de negar a Jesús en la piedra invulnerable sobre la cual se asentará el milagro futuro de la subsistencia de la Iglesia. Con la misma facilidad puede tocar con la gracia el alma de un individuo, elevándolo del plano natural de la vida sometida a las leyes de las causas segundas al plano sobrenatural de la vida que se manifiesta y participa en el misterio de la causa primera. Y una vez elevado, ese hombre se encuentra en una situación, que un momento antes de pisar su camino de Damasco, tal vez pudiera parecerle imposible a él mismo, por lo paradojal. Desde ese instante, su propia salvación y el servicio de Dios son dos valores inseparables. Si quiere salvar su alma tiene que amar al hombre como a sí mismo, por lo cual el prójimo, amigo o enemigo, cercano o lejano, entra solidariamente unido a él en el plan de la Redención por la Caridad, que Jesús trajo al mundo purificado por su muerte en la Cruz. No se puede servir a Dios de otra manera. Nadie salva a su alma sino sirviendo a Dios en el sentido trascendental del Evangelio. Servir a Dios es contribuir a establecer sobre la tierra el Reino espiritual prometido por su Hijo.

Servir a Dios es educarse substancialmente para la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

perfección y para la caridad. Por eso, la religión consiste en un hacer que a veces transfigura de golpe un hombre en otro hombre.

La educación es un límite, la religión un fin, y la educación cristiana una suma de valores cuyo único límite está en el alcance que Dios conceda a su gracia gratuita y sobrenatural. Ningún educador, por grande que haya sido, sostuvo jamás que fuera posible dotar al ser humano de una suma de atributos que no estuvieran incluídos, de antemano, en el misterio bio-psico-social de su naturaleza. Se puede enseñar a un individuo, sometiéndolo a cierto régimen, el máximo de los conocimientos naturales y especulativos que jamás alcanzó otro hombre, hasta hoy. No se lo puede educar para que un día, un año o medio siglo después llegue a ser, sin disposición natural, un Fidias, un Velázquez, un Beethoven, un Napoleón. A Dios cabe, en cambio, tocar con la gracia la fe medio inerte de un soldado herido, transfundiéndolo instantáneamente en San Ignacio de Loyola. Tampoco puede hacerlo, por sí sola, la educación cristiana, que tiene, por ser educación dada por hombres, los mismos límites, casi, que la educación no cristiana. Mas cuando es bien entendida y bien aplicada, pone en contacto al individuo con la idea del libre sometimiento del ser a la voluntad de Dios. Esto basta a prepararlo para el instante en que Dios quiera obrar sobre él con la acción sobrenatural de la gracia. De ahí que sea la única forma de educación que resuelve el problema total del espíritu.

La religión, sometiendo al hombre, en absoluto, al servicio de Dios, es la única institución social que tien-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de a la formación completa y armoniosa de la personalidad humana en su cósmica plenitud. No hay en esto la mínima paradoja. Someterse y elevarse a Dios es sobrepasar los límites naturales de la idea de hombre, alcanzando el plano infinito de lo sobrenatural. La educación, cuando no es cristiana, está contenida en las dos ideas afines y contrapuestas de hombre y sociedad. Educa a aquél de acuerdo con los ideales y necesidades de ésta, aunque lo haga para obtener el máximo perfeccionamiento posible de ambos. Pero, al educarlo, lo somete necesariamente a un ideal y una necesidad que varían con el tiempo, con el grado de civilización, con fenómenos económicos, políticos y sociales, que hasta hoy jamás fueron comunes a dos naciones, y ni siquiera a una sola nación, en su complejidad total. La educación en cambio, cuando es cristiana, obra de un modo inverso. Como lo dijo el Papa Pío XI en la Encíclica *Divini Redemptoris*, nº 29, "la sociedad está hecha para el hombre, y no el hombre para la sociedad. Sólo el hombre, sólo la personalidad humana, y no la colectividad en sí misma, está dotada de razón y de voluntad moralmente libre". Dentro de la doctrina cristiana de la Redención, esto es una verdad esencial. Sin embargo, a primera vista, la afirmación tiene la apariencia de una idea absoluta. ¿Cómo? se dirá. ¿Acaso el hombre, como individuo, no es más variable y contingente que la idea de sociedad, por más que ésta se modifique constantemente de acuerdo con el tiempo, el estado de civilización y los fenómenos económicos, políticos y sociales? Sí. ¿En qué consiste entonces, el problema de la inexistencia de un ideal común y permanente en las sociedades

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

des, desde el momento que puede ser resuelto por el subterfugio de edificarlo sobre la idea del individuo?

Desde el punto de vista católico, la contestación es sencilla. El individuo no puede ser católico de verdad sino cuando vive y obra de acuerdo con la única idea asentada en un principio de eternidad invariable: Dios. Vivir y obrar de acuerdo con los dogmas de la Iglesia significa alcanzar un ideal de perfección espiritual y moral que excluye en absoluto de toda vida la contingencia de no cumplir con la Ley de Dios, que es invariable y eterna. De este modo el individuo, a pesar de ser más cambiante y tornadizo que la sociedad, adquiere un carácter de permanencia inmutable, a través de los siglos, que ésta no tiene. Un cristiano de 1939 vive y obra espiritualmente lo mismo que un cristiano del año 139, pero la educación que recibía un romano no cristiano el año 139 no es la misma que recibe en 1939, ni cosa que se le parezca, un habitante de París, Berlín, Moscú, Nueva York o Buenos Aires. En ese elemento inmutable, que es la doctrina del Evangelio, consiste la superioridad trascendente de la educación cristiana sobre la educación pura y simple. Esta carece de toda base que no sea la idea de límite. En el ámbito de lo que es accesible al educador, ambas coinciden. En los aspectos que señalé como categorías *a*) y *b*) no puede más ni menos un educador cristiano que un educador no cristiano. La diferencia de eficacia entre ellos es nada más que personal. Uno es mejor o peor maestro que el otro; nada más. En las demás categorías eso no sucede.

La causa está en la intervención de la idea de Dios. El católico que puede repetir en su propia vida, aplicándolo a la mayoría de sus actos principales y a la caridad

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

verdadera que rebosa en su alma, el tema de San Pablo: *Vivo autem, iam non ego; vivit vero in me Christus,* se alza, por ese solo hecho, a una altura de cumbre en el seno de esta humanidad nuestra que por vivir excesivamente para sí misma no siente palpitar a Cristo, como fuente de vida, en el fondo de sus entrañas. De ese modo se alza a Dios el católico de verdad, sea un rey como San Luis o San Fernando, sea un sabio de suma espiritualidad como Santo Tomás de Aquino, sea un corazón encendido de amor como San Francisco de Asís, sea un alma pura y sin letras como la mujer humilde que reza un rosario sintiendo la presencia de Dios en cada cuenta que pasa. El que es capaz de realizar en su conducta de hombre la frase paulista, en la infinita escala de los más distintos destinos humanos, está por encima de la idea cambiante, ondulante, tornadiza de hombre por estar viviendo de acuerdo con la idea inmutable de Dios. Bastaría un solo caso entre los millones de vidas que viven, de verdad, con Cristo vivo en sus entrañas, para que la educación cristiana fuera infinitamente superior a toda otra forma de educación que pueda aplicar el hombre con la ayuda del máximo poder del Estado más totalitario del mundo.

En esto está la fuerza invulnerable de la educación cristiana a través de los siglos. Eleva la personalidad humana por sobre las fronteras de lo natural, que son los límites de cualquier otro sistema de educación, sin disminuir uno solo de los atributos del hombre. Pone al hombre, cuando lo merece, frente a la posibilidad de que Dios lo toque con su gracia, y en condiciones de no oponerse a ella por su propia ignorancia o su propia mal-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dad. Reconoce íntegramente el valor y la dignidad de la persona humana de tal manera que se negaría a sí misma si pretendiera menoscabarla en lo más mínimo. El hombre, en sus manos, no es un instrumento sino el fin mismo que Dios tuvo en cuenta al crear el mundo. Eliminada la idea de la dignidad de la persona humana frente a Dios, desaparece la justificación de la venida de Jesús que trae la redención al hombre en virtud de un supremo acto de amor. Esto es lo que no puede dar a la humanidad ningún otro sistema de educación, por dialécticamente perfecto que sea.

JUAN P. RAMOS

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

BURIL DE VIDA Y MUERTE

A Juan Martínez Montañés (1).

CON qué médula helada de marfil y de cieno,
con qué lirio en la noche o qué temblor de junco
amasas con la sangre tanta carne celeste
y das vida a la muerte y humanizas la Gloria?

Han crecido los bosques para buscar tus manos;
la vida multiplica su sueño en la madera;
en las nuevas arterias han cantado los pájaros;
¡es de Dios este tierno corazón de raíces!

Los peces en el agua besan los pies de Cristo
rozando una raíz de fresno en la corriente;
esta carne conoce el calor de los nidos
y la dulce materia que labra la colmena.

(1) Escultor sevillano del siglo XVII, autor de las más bellas imágenes de madera policromada veneradas en la Semana Santa de Sevilla. En este poema se hace alusión a sus dos creaciones más famosas: Nuestro Padre Jesús de Pasión y el Cristo de la Buena Muerte.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El divino costado que penetra la lanza,
antes de conocer los filos de la ira,
conoció de noviembre el rumor de las talas
y los brotes de abril donde pica el jilguero.

Hermana de tu carne de ciprés o de cedro
es la brasa encendida y la viga maestra,
el calor, la techumbre y la cuna del niño:
toda la intimidad y posible ternura.

Hermanas de tu carne, la mancera y la rueda,
la quilla de la barca, la medida del trigo,
este noble sillón para el rezo y el sueño,
el cuerpo del tonel que fermenta tu sangre.

En el mundo y las cosas gravita tu sentido;
todo comulga en Ti: la utilidad, la gracia.
Si se abre una rosa es porque Tú sostienes
la dulce perfección sujeta con tus dedos.

Pero aquí está el buril, la gubia poderosa
que, por tu voluntad, te da forma de hombre.
Cuando el pájaro viene a posarse en la rama,
se encuentra con tu frente coronada de espinas.

La savia con la sangre se disputa tus venas,
la savia con su impulso de saber el camino.
¡Pero ya no son vetas! Y las venas se ofrecen,
para la redención, al curso de la sangre.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¡La madera ya tiembla! Son vértebras y huesos,
una piel estirada por la musculatura,
y una boca reseca que se acuerda del río
cuando su lengua era la ramilla de un sauce.

¡La madera ya tiembla! ¡Es el cuerpo de Dios!
Se han juntado en su sangre rebaños de corderos.
y todos los aceites y las mieles del mundo
aprenden en su carne lección de suavidades.

Mirad los pies de Cristo entre pólvora y grava.
Esta huella apacigua el rencor de los hombres.
Van subiendo sus pies un Gólgota de humo
para clavar la Cruz sobre tanta ruina.

Mirad la mano cierta de Jesús por el aire.
Es la mano de yerba que acaricia los prados,
los dedos de azafrán que dibujan la lumbre,
el extremo de amor a los cinco sentidos.

¡Mirad, mirad los ojos de Jesús de Pasión!
Son las cuencas de azogue que habita la clemencia.
Al alma que resiste la piedad de estos ojos,
la estrechan, sin agravio, unos brazos de pluma.

Es así, forma grave de elocuente silencio
la presencia de Dios ¡Jesús vivo en la tarde!
cuando todas las almas indecisas quisieran
palpitar en las manos de Simón Cirineo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Al buril no le basta representar la vida,
dar fuego y potestad a la raíz del árbol:
la muerte soberana del Señor se consuma
en un leño que tiene realidad de agonía.

Aquí la certidumbre de todos los dolores:
las vértebras partidas, la hinchazón de las sienes,
la hiel y la barbarie, la tiniebla y el duelo,
el coral que enmudece un cuerpo de alabastro.

Entrelazan su llanto el cuervo y la paloma,
la rosa y el insecto, la montaña y la nube.
Suena en el Universo un gemido de bronce
que le pide a los aires la voz de la campana.

Ha pasado la muerte por el cuerpo de Dios
llevándose su fiebre y su dulce latido;
pero queda en su cuerpo la Señal de la Cruz:
¡con el amor de Dios no ha podido la muerte!

Mirad en la madera la espalda del Señor:
se encorva sobre el Mundo y dilata su abrazo.
El buril recogió todo el Amor Divino
para que el hombre pueda comulgar con los ojos.

EDUARDO LLOSENT Y MARAÑON

Sevilla, abril 1939.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

TOTALITARISMO

BASADA en dos aspectos o formalidades que se pueden considerar en el hombre, se ha generalizado en nuestros tiempos una distinción entre el individuo y la persona cuya aplicación al orden político-social no tiene, según nuestra opinión, el alcance y la importancia que se le ha querido asignar. No pretenderemos destacar los variados matices —e incluso divergencias— que diversos autores han incluído en la mencionada distinción; sólo vamos a referirnos a las opiniones más difundidas y fundadas, sin discutir, como acabamos de decir, sus menudos detalles. Como queremos oponerles una objeción esencial, bastará a nuestro propósito examinarlas en su mismo fundamento que, en términos escuetos, es el siguiente. El individuo, considerado como un sujeto multiplicable en su especie, posee un principio de individuación que, según la doctrina tomista, es la materia circunscripta por una determinada cantidad, *materia signata quantitate*. La materia, afectada por una relación esencial y trascendental a una determinada cantidad, vendría a ser, a la vez, un principio de incomuni-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cabilidad y de distinción, según el cual un individuo se distingue de otro en la misma naturaleza específica ([1]). La pluralidad que resulta condiciona entonces la posibilidad ulterior de un vínculo societario dentro de la especie, vínculo según el cual el individuo sería parte integrante de un todo colectivo. Esta integración procede, pues, de la materia como principio de individuación; por ello el individuo (así individuado) revela el peso de la materia, pierde jerarquía en la escala del ser.

La persona, al contrario, irradia la dignidad del espíritu. Hipóstasis dotada de inteligencia, tiene también en su subsistencia la garantía de una existencia incomunicable, pero la perfección de esa existencia independiente le adviene, además, de su naturaleza espiritual. A causa de ello la persona no podría integrarse, al simple título de parte, en un todo colectivo; ella misma es un todo subsistente, un universo de inteligencia y libertad con su destinación propia que excede las condiciones del tiempo para abrirse en los horizontes infinitos de la eternidad. La sociedad civil, aunque la incluye como miembro individual, no puede pretender absorberla para sus fines más menguados; antes estaría enteramente al servicio de su señorío y de su destino supratemporal.

De acuerdo con estas consideraciones es fácil dirimir el conflicto, tan agudizado en nuestra época, entre los derechos del ciudadano y los de la ciudad. Ordenado a la comunidad política como la parte al todo, el individuo escaparía a su inclusión totalitaria en la sociedad por su rango de persona, por la primacía jerárquica que corres-

([1]) Cf. S. Tomás: Sum. Theol. Iª, Q. 50, a. 4; II Cont. Gent. c. 92-93; in Boetio de Trinitate, Q. 4, a. 2; de Ente et Essentia, c. 2.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ponde al espíritu sobre el mundo de los cuerpos. Desde este ángulo visual, la misma comunidad política, en tanto procede de un conjunto público de relaciones orientadas hacia el bien común temporal, está indiscutiblemente ordenada a la exaltación de la persona. No cabe, pues, ni la anarquía individualista, ni la esclavitud colectivista: no lo primero, porque el individuo es naturalmente parte constitutiva de una comunidad; no lo segundo, porque la persona es en sí misma un todo más excelente que reclama el servicio de la sociedad civil.

La precedente distinción entre individuo y persona, mejor dicho, entre individuación y persona es, a nuestro juicio, acertada y tradicional en la escuela tomista. Pero llevada al plano de la sociología no se aviene plenamente al problema que trata de resolver. Al señalar el peso de la materia (implicado por la individuación) frente a la libertad del espíritu (exigida por la noción de persona) transpone, efectivamente, en el orden de las relaciones sociales, la distinción del cuerpo con el alma. Se opone victoriosamente a todo conato de servidumbre de lo superior a lo inferior, resiste a toda coacción colectivista o gregaria. No elude, sin embargo, los peligros de cierta anarquía individualista aunque reclame la subordinación necesaria del individuo a los fines propios de la especie. La razón estriba en que la teoría de la individuación por la materia no basta para explicar el hecho social. Para constituir formalmente una sociedad no basta una pluralidad de individuos, es menester una comunicación entre personas regidas por las normas jurídicas indispensables. No hay sociedad entre los individuos de las especies botánicas o zoológicas; existe,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en cambio, entre los hombres y entre los ángeles. En vano, pues, buscaremos en la teoría de la individuación por la materia el fundamento exclusivo de las relaciones sociales: ella sólo asigna la causa material (para emplear el lenguaje aristotélico) de toda sociedad entre individuos pertenecientes a una misma especie. Con respecto a la índole de los vínculos societarios no nos dice absolutamente nada, ni tampoco explica su ejercicio, ni puede adjudicarles su finalidad. Y es que al oponer el individuo a la persona se recurre a un artificio carente de valor político. En realidad, en el caso del hombre, individuo y persona son una sola y misma cosa. Para establecer una diferencia se ha hecho un rodeo a través del problema de la individuación con el propósito de contraponer la materia, raíz de la individuación, al espíritu, ejecutoria y blasón de la persona. El distingo revela, así, una preocupación apologética respecto a las doctrinas totalitarias que campean en el mundo moderno. No nos defiende, empero, contra las tendencias atomísticas del individualismo anárquico porque el hecho social, con las relaciones recíprocas del individuo y la colectividad, no surge tan solo de la pluralidad de individuos sino principalmente de la naturaleza personal de los mismos. Sería falso, por consiguiente, sacar en conclusión que el hombre se ordena a la sociedad en tanto individuo, y que la sociedad se supedita al hombre en tanto persona ([2]); de ese modo podríamos incurrir en un individualismo per-

(2) Así lo dice expresamente P. Lucius, para quien "según la concepción tradicional francesa, el hombre tiene un destino propio, en tanto personal moral, y forma parte de un todo orgánico en tanto individuo". (La agonie du liberalisme, Recueil Sirey, 1938, p. 140).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sonalista pleno de amenazas contra el regimiento de la ciudad.

Es, por consiguiente, oportuno denunciar las posibles falacías de una construcción teorética destinada exclusivamente a combatir el totalitarismo y que no consigue desentrañar la fecundidad de las tesis tradicionales que han visto, en la idea misma de persona, no sólo su dignidad y autonomía, sino también su necesario acatamiento a las instituciones que informan los diversos tipos de sociedades constituídas por los hombres.

Si prescindimos del problema de la individuación (cuya solución permite —como decíamos— establecer la causalidad material de una sociedad entre individuos participantes de una especie) comprenderemos que el concepto de individuo, en su significado formal, no da cuenta de las relaciones societarias que podrían sobrevenirle y le serían adventicias. Como dice Santo Tomás ([3]) "se entiende por individuo lo que es indistinto en sí, pero distinto de otros, *quod est in se indistinctum, ab aliis vero distinctum*". Se trata, pues, de una substancia indescomponible en partes integrales sin que se altere; substancia singular, por consiguiente, y diferenciada de las demás. Toda substancia singular y completa, toda substancia primera —según la terminología escolástica— es necesariamente individual. Más aún: respondiendo el Angélico ([4]) a la objeción que podría hacerse respecto al vocablo *individual* con que Boecio califica a la substancia primera para definir la persona ([5]), vocablo que

([3]) Sum. Theol. Iª, Q. 29, a. 4.

([4]) Sum. Theol. Iª, Q. 29, a. 1, ad 2.

([5]) "Rationalis naturae individua substantia" (De duabus naturis).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

podría parecer redundante, dice: "la palabra substancia, que forma parte de la definición de persona, está tomada por la substancia primera que es la hipóstasis; mas no por eso es redundante el epíteto de individual, porque el nombre de hipóstasis o de substancia primera excluye la razón de universal y de particular. Porque no decimos que el hombre, en general (es decir, como substancia segunda) sea una hipóstasis, ni que lo es la mano que es una parte del hombre. Mas por la palabra individual se rehusa el título de persona a todo ente que pueda ser asumido por otro". Para Santo Tomás, pues, en la noción de individuo está implicada la incomunicabilidad propia de la hipóstasis; la persona restringe el concepto por su conveniencia a las hipóstasis dotadas de naturaleza racional o intelectual. Por consiguiente si la persona es una hipóstasis, es necesariamente individual; y cuando al individuo (hipóstasis) le corresponde la definición de persona, no se da distinción real entre ambos, como no la hay entre los grados metafísicos del ser. He aquí por qué es ocioso basar en semejante artificio una doctrina valedera para el orden social o político. Este surge, en realidad, de la naturaleza social de la persona, aunque —en el caso del hombre— el prerequisito de la sociedad radique en aquella pluralidad de individuos que tiene en la individuación su fundamento.

La noción de persona, no obstante la incomunicabilidad física de su hipóstasis, implica una comunicación de inteligencia y dilección en virtud de la cual la persona está radicalmente ordenada a la vida social. La sociabilidad no resulta entonces solamente de una exigencia perentoria respecto a las posibilidades concretas de exis-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tencia y desarrollo de la naturaleza humana; está inscrita en la esencia misma de su ser de tal modo que el hombre debe hallar en ella la perfección que le incumbe como ente social. "No digais solamente —dice J. Tonneau O. P.—: es útil al hombre vivir en sociedad porque encuentra en ella los medios para desarrollarse corporal y espiritualmente. Añadid que es bello y bueno vivir en sociedad, que es honesto y conforme a las aspiraciones de la naturaleza humana. Quien, por milagro, encontrase el modo de desarrollarse al margen de toda sociedad, no sería un hombre cabal, ni lograría aquella felicidad que constituye la beatitud humana" ([6]).

Esta ordenación esencial de la persona a la sociabilidad permite considerarla como un término-sujeto anterior (con prioridad de naturaleza) a todo otro término-objeto respecto al cual, ulteriormente, establezca relaciones sociales. De ahí se colige que aquellos derechos primitivos del individuo exigen, por su calidad de previos, un reconocimiento absoluto, no sólo por parte de las demás personas, sino también por parte de toda sociedad. Queda, en consecuencia, descartada cualquier concepción totalitaria que redunde en menoscabo de esos derechos anteriores a la constitución del orden social. Pero, además, a raíz del ejercicio de las relaciones societarias y en la medida en que éstas tienden a un bien que corresponde, no al individuo en su calidad de tal, sino al cuerpo social —bien *común*, como puntualiza la tradición de la Escuela— surge un conjunto de derechos cuyo sujeto es la sociedad misma en su carácter de persona moral. Queda, también, desechada cualquier con-

([6]) Bull. thomiste, t. V, Nº 9, 1939, p. 611.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cepción individualista que implique detrimento de esos derechos propios de la comunidad.

Explicada por las cuatro causas aristotélicas, la sociedad civil (o las diversas sociedades de que el hombre forma parte) tiene: a) una causa *material* o sea la pluralidad de individuos, según ya se ha explicado; b) una causa *formal* (o una serie de formas que responden a sus diversos tipos) que halla su máxima expresión temporal en el Estado; c) una causa *eficiente* que consiste en el ejercicio mismo de las relaciones propias entre personas; y d) una causa *final* (o una serie de fines correlativos a cada una de sus *formas* eficientemente constituídas) cuya manifestación suprema, en el orden temporal, es el bien común que debe perseguir el Estado. Sólo el Estado, en efecto, es una sociedad perfecta en el plano específicamente temporal ([7]). Y por encima de los Estados, como cima tal vez inalcanzable pero ciertamente irrenunciable porque implica la perfección de la Unidad, debemos concebir el Imperio. El Imperio que el mundo moderno ha substituído por imperialismos voraces, y cuya ausencia la sabiduría tradicional, por la boca del Dante, consideró una calamidad desoladora:

> Tu, perchè no ti facci maraviglia,
> Pensa che in terra non è chi governi;
> Onde si svía l'humana famiglia ([8]).

([7]) Decimos "sociedad perfecta" porque dispone de todos los medios para la consecución de sus fines; y añadimos "en el plano específicamente temporal", porque la Iglesia también es sociedad perfecta, pero con una finalidad que excede los límites del tiempo y del espacio.

([8]) Par. XXVII, 139.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Veamos ahora cómo, sin aludir a los aspectos formales de la individuación y de la personalidad, se rebaten con mayor eficacia los errores opuestos del individualismo y del colectivismo. Basta, en efecto, distinguir en la persona aquello que le asegura su autonomía —es decir, la subsistencia de su hipóstasis, principio de incomunicabilidad que la constituye en sujeto-término de las relaciones societarias— de aquello que la ordena a la comunicación de conocimiento y voluntad —es decir, su naturaleza espiritual. Por su subsistencia goza de una independencia que se opone a toda supeditación gregaria y al menoscabo de sus derechos primitivos; por su naturaleza espiritual participa de la vida de relación con las demás personas y acata el bien común del cuerpo social.

A su vez, la sociedad ya constituída y a título de persona moral (objeto-término de las relaciones con el hombre) se ordena a la persona para satisfacer las necesidades físicas y espirituales que el individuo no podría alcanzar por sí mismo; pero exige, en el ámbito típico de sus fines, esto es, en orden al bien común, el concurso de la persona que debe buscar en la sociedad política la perfección que le compete a título de ente político. Ni individualismo, pues (incluso personalista!) que atenta contra las tendencias naturales de la comunidad y conduce a la anarquía; ni tampoco integración totalitaria en el todo colectivo, porque ello supone desconocer los derechos inalienables de la persona, abate su dignidad y compromete su destino sobrenatural.

La doctrina precedente ve en la persona el principio radical de sus relaciones sociales. De su autonomía, en el sentido explicado, procede luego la especificación

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de dichas relaciones y la consiguiente determinación de los diversos tipos de sociedades o comunidades. Autonomía que no es capricho ni antojo arbitrario, sino que responde a la naturaleza del espíritu e implica la responsabilidad y la obligación moral.

Ahora bien; la vida de relación no se ciñe solamente a la colectividad temporal según pretenden las teorías naturalistas. Como el orden de las relaciones sociales se especifica por sus fines, no pueden excluirse, a priori, los fines que atañen al destino sobrenatural del hombre y que éste debe perseguir. No puede negarse, aún a las luces de la mera razón, el derecho que asiste a la persona para cumplir ese destino que, al fin de cuentas, libremente escoge. De ahí que junto a las sociedades temporales, como la familia y el estado, haya que tener en cuenta la sociedad sobrenatural de la Iglesia —cuerpo místico de Jesucristo— que, desde este mundo, nos conduce a participar en la sociedad inefable de las Tres Divinas Personas.

Diferenciadas así las respectivas sociedades por sus fines propios, podemos atribuirles los pertinentes derechos. El problema de su armonización jerárquica tiene entonces una obvia solución: autonomía en los lindes de su jurisdicción y subordinación de los fines inferiores a los más excelentes; pluralidad de agrupaciones jerarquizadas, sin *confusión* o unificación tiránica y sin *separación* absoluta, esto es, sin atomismo anárquico. En otros términos: pluralidad antitotalitaria y jerarquía que ordena las respectivas jurisdicciones.

Prescindiendo de las concepciones antijerárquicas que son un semillero de conflictos, es evidente que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

aquella *confusión* está en el origen común de todas las doctrinas llamadas totalitarias. Ellas consisten, en efecto, en enfeudar todo el hombre, "secundum se totum et secundum omnia sua" ([9]), al fin exclusivo de una sola sociedad. Semejante intento sólo puede teóricamente efectuarse en el seno de una sociedad perfecta ([10]) ya que, por definición, las sociedades imperfectas (como p. ej. la doméstica) no disponen de todos los recursos necesarios para la plena realización de sus fines. Por eso, en este mundo, solamente caben dos tipos genéricos de totalitarismo que corresponden a las dos sociedades perfectas: el totalitarismo eclesiástico y el de la sociedad civil. Cada uno de ellos absorbería en su provecho la jurisdicción y los medios propios que pertenecen al otro.

Descartado el totalitarismo eclesiástico por la misma Iglesia ([11]), no queda más que la posibilidad de un totalitarismo político-social fundamentalmente anticristiano y despótico.

La concepción totalitaria de la vida civil asume, en sus realizaciones concretas, un conjunto de formas diferentes que especifican el género. Maritain ([12]) distingue, de acuerdo con las opiniones en boga, tres especies características, a saber: "el totalitarismo comunista (es decir, el totalitarismo de la *comunidad social*), el totalitarismo fascista (o del *Estado político*) y el nacional-socialista (o de la *comunidad racial*)". Encontramos, sin em-

([9]) Sum. Theol. II, IIac, Q. 21, a. 4, ad 3.

([10]) Véase la nota 7.

([11]) Cf. Ch. Journet: La jurisdiction de l'Eglise sur la Cité, Paris, Desclée, De Browers et Cie. 1931.

([12]) 'Le crepuscule de la civilisation', ed. Les nouvelles lettres, Paris, 1939, p. 8.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bargo, insuficiente dicha clasificación porque, como veremos enseguida, hay otra suerte de totalitarismo (que podríamos denominar *mayoritario*) cuya monstruosidad se oculta tras los velos de una propaganda tendenciosa. Limitar las formas totalitarias a los tres grupos condenados por Maritain, revela un ánimo influído por la mencionada propaganda, porque salta a la vista el designio que ella persigue y que consiste en contraponer la palabra "totalitarismo" al término "democracia" aplicado a las demás formas políticas existentes. El recurso produce, desgraciadamente, los resultados que procura. Después de referirse a la autonomía y la dignidad del hombre ¿quién no se sentirá inclinado a abominar de un sistema que utiliza al individuo como una mera pieza dentro de un complicado mecanismo? Nada tendríamos que objetar si esa prédica limitase sus ataques contra toda servidumbre gregaria; pero lo malo está en reducir los sistemas totalitarios a sólo tres tipos (sin cuidarse mucho —además— de la exactitud con que se los considera tales), de modo que la "democracia" (amplificada en su significado propio, porque se incluye dentro de ella a cualquier oligarquía, monarquía o imperio) aparecerá a los incautos como el régimen maravilloso que salvaguarda la noble imagen del hombre. Subrepticiamente se está difundiendo, así, un peligroso sofisma y la mejor manera de combatirlo consistirá en patentizar la índole totalitaria de la democracia.

Adviértase que estas reflexiones se ciñen al orden *existencial* y no al de las meras posibilidades teóricas. Desde ese punto de vista existencial será fácil probar: 1º que el fascismo no es un movimiento histórico inexo-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

rablemente orientado hacia el totalitarismo; 2º que las democracias actuales son regímenes, por lo menos virtualmente, totalitarios. Y no hablamos del comunismo y del nacional-socialismo porque nadie puede negar su índole totalitaria.

Que el fascismo no sea definitivamente estatolátrico, a pesar de ciertas declaraciones teóricas de la Italia oficial y de la violencia de algunos de sus procedimientos policiales, lo hemos afirmado en nuestra "Carta a Jacques Maritain" ([13]) y no lo desmentiremos ahora. Decíamos entonces textualmente: "Aunque muchos movimientos históricos no han sido sino la expresión de doctrinas que luego se han realizado en el tiempo, el fascismo por el contrario, en lo que tiene de fuerza propulsora, se presenta como una reacción contra las calamidades adscritas a la democracia liberal, al socialismo y al capitalismo; reacción que, instintiva en su origen, va en pos de una doctrina que la justifique. De hecho, algunas veces, esa doctrina se ha formulado en proposiciones erróneas y ha sostenido el totalitarismo, pero ello no ha ocurrido siempre, ni se ve la necesidad de que así deba ocurrir. Ni Oliveira Salazar, ni Dollfuss, ni muchos fascistas de la misma Italia —como hacía notar en Buenos Aires el Prof. Gino Arias— ni los movimientos nacionalistas de España y de la América latina pueden calificarse de totalitarios. Allí donde se ha ejercido más vivamente la influencia del catolicismo, la reacción mencionada se ha ido conciliando (o ya nació conciliada) con los principios del derecho tradicional". En otras palabras: por consistir el fascismo existencialmente en una reacción

([13]) Ed. Adsum, Buenos Aires, 1937, p. 13 y sigtes.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

contra la pendiente catastrófica a que nos conduce la dialéctica democrático-marxista, el fascismo no tiene una esencia definida sino una esencia *in fieri.* El mismo Maritain ha reconocido *después* que el grupo de civilizaciones totalitarias —y especialmente el fascismo— no existen propiamente, mas aspiran a la existencia: "je ne dis pas qu' elles existent, mais plutôt qu' elles aspirent a l'existence" ([14]). Afirma también que el fascismo italiano "deja un lugar en la vida pública a lo que estrictamente se requiere para la religión, porque ha sido constreñido por las resistencias de la Iglesia católica" y "tal rechazo, en la medida en que es eficaz, no reduce sólo desde afuera al principio totalitario, sino que lo alcanza en su misma intimidad y lo esteriliza en algún modo y hasta cierto punto" ([15]). Y añade más adelante: "De ahí procede que el fascismo italiano, por lo menos en la medida en que sufre la constricción a que aludía, no está en condiciones de sostener —como los totalitarismos rivales de Alemania y de Rusia— su pretensión de aportar al mundo una forma de civilización fundamentalmente nueva, y se ve reducido a galvanizar los elementos más apropiados para procurar un provecho inmediato, aunque sean los menos ricos en vitalidad mística (pagana) respecto a la idea imperial antigua" ([16]).

En virtud de análogas reflexiones sosteníamos en nuestra "Carta" que, desde un punto de mira prudencial, convenía la colaboración de los católicos con los

([14]) Questions de conscience, ed. Desclée, De Browers et Cie., 1938, p. 30.

([15]) Ib. p. 33.

([16]) Ib. p. 34.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

movimientos de tipo fascista "para evitar la catástrofe a que nos conduce la dialéctica interna de los acontecimientos históricos" y porque "esa cooperación facilitará al fascismo el hallazgo y la formulación de una doctrina que salvaguarde los derechos de la persona humana y lo aparte de la estatolatría" ([17]). De lo contrario, no sólo el advenimiento del caos revolucionario tendría expedito el camino a causa de la debilitación fascista, sino ésta misma padecería una desviación lamentable, abierta a los ideales paganos y al más crudo materialismo. El fascismo, en efecto, considerado en la realidad de su dinamismo histórico, es la única tentativa político-social que ha demostrado su fuerza de contención contra los avances revolucionarios. Y la posibilidad de que adopte actitudes erróneas a causa de la indiferencia o la hostilidad de los católicos no debiera dejarnos impasibles. Un ejemplo tomado de la política internacional es particularmente ilustrativo. La ceguera política anglo-francesa es responsable de la constitución del eje Roma-Berlín. Desde entonces Italia corre el riesgo de caer en la órbita cultural del racismo germánico, peligro verdaderamente lamentable para el futuro inmediato. He ahí la incalificable imprudencia de oponerse, sin motivos justificados, a una colaboración diplomática con la nueva Italia. ¿En qué podría basarse semejante actitud? Como lo han demostrado incluso algunos políticos franceses ([18]) tal proceder obedeció a una aversión enceguecida contra el régimen fascista; demostración palpable de los peligros con que la mística

([17]) Loc. cit. p. 14.

([18]) V. gr. Anatole de Monzie y E. Flandin.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

democrática amenaza la paz del mundo. La historia del siglo pasado corrobora, además, esta evidencia. (*)

Por lo que concierne al carácter virtualmente totalitario de las modernas democracias, debemos añadir algunas consideraciones. Aquí también la influencia del cristianismo ha restringido la virulencia de sus principios tiránicos. Esto ha acaecido especialmente durante los últimos lustros que han contemplado un vigoroso florecimiento de la inteligencia y de la conciencia católicas. Pero existe otro factor, también muy eficiente, que es preciso señalar para esclarecimiento de los espíritus en esta época de pavorosas confusiones; y es que las decisivas victorias logradas por los estados antidemocráticos contra la expansión del comunismo fuera de Rusia (**) han permitido la perduración, por lo menos momentánea, de los mismos regímenes democráticos. La lógica interna de dichos sistemas ya los habría entregado, sin resistencias viriles, a la disolución revolucionaria.

Pero vengamos a nuestro tema y proclamemos que las democracias actuales son, en su esencia, virtualmente totalitarias. No se trata de un totalitarismo de la comunidad social, cual lo pretende el materialismo histórico de Carlos Marx; ni tampoco de un totalitarismo racista imbuído de las doctrinas de Rosemberg; ni de una estatolatría, como pudieran ser ciertas tendencias insinuadas

(*) Estando este artículo en prensa se ha desencadenado la guerra en Europa. Sin adjudicar las responsabilidades de la catástrofe a ninguna nación en particular, no desmentiremos lo dicho acerca del belicismo democrático-capitalista, evidente para quien esté exento de prejuicios.

(**) La unión aparente que se ha producido entre Alemania y el Soviet no desvirtúa lo dicho. La política del "cerco" ha obligado al Reich a adoptar una actitud evidentemente peligrosa que, por otra parte, habían pretendido, sin resultado, las llamadas democracias occidentales.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

por algunos pensadores fascistas. Se trata de un totalitarismo que hemos calificado como *mayoritario;* totalitarismo que procede del dogma de la soberanía popular según el cual toda legalidad y todo derecho tendría en la voluntad de la mayoría su origen único y exclusiva validez.

Claro está que dentro del ámbito de las reflexiones teóricas desligadas de la realidad, la cuestión de la legitimidad *posible* de un régimen democrático deberá tener una respuesta afirmativa. Si sólo nos atenemos a las *formas* de gobierno, es posible, en efecto, que pueda teóricamente darse una democracia congruente con el derecho cristiano tradicional, y, por lo tanto, no totalitaria. La Iglesia así lo sostiene y admite, siempre y cuando —*regimen perfectorum*— los hombres se sometan a las leyes naturales y divinas sin pretender anularlas o contradecirlas mediante otras establecidas en virtud de esa herejía moderna que se llama soberanía popular *absoluta e inalienable.* Pero si nos colocamos en el punto de mira existencial y examinamos las democracias actuales para discernir en ellas el espíritu que las informa y establece las normas jurídicas ¿qué garantías ofrecen para asegurar la vigencia del derecho natural y divino? Así, pues, quien considere las doctrinas que actúan en la historia y en función de la realidad donde se encarnan, verá en nuestras democracias, antes que una posible forma legítima de gobierno, "la alteración o corrupción de la república" ([19]). Ceñido a las perspectivas contemporáneas, verá todavía más: percibirá el proceso dialéctico en cuya rigurosa inferencia concreta, el escepticismo engendró la

([19]) S. Tomás: De regimine principum, l. I, c. 3.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mentalidad liberal y ésta tiene su expresión política en la democracia mayoritaria; régimen que funda todo derecho en la fuerza de las mayorías. Y decimos "fuerza" porque nadie osará identificar el número de opiniones con la verdad objetiva y la justicia.

Cualquier legislación positiva puede, desde entonces, violar y conculcar los derechos primarios de la persona; podrá limitar a su antojo la libertad de asociación y aún atentar contra la Iglesia desconociendo los derechos que le asisten a título de sociedad perfecta. Y no se objete que se trata de meras posibilidades: aún concediéndolo, ellas demostrarían el totalitarismo por lo menos virtual a que nos referíamos. Mas la historia está ahí para mostrarnos cómo esas posibilidades se realizan; bastaría recorrer el catálogo de los innumerables atentados jurídicos cometidos por el totalitarismo democrático, desde la guillotina que tiñó de rojo sus albores, hasta los más recientes atropellos contra el derecho familiar, corporativo, regional o eclesiástico.

Desde este plano doctrinario y realista, pudo escribir Rodolfo Martínez Espinosa: "Hoy sabemos que la remota, inactual posibilidad de una democracia legítima es, simplemente, disfraz y vehículo de los venenos de la única democracia que actúa en el mundo desde 1793. Maritain lo denuncia como *un hecho que no queda más remedio que constatar y que no se cambiará rehusando verlo*" ([20]).

Es curioso; pero tanto puede el mito de las palabras cuando se las utiliza con fines de propaganda, que aque-

([20]) La democracia según Santo Tomás, "Número", Bs. As., 1930, p. 115.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

llos mismos hombres, inclusive católicos y hasta clérigos, que se indignan y exasperan ante cualquier medida totalitaria, aún la más insignificante, adoptada por los estados antidemocráticos, permanecen impasibles frente a los atentados cuotidianos que la coacción mayoritaria sanciona contra los derechos fundamentales del hombre, la familia, las profesiones, los fueros regionales y hasta la Iglesia. Obnubilados por vulgares prejuicios se sienten tranquilos en la rutina y en una suerte de comodidad burguesa que les impide afrontar las enseñanzas de la historia y reflexionar sobre la eficacia rectificadora de la política tradicional. En vano apelarán al ejercicio de actividades exclusivamente piadosas para justificarse contra el reproche de indiferentes o derrotistas; con ello dan muestras de un ánimo llorón, obsecado por la "moralina", sin horizontes abiertos a la aventura y sin sentido de la grandeza. Renovando el error de Bayo y de Jansenio, se rehusan a ver, fuera del orden típico de la gracia, nada bueno en el hombre. Por eso desprecian las empresas humanas, el drama de la humanidad que padece y que lucha. Llegan tal vez a predicar la sublimidad del evangelio, pero su actitud está afeada por una falsedad implícita: creer que la gracia es incompatible con la naturaleza y que la salvación supone el aniquilamiento de todo valor humano. Sin solidarizarse con la conciencia católica universal han erigido sus mezquinos círculos disidentes y hasta han llegado a la ignominia de formular —timorata o abiertamente— futiles reparos contra el glorioso movimiento de la España nacional. Han desatendido incluso la voz del Pontífice que lo bendecía y declaraba a su caudillo benemérito de la cristiandad.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Con la mano tendida, no al hermano, mas al adversario de Dios, se han concretado a imprudentísimas prédicas verbales saturadas de objeciones y desdenes contra millares de héroes lanzados a la metralla para salvar la Fe y los principios de la civilización cristiana.

Un caso, entre todos, es particularmente repugnante: el de Georges Bernanos. ¡Quién hubiera imaginado que esa formidable capacidad para la diatriba, signo quizás de un temperamento pleno de masculinas esencias, habría de emplearse con aterradora frivolidad para zaherir a una de las más gloriosas cruzadas de la historia!

¡Ah! Es muy fácil engañar con la sublimidad misma de la verdad absoluta; basta cerrar los ojos ante la figura patética del hombre para jactarse, sin humildad y sin esfuerzo, con un puñado de verdades excelsas que a veces se corrompen en la práctica. Se da entonces la paradoja sangrienta de predicar magníficas doctrinas al tiempo que no se advierte su encarnación viril en la milicia y el combate; de soñar con la sublimidad de los principios, al par que no se los estima cuando se presentan en concreto, ornados con el heroísmo y la absoluta abnegación.

Es muy fácil, también, señalar defectos que fatalmente acompañan a las empresas humanas y exigir el empleo exclusivo de medios purificados —¿qué decimos?— de recursos que sólo alcanza la caridad más encumbrada. Ya en su tiempo Fénelón formuló una teoría semejante; pero se encontró con el "realismo" de la Iglesia, maestra soberana que le decía: "la perfección del absoluto abandono en las cimas del amor sobrenatural es una meta a la que todos debemos aspirar movidos por la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gracia; sin embargo, antes de llegar a ella, se extiende un fatigoso camino, donde el viajero vacila a veces, cae y se levanta. No debemos, pues, menospreciar los menguados esfuerzos que, incluso por las vías de la atrición y del temor servil, conducen también, aunque lentamente, a la noche transluminosa de la contemplación. Si solamente fueran buenos los medios purificados ¿cómo podría animarse y levantarse la miseria común?" Fenelón reconoció su error y dió el magnífico ejemplo de su sumisión a la Cátedra infalible. Pero ahora, mediante una transposición de su error sobre el plano político, se ha intentado reanudarlo en los *tiempos presentes.* Sin el menor discernimiento de la realidad y de las normas exigidas por la pedagogía social para la conducción de las masas, hoy se predica una especie de fenelonismo político que niega la eficacia propia de los recursos policiales; que rehusa ver la dignidad de la persona en el acatamiento de sus deberes con el Estado, sobre todo cuando éste avanza por las rutas del Imperio; que declara, en suma, inconciliable el Reino de Dios con la grandeza política. Empeñado, al modo de Freud o de Carlos Marx, en explicar lo superior por lo inferior, desconfía de todo esplendor de la ciudad temporal viendo en él como un vestigio de la Gehena bíblica. Retrocede, entonces, horrorizado y se repliega en las soledades del claustro para esperar, como los primitivos cristianos en las catacumbas, el advenimiento de una nueva cristiandad. Actitud absurda que libra el campo de las actividades temporales a la dialéctica del mal. Porque, aunque parezca contradictorio, no se cree en ella; se espera locamente en ella y se la ama con amor vergonzante. La democracia individualista —dicen—engendrará

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

un buen día la democracia de la persona, tumba definitiva de ese monstruo que se llama totalitarismo.

Nuestros lectores, sin embargo, sabrán a qué atenerse respecto a la distinción entre individuo y persona aplicada al orden político-social. Y sabrán discernir, también, el sofisma que contrapone democracia a totalitarismo.

CESAR E. PICO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CANCION DE LA NIÑA UNICA

TALLE de viento: la mañana
tiene el sabor de los asombros
y es una flor de maravilla
puesta en el centro de los ojos.

Estás en cielos sin derrota
donde las plumas del palomo
peinan un viento de alhelíes
en las estancias del otoño.

¿Vienes, acaso, entre las aspas
de luz que mueve el día de oro,
o en esta líquida fragancia
que crece en tierra de reposo?

En la pradera donde el viento
lanza sus pájaros graciosos
mueves la música del aire
y las rodillas del otoño.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CANCION DEL HERMOSO DIA

Vienes en pomas y en palomas
sobre un clamor de aire maduro
y en el prodigio de agua y tierra
que hace la música del mundo.

¡Asciéndeme, creciente y líquido,
a las praderas donde el júbilo
alza silencios de enramada
sobre afilados vientos músicos!

¡Ande tu mano luminosa,
bosque de vientos y murmullos:
abra en la vena su camino
y dé en la luz su pie profundo!

¡Eres hermoso como un niño
arrodillado sobre el mundo!

JOSE MARIA CASTIÑEIRA DE DIOS

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

RACINE Y EL MISTERIO POETICO

A MENUDO se preguntan los críticos de dónde toma Racine esa sabia simplicidad, "ese transparente modo de discurrir", esa inimitable voz encantadora, "ese delicado dibujo de la inflexión" que lo coloca en la extrema flor de la latinidad, como en la cima del arte de todos los tiempos.

Quisiera tratar de penetrar en lo íntimo de esta pura voz, despejar el misterio de limpidez de este arte y descender hasta las regiones desde donde se eleva el canto profundo de los poetas.

Considerándolo bien, el arte, la poesía, la religión, todas estas actividades de lujo tan notables en nosotros y a las que parece destinado el exceso de energía no requerida por la vida inmediata, ¿son en la naturaleza otra cosa que mecanismos de compensación mediante los cuales aquélla se recobra de lo real por lo ideal, es decir, se dirige hacia las formas perfectas de lo real?

Una de las excelencias del arte es, en efecto, la de ofrecer a la naturaleza un espacio de limpidez absoluta, en que todo lo que hay en ella de más esencial e impor-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tante, pueda expresarse con una nueva libertad y dentro de un orden superior.

El abre al hombre ese plan freudiano, donde encuentran salida y desquite las energías contenidas cotidianamente —a menudo las mejores— por aquello que Madame de Sévigné llamaba la sórdida, "la chienne de vie". De este modo, el sentimiento particularmente intenso de Leonardo da Vinci por su madre, inutilizable en el orden social establecido, pasa a su paleta y nos da la Gioconda.

En este terreno la naturaleza va a pura ganancia, pues la espontaneidad domina soberanamente en el reino sin caminos del espíritu, reino que es precisamente libre como el espíritu y amplio como la vida. Más tarde Racine tendrá algunos remordimientos por ello, y esta libertad le parecerá licencia en las melancólicas soledades de Port-Royal. Pero, ¡qué importa! La vida, esta diosa adorable que se pasea de un extremo a otro del universo, ha tenido la última palabra. La tiene siempre.

No obstante, la cosa no es tan simple. Sería demasiado agradable poder hacer obra de arte dejando libre a la espontaneidad, hasta la más obscura, dentro de un plan decretado artístico. A mi entender, tal fué el error del movimiento surrealista que sólo condujo a producir cierto número de bárbaros y de pedantes, muy olvidados ya, felizmente, aun entre los más benevolentes.

La paradoja del arte consiste en tener que abandonar la naturaleza, pues "nada hay más natural que el artificio", y en volver a alcanzarla, pues "no hay nada más artificial que la búsqueda de lo espontáneo". En suma, la deja sin dejarla, ya que la deja para reencontrar-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la mejor. Su triunfo supremo será el de inventar la naturaleza en una reconstrucción espiritual de lo real.

Ante todo, pues, es preciso saber las condiciones en las cuales podrá ser considerado como artístico el plan al que debe elevarse la espontaneidad. Pues a lo espontáneo, de por sí, le falta estilo, y en el espléndido regalo que la conciencia recibe de la vida, hay muchas perlas falsas.

El beneficio de las reglas clásicas fué, precisamente, el de establecer estas condiciones e imponerlas como reglas de juego. Sin reglas ni juego ni verdadera libertad no son posibles, pues el campo de lo arbitrario es ilimitado y lo indefinido no engendra nada acabado. El corcho que flota sobre el mar, juguete de las fuerzas universales que se combaten y se anulan en él, no es libre aunque no esté sujeto. Está devorado por el infinito. Necesariamente, la libertad nace del orden y no de la anarquía. Como lo subrayó Paul Valéry en su "Discours de Réception a l'Académie Française", un sistema, a menudo fútil, de obligaciones, de obstáculos, de resistencias a vencer, han encerrado en orfebrería admirable las fuerzas elementales del alma, salvajes y hurañas, captando útilmente su "insoportable huída". Es ella que ha cincelado su forma encantadora en el verso francés. Su soltura, esa elegancia superior, ese gran aire que hay siempre en Racine, es la recompensa de una larga sumisión, una flexibilidad preparada por innumerables renunciamientos.

Pero esta simplicidad es siempre elegante:

"Le jour n'est pas plus pur que le fond de mon coeur...
J'oubliais ma colère et ne sus que pleurer...

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Et voilá donc l'hymen ou j'étais destinée...
Vous êtes empereur, Seigneur, et vous pleurez!...
Voyez moi plus souvent et ne me donnez rien"

dice todavía la encantadora Berenice. O también:

"Vous voyez devant vous une reine éperdue
Qui la mort dans le sein vous demande deux mots...".

¡Poesía tan pura que parece prosa! Algunas personas hablan como se escribe; otras, es verdad, escriben como se habla. El habla como todo el mundo y sin embargo se siente que nadie jamás habló tan bien. Su gracia lo eleva siempre por encima de la pompa y de la vulgaridad.

"Et du temple déjà l'aube blanchit le faite",

dice.

Sí, y tanto los ladrillos de arcilla como los mármoles, todo está en él dorado por un invisible resplandor, una fina presencia que es *la poesía.* Innumerables versos son poéticos porque son elegantes pero muchos son elegantes porque están *llenos de poesía.*

"Ariane, ma soeur, de quel amour blessé
Vous mourûtes aux bords ou vous fûtes laissée...
Depuis que sur ces bords les dieux ont envoyé
La fille de Minos et de Pasiphaé...".

O aun el famoso pasaje de Mitrídates:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"Prêts à vous recevoie mes vaisseaux vous attendent
Et du pied de l'autel vous y pouvez monter
Souveraine des mers qui vous doivent porter".

Un sortilegio estalla aquí y nos encanta: una corriente pasa. ¿Qué es esta magia? *Entramos en otro orden de cosas.* Se trata ahora del misterio poético.

Este exquisito trabajo, por otra parte, es lo que distingue el arte francés de los demás, del arte tumultuoso y soberbiamente ebrio de un Shelley, por ejemplo. Entre nosotros el éxtasis mismo debe llevar el aguijón de la razón. Es este cruel poder que debe hacer, en el momento más alucinado, la elección necesaria entre las pedrerías. A este precio —al precio de una elección, de una orden, de una libertad— la naturaleza impersonal llevará la marca del espíritu del hombre, de donde debe renacer y volver a florecer para convertirse en arte. Pero, para sublimizarse, la vida no debe evaporarse, como sucede, por ejemplo, con "el gran arte abstracto de Corneille". En Racine, queda la vida misma, y, más aún, dotada de una singular intensidad de movimiento y de sensibilidad, la vida en carne viva, si así puede decirse... Es una de las virtudes de la franqueza, de la cual acabo de hablar, y que felizmente se ha caracterizado como "un grado sobrenatural de lo natural".

Para reajustar la toilette de su ama, Phénice le dice este verso tan dulce, estas palabras exquisitas:

"Laissez-moi relever ces voiles détachés".

Pero Bérénice que sale de una conversación agitada con su amante:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"Laisse, laisse, Phénice, il verra son ouvrage!".

Este amante es ese Titus que se nos confía con tanta ternura y naturalidad:

"Depuis cinq ans entiers, chaque jour je la vois
Et crois toujours la voir pour la première fois...".

Muchos versos aún están apenas maquillados y son casi inaceptables dentro de la majestad de la tragedia. Se cita a menudo el diálogo de Pyrrhus y de Phénix, escándalo de la crítica:

"Tu l'as vu comme elle m'a traité?
—Commencez donc, Seigneur, a ne m'en parler plus!
—Crois-tu si je l'épouse,
Qu'Andromaque en son coeur n'en sera point jalouse?...
Elle ignore à quel point je suis son ennemi!...
Retournons-y!...".

El armonioso Racine, se dice. Sin duda. Pero conviene señalar dos clases de música. La primera, melodía verbal, nos golpea directamente el oído; en rigor, puede traducirse en palabras, explicarse por ellas; pertenece a la prosa. A la segunda, en realidad, no la oímos: está más allá de las palabras, trascendiendo los versos. Remueve en nosotros fibras profundas, percute nuestra substancia íntima y toca los resortes más secretos de nuestra vida. *Es ella la poesía.* Música especial, que susurra y se eleva, virginal e inviolada, desde el fondo de los valles del mundo, atraviesa todo lo que vive, llena el silencio de nuestro abismo y vuelve a juntarse a la música tan

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

poderosa y tan fina, llamada deliciosamente por Platón: "la música de las estrellas".

El tema no está separado con bastante precisión, en general, de la zona propiamente poética, del santuario sagrado, donde se realiza "el acto mismo de las musas".

Pero, después de los recientes trabajos de los Segond, de los Souza, se ha reducido sensiblemente esta zona; al menos sabemos de lo que hablamos, aunque no hablemos siempre de lo que sabemos.

Seriamente. La poesía se realiza en esas regiones del espíritu donde tienen su origen la vida, el pensamiento, el deseo; como las cunas, está rodeada de velos, de misterios y de cantos. Hay que aligerar las palabras, las ideas claras, y reconocer el arcano. Estas regiones obscuras constituyen lo que los antiguos llamaban el "anima" y Newman lo "real" por oposición al "animus" o "notionnal assent", dominio de las sensaciones, imágenes, conceptos, reino de las palabras, por excelencia. Las palabras y el discurso sirven para expresarse, para sugerir, para decir, para aprender; se articulan, se encadenan, marchan y ascienden en el éter, angulosas y verticales, activas, deportivas, prácticas. Por el contrario, el canto de los poetas vuela horizontalmente, sobre un ritmo ondulatorio y prolongado. Dentro de este campo magnético no se trata ya de comprender, hay que abandonarse a otras dimensiones; los poetas no quieren decirnos ni enseñarnos nada. De otra manera, hablarían en prosa; es lo indicado. Hacen mucho más: nos comunican estremecimientos divinos; nos ponen delante el universo; nos sumergen en su corazón y nos dan un conocimiento, no ya "notionnal animus", "notionnal assent", sino una expe-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

riencia viva y cálida, "real anima", en un abrazo y una fusión físicas, por decirlo así, y que se parece, en este modo de conocimiento, al amor. Ellos descoyuntan el lenguaje ordinario tanto como pueden. Inversiones, figuras y, sobre todo, aposiciones, que Racine usa indefinidamente y que evitan el encadenamiento lógico y la ascensión vertical del discurso, para permanecer sobre la línea ondulante del canto.

"Dans l'Orient désert, quel devînt mon ennui?...
Ariane ma soeur, de quel amour blessée...
Et Phèdre au labyrinthe avec nous descendue...
Je t'aimais inconstant, qu'aurais-je fait fidèle?...
Et moi, reine sans coeur, fille sans amitié
Esclave d'une lâche et frivole pitié,
Je n'aurais...".

Aposiciones en antilogía:

"Et veuve maintenant sans avoir eu d'époux",

o bipartitas:

"Tous deux d'intelligence à nous sacrifier
Loin de moi, par mon ordre, il courait m'oublier",

o redobladas:

"Je l'ai vu quelquefois s'arracher de ces lieux,
Le coeur plein d'un courroux qu'il cachait à vos yeux,
D'une cour qui le fuit pleurant l'ingratitude
Las de votre grandeur et de sa servitude,
Entre l'impatience et la crainte flottant...".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Esto sería casi amaneramiento si no se fundiera en su música general, que es una verdadera zona de elegancia, lo que de más exquisito ha producido la gracia humana. Las ondas de estos largos alejandrinos aterciopelados nos traen el canto profundo del abismo, donde se desenvuelve nuestra vida secreta e inmensa, la que nos reconcilia con el resto del universo —astros, rosas, arroyos— como en una familia más grande; y se podría definir la poesía: el conjunto de ritos iniciadores de las comuniones cósmicas. Las aliteraciones soporíferas adormecen las potencias claras y limitadas del alma, las asonancias nos acarician y nos seducen; la música de los versos prepara la música de las estrellas. Se produce un encantamiento, una corriente de la vida universal pasa, un soplo nace del abismo y, disipando nuestro polvo, transfigura nuestras horas terrosas. Las palabras aquí no no son más que los humildes auxiliares de la gran cadencia. Pueden ser portadoras de ideas discutibles, como este verso de Corneille hablando del ambicioso:

"Et monté sur le faîte, il aspire à descendre",

o aun un poco cómicas, como en aquel de Racine:

"Dans la profonde mer Oenone s'est lancée";

pueden ser laboriosas y complicadas:

"Mais quand l'astre du jour
Aura sur l'horizon fait le tiers de son tour,
lorsque la troisième heure..."

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(tres versos lentos y solemnes para fijar el minuto de una cita!; podría pensarse que es demasiado...).

Poco importa. El flúido está allí, el encantamiento es seguro, no percibimos ni el ridículo ni la complicación: estamos bajo el encanto.

"Et monté sur le faîte..." nos pone en contacto directo con el corazón mismo del ambicioso, como Hermione nos vuelve presente y viviente la mujer eterna en la cual todas las mujeres se reconocen, aunque no tengan nunca sus furores.

Es la especialidad misma de la poesía.

MAURICE KEHRIG-DECOUD

Traducción de María Carolina Padilla.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

PRESAGIO
y telegrama de muerte de Ignacio Sánchez Mejía

(La acción, en "Pino Montano", cortijo sevillano de Ignacio, junto al Manicomio de Miraflores. De noche).

ABRE la puerta, mamá,
La puerta, de par en par,
que ya se oyen los caballos...
¡puerta de Pino Montano!,
se abrió a la noche caliente
de luceros y lagartos.
Por la vereda, entre risas,
se oía un trote cercano.
El sueño de los cortijos
—sueño de los toros bravos—
se desvelaba y mugía
en la punta de los álamos.
Y el agua, por las acequias,
entre los lirios y el barro,
sonaba como el bordón
de un cordaje imaginario...
Agua de laúd moruno
sedienta siempre de labios
para la fiesta de un Cristo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bendecido de fandangos.
Todo el cortijo se exalta
de tréboles y naranjos.
Palpita, dulce, un veneno
de rosales y gazpacho.
—¡Abre la puerta, mamá,
que ya se oyen los caballos...
. . . . . .
Ignacio Sánchez Mejía,
en la solapa un geráneo,
traje inglés, tabaco rubio,
sonriendo y blasfemando,
torero de los poetas,
cuñadito de los Gallos,
llega en la yegua "marquesa"
hasta los pinos del patio.
Con él, cortejo del sur,
a su vera cabalgando,
viene el marqués de Aracena
seguido de dos gitanos,
y los reciben con gritos
y juramentos y abrazos...
La puerta ¡de par en par!
—¡puerta de Pino Montano!—
y allí en el dintel el hijo
y la hija y los criados,
—¿Qué tal por Madrid, papá...?
—¡Bienvenido, don Ignacio...!
Ignacio los mira a todos
y no acaba de mirarlos.
Como si por vez primera

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

los viera, así se ha quedado.
Castilla, que está tan lejos,
le bailotea en los párpados.
Pide de cenar y mientras
sube silbando a su cuarto
como en hombros de gitanas
y mayorales sonámbulos.
Las mozas ponen la mesa
—tosco mantel, finos platos,
saleros y vinagreras,
pan moreno, vino blanco
y aceituneros y flores,
picheles, ¡más flores!, vasos...—.
Ignacio baja al jardín
como si buscara algo.
Huele a marisma y a aceite.
Por el borde de los charcos,
alegres, croan las ranas
martinetes de verano.
Ignacio Sánchez Mejía
—un soneto en cada párpado—
lo mira y escucha todo
con el deseo en las manos.
En las yemas de los dedos
le duele la flor del tacto.
Rosas, gusanos de luz,
bailaóras, nubes, pájaros...
¡El mundo entero se muere
de sed de vida en sus brazos,
y él lo desprecia y escupe
en la plenitud del campo!

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La noche se pone triste
envuelta en un denso vaho
de castañuelas lejanas
y acordeones fantásticos...
Y otra vez, la voz del hijo:
"¡vamos a cenar!" —llamando.

. . . . . .

Ignacio vuelve a la casa
y allí, en un rincón del patio,
cruza una serpiente oscura
y él la coge por el rabo.
—¡Suelta, papá, no la toques...!
—¡Qué importa! —le dice Ignacio—
¡Yo no creo en nada de esto...!
Y colgada de la mano,
con los pies, la decapita
y la estampa contra el barro.
—¡Eso nos trae mala suerte!
¡Nos va a pasar algo malo!
—¡Ea, todos a cenar...!
Y todos comen callados.
Aun, al final, otra vez
vuelve a decirle el muchacho.
—Esa bicha ha de traernos
por tu culpa, algún mal rato...
Y él, se ríe de su hijo.
En los azulejos blancos,
manchones de sangre verde,
tibia aún, se están secando...
La sombra de Joselito
se exalta de árbol en árbol

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y juega por el jardín
frío viento levantando...
Suena la brisa en la alfalfa
y aúllan del otro lado,
huéspedes del Manicomio,
mastines y maniáticos...
Canta un loco soleáres
y otro llora de escucharlo.
Viene, desde Miraflores,
un perfume de presagios.
Ignacio, incrédulo, canta,
mientras se fuma un cigarro.
Los presentimientos le huyen
con el humo del tabaco.

. . . . . .

Y trece días después,
al anochecer, llamando;
—¡Abre la puerta, mamá,
que ya se oyen los caballos...!
La puerta, de par en par,
—¡puerta de Pino Montano!—
y baja el hijo corriendo
y la hija y los criados.
Y un telegrama de angustia
llena su sangre de espanto.
"Tu padre se está muriendo
bajo el cielo castellano.
Un toro de mala sangre
en la Plaza lo ha corneado".
El chaval, los ojos de agua,
sin ver, muy lejos mirando,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

torero, hijo de toreros,
firme, se muerde los labios.

La noche se queda quieta
como un reloj destrozado
y una serpiente —¡otra vez!—
como huyendo, cruza el patio.
Viene desde Miraflores
la voz de un hombre cantando;
"Cuando te volveré a ver
Cuñadito de los Gallos.
Cuando te volveré a ver
aquí por Pino Montano".
Canta un loco soleáres
y otro llora de escucharlo.
Bajo la noche caliente
de luceros y lagartos,
todo el cortijo se llena
de maldiciones y llantos.
Duelo agudo, transparente,
musical, de los gitanos...
Los gritos se oyen en Cádiz...

¡Papá!
¡Papá...!
¡Ignacio!
¡¡¡Ignacio!!!

RAFAEL DUYOS

Tánger, 1935.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA TRADICION
Hispanoamericana en nuestra emancipación política

ES necesario remontarse muy atrás para encontrar una explicación razonable, legítima e histórica del origen del descontento hispanoamericano hacia la Metrópoli, que determinó su independencia política. Para ser breve, indicaré dos causas que, a humilde juicio de profano, no han sido todavía lo suficientemente estudiadas por nuestros investigadores y publicistas especializados en los temas de la colonia. La razón es sencilla: aquéllos, salvo honrosas excepciones, están comprendidos en las generales de la ley, por su exaltado liberalismo y profesada hispanofobia consecuente.

Estas causas, que voy a exponer aquí, cuya fecundidad reputo considerable, son las siguientes: primero, la revolución renacentista y libertal traída a la Metrópoli con el advenimiento de la casa de Borbón, contra la que reaccionaron francamente los americanos, sobre todo después del extrañamiento de la Compañía de Jesús; y segundo, la exhumación de la olvidada teoría medioeval de los deberes y las limitaciones reales, desarrollada con eficacia polémica en el siglo XVI por el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

misionero domínico fray Bartolomé de las Casas y utilizada como bandera facciosa contra el absolutismo borbónico por los ignacianos expulsos.

Trataré de desarrollar, con la obligada brevedad que impone un artículo de fácil lectura, este doble punto de vista, subrayando apenas sus importantísimos gérmenes en nuestra propia historia, e indicando, de paso, algunas fuentes que he utilizado en la compaginación de mi trabajo.

Veamos cómo entroncan al árbol de nuestra emancipación política los hondos motivos tradicionales, históricos e ideológicos en que arraigó la rebelión de América contra su Metrópoli en los siglos XVIII y XIX.

I

En primer lugar, el cambio de dinastía en España impuesto en la guerra de sucesión trajo, aunque lentamente, a las colonias la revolución secular injertada en la península por el "despotismo ilustrado" — abandonado en lo espiritual, escrupuloso en lo económico —, dejando de ser las Indias para la monarquía el escenario donde se realizaba un intento evangélico para convertirse en el codiciable patrimonio aprovechado por la ralea de virreyes, oidores e intendentes de la administración borbónica.

En el nuevo mundo "el reynado de Carlos III es el de las sublevaciones de protesta contra los impuestos y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

las reglamentaciones — escribe Carlos Pereyra ([1]). Por primera vez gritan en América: Nuevo rey y nueva ley. Las hondas causas del descontento producido por incompatibilidades entre los países americanos y su distante metrópoli, se revelan en agitaciones que ya esbozan una revolución, aunque todavía muy lejana. Es el *criollismo*... El criollismo, netamente español dentro del cuadro de las diferencias étnicas de los pueblos iberoamericanos, llevará bandera de indianismo contra la metrópoli... Cuando el visitador José de Gálvez llevó las primeras reformas a la Nueva España, y el virrey marqués de Croix recibió las órdenes para la expulsión de los jesuítas, señores absolutos de las conciencias y de los corazones de los criollos, como dice ese mismo virrey, los descontentos se agitaron en Puebla, en Guanajuato, en San Luis de la Paz, en San Luis de Potosí y en Patzcuaro. Alguien había dicho: *¡Mueran los Gachupines!* Salieron los jesuítas. Los movimientos insurreccionales, unos de criollos y otros de indios, debidos a causas muy distintas, fueron férreamente reprimidos, con una severidad que dejó aterrorizada y descontenta para siempre a la sociedad, pues, como decía un censor anónimo, las penas prodigadas por el visitador Gálvez eran de las que sólo se aplicaban a los criminales, mediante los trámites de la ley, observados con minucioso esmero... Cuando el visitador José Antonio de Areche, hombre adusto como Gálvez, impuso las reformas del despotismo ilustrado en el Perú, un estremecimiento de protesta recorrió el país. En Chunbivilcas, Llata, Urubamba, Lambayeque, Conchucos, Huarás, Yungay, Huancavélica, Pasco,

([1]) "Breve Historia de América". Tomo I, página 344.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Arequipa y el Cuzco, se reprodujeron, agravados cien veces, los alborotos de Quito, San Luis de la Paz y Patzcuaro".

El grito en Nueva Granada de los comuneros del Socorro en 1778 y la famosa sublevación de Tupac Amarú — rico arriero, educado a la española en el colegio de San Bernardo del Cuzco —, que algunos invocan como antecedentes de la nuestra, tuvieron también sus orígenes en aquella protesta contra la errada política de reformas y rigores traídos a América por la nueva dinastía francesa. Ellas reeditaban el sentimiento heroico y sangriento de la primera gesta netamente criolla: la famosa insurrección guaranítica de 1753 a raíz de la denuncia hecha por los misioneros del Paraguay del vergonzoso tratado de Permuta (1750), que puso en jaque a los ejércitos aliados iberolusitanos con mengua de su prestigio, durante tres largos años de guerra incierta. Relatando esta gloriosa epopeya americana, la precursora de la serie, escribe nuestro malogrado Lugones en un notable trabajo prometedor ([2]): "Sostenían los P. P. que el movimiento había sido una reacción natural del patriotismo, al verse los indios desterrados de los pueblos donde nacieron; y los que hablaron con los comisarios reales en nombre de sus paisanos, argumentaron efectivamente con esto, agregando que aquellas tierras fueron dadas a su raza por el Apóstol Santo Tomé; pero otros, hechos prisioneros durante la insurrección, declararon que estaban instigados por los P. P.... Era la restauración del dominio moral de Roma sobre los poderes temporales que manejarían como argumento en un defi-

(2) "El Imperio Jesuítico", Buenos Aires, 1904, páginas 219 a 224.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nitivo retroceso hacia la situación de la Edad Media... Se distinguieron en la resistencia los caciques Sepé, que fué muerto, y Langüirú, que también perdió la vida en una batalla: Caybaté, verdadero acto final de la guerra".

No obstante la indiscutible victoria, el poder de las armas realistas no devolvió la paz al leal continente traicionado por sorpresa. Un profundo y sordo rencor quedó, como sedimento, en el alma bravía de los gentiles fanatizados a la fe de Cristo por sus instructores de las reducciones entregadas. Pasaron los años, y el espíritu de discordia local provocado por los desaciertos pacifistas de la corte metropolitana, lejos de apagarse, acentuóse — como se ha dicho — a la muerte de Fernando VI.

"El hecho de que los propios monarcas españoles — anota Maetzu [3] —incitaran a Jorge Juan y a Ulloa a poner en berlina todas las instituciones, así como los usos y costumbres, en sus "Noticias Secretas de América", destruyó, a juicio de Mr. Jane, el fundamento mismo de la lealtad americana. "*Desde ese momento ganó terreno la idea de disolver la unión con España; no porque fuese odiado el Gobierno español sino porque parecía que el Gobierno había dejado de ser español, en todo, salvo en el nombre*"... Los virreyes empiezan a ir a América para poder pagar sus deudas antiguas. Así se pierde un mundo".

En 1782, Carlos III resuelve exhumar la Ordenanza de Intendentes y aplicarla al régimen colonial introduciendo, así, en la administración de Indias el principio de la división de poderes consagrado por Montesquieu.

(3) "Defensa de la Hispanidad", página 26.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La Ordenanza tuvo como principal objeto controlar más de cerca los ramos de gastos, tributos, comercio, aduanas, así como también los gastos del ejército, guarnición y tropas, y hacer de ellos un instrumento de eficaz explotación por la Corona. Es el momento en que los latrocinios y abusos de los empleados de rentas, de los contratistas y de su principal cómplice el Superintendente e Intendente General de Ejército y Hacienda — el menos escrupuloso, don Francisco de Paula Sanz — llegarán a su punto culminante, levantando entre los súbditos una campaña de escándalo por haberse comprobado que aquel funcionario era protegido del Ministro de Indias: el odiado José Gálvez.

Ahora bien, esta política de franca opresión imperialista del nuevo régimen, ¿estaba autorizada por las antiguas leyes y reales órdenes de los fundadores del Imperio? He aquí una pregunta capital para intentar la historia de nuestros levantamientos populares, cuya respuesta requiere el conocimiento previo de antecedentes del pasado español que expliquen el verdadero carácter de aquellas tradiciones desconocidas.

Las posesiones hispanoamericanas incorporadas a la corona de Castilla desde el descubrimiento, recogían, en su demanda, la bandera antigua de los Reyes Católicos, estampada en las leyes de Indias bajo aquella inspiración simbólica del yugo maternal hermanador de razas y pueblos sometidos. Invocábanse los viejos principios que desde centurias atrás había defendido la monarquía teológica de Fernando e Isabel y los primeros Austrias, hasta muy entrado el siglo XVII. Esta tradición oficial era la siguiente: En 1523, por decreto de Carlos V, los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

indios fueron ampliamente reconocidos como *vasallos libres* de la Corona equiparados a los castellanos nativos, y aquel decreto se reprodujo sistemáticamente, en 1543, 1582 y 1620. Por otro decreto, del 9 de Noviembre de 1526, repetido igualmente en 1530, 1532, 1540, 1542 y 1548, prohibióse reducir a la esclavitud a ningún indio, aunque fuera apresado en guerra justa.

Desde que el Papa Pablo III dictara en 1537 su famosa Bula declarando que los indios eran *seres racionales* y, por lo tanto, capaces de volverse cristianos, completada años más tarde en 1542 con el mandato de que el infiel no podía ser molestado en su propiedad y manera de vivir, los americanos quedaron, en las leyes y espiritualmente incorporados a España y a la cristiandad romana, teniendo derecho, en consecuencia, a ser tratados con aquella dignidad y consideración que el Estado y la Iglesia les reconocían.

¿Cumpliéronse en la práctica estas admirables disposiciones que nacieron de la fe, como una floración tardía pero magnífica de la alta espiritualidad medioeval? La respuesta es ardua.

Cierto es que el régimen de las encomiendas contó, en todo tiempo, con la impunidad de la distancia — la venida y regreso de la flota de Portobelo duraba alrededor de seis meses, envuelta la travesía en peligros graves, por el acecho constante de tempestades, piratas y filibusteros — y muchas veces la pasión de lucro de los corregidores se impuso, aún en la edad de oro, a las ideas humanitarias de los monarcas y a la especulación de los teólogos. El propio Solorzano y Pereyra, en el pró-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

logo de su *Política Indiana* (4), supone la incuria en el cumplimiento de la ley con estas palabras: "no puede dexar de haberlos mientras huviere hombres, especialmente en Provincias tan apartadas, en las quales como lo reconocen varones de grande esperiencia, los mandatos de los Reyes suelen ser tardos, o vanos, o llegan floxos, y se descubre más ancho campo a los que la habitan, o goviernan, para guzgar y tener por lícito todo lo que se les pide, o persuade de su antojo".

Pero, sea cual fuere la verdadera importancia de estas transgresiones, en el hecho, no fueron los funcionarios ni conquistadores propiamente dichos — cuyo proceso de "tropicalización" en el nuevo continente ha estudiado el Dr. Juan B. Terán (5) — los ejecutores testamentarios de Isabel la Católica. Los misioneros que acompañaron la conquista, sobrios y humildes predicadores de la Redención, ganáronse con sus múltiples virtudes y ejemplos el favor del salvaje, desde el primer día, enseñándole el concepto superior del deber y el valor de la conciencia vernácula que la espada no podía por sí sola infundirle.

Estos misioneros son los que, pacientemente, en conflicto muchas veces con la autoridad civil, rescatan al infiel envilecido, lo reducen, disciplinan sus tenden-

(4) Advertencia "Al Rey Nuestro Señor Don Phelipe IV en su Real y Supremo Consejo de las Indias", tomo I.

(5) "El Nacimiento de la América Española", Tucumán, 1927. Se refiere el autor al relajamiento moral sufrido por los que emigraron a América en plena juventud (la mayoría de ellos adolescentes), tomando contacto con el salvaje y lujuriante trópico desconocido. Su psicología debió sentirse sacudida y modelada profundamente por la fiereza primitiva de aquel nuevo ambiente que excitaba sus apetitos hasta el paroxismo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cias hasta lograr inculcarles una celosa dignidad personal que ni el rigor ni la injusticia podrán ya extinguir de su alma. Así nace con el tiempo el *criollismo*, substancia bárbara evangelizada en dos siglos gloriosos, que se opondrá a la misma España poderosa cuando ésta comienza a secularizar su política — lo que ocurre progresivamente, como se sabe, desde la paz de Utrech— acentuándose a partir de 1767, en que las colonias verán con sorpresa desaparecer, por orden de un rey extranjero, a sus mejores maestros: los jesuítas.

El germen de este antagonismo crecerá a medida que decaiga la madre patria, fomentado en gran parte por la virulenta acción de los ignacianos, maestros en el arte de las conspiraciones, que defendían, por lo demás, la tan popular como discutida doctrina del *tiranicidio*. "El pueblo — explicaba Láinez en el concilio de Trento ([6]) — había tenido originariamente la soberanía y la había traspasado de su voluntad al soberano; si el soberano no gobernaba de acuerdo con sus súbditos el pueblo podía recuperar siempre sus derechos y destronar al rey. Sobre todo, era caso de ello cuando el soberano de un país católico renegara de la iglesia santa y una y llevara a su pueblo a la condenación eterna". Mariana, extremaba todavía más el desarrollo de la tesis ([7]): "que los príncipes adquirieran el convencimiento — escribía — de que no era sólo legítimo, sino digno de alabanza y gloria matarlos, si oprimían a la comunidad y por sus vicios o maldades se hacían intolerables".

([6]) R. Fülop Miller: "El poder y los secretos de los jesuitas".
([7]) R. Fülop Miller: Op. cit.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

América alzaba, por boca de sus protectores e instructores perseguidos, la terrible reivindicación de la ley violada, denunciándola a la faz del mundo con la indiscutible razón de que el objeto primordial de la Recopilación de aquéllas por los monarcas, había sido y era el de "la conservación y buen trato de los indios".

El menosprecio de la ley por el gobernante déspota daba derecho al gobernado a hacerse justicia por sí mismo fuera de la ley. El fin honesto suponía el empleo de los medios necesarios para lograrlo. Tal era la doctrina que, por otra parte, implicaba la existencia de un gobierno vitalicio, con poderes absolutos como lo era el de los reyes españoles de entonces.

El origen ortodoxo de la tesis no era nuevo. Desde el tiempo de San Isidoro de Sevilla, el clero peninsular sostuvo que la autoridad política procedía de Dios pero que ella, por lo mismo, imponía responsabilidades. "En teoría, el poder de los reyes españoles estaba limitado por todas las restricciones fundamentales que tenían los monarcas medioevales. Se sostenía que por ley natural del pueblo debía hacer las leyes; que el rey es para el pueblo y no el pueblo para el rey, y el rey que se excede en su autoridad sancionando leyes sin considerar los usos y costumbres del país, es un tirano. Si el rey ordena algo injusto o contrario a los mandamientos de Dios, no ha de ser obedecido". ([8])

([8]) Lewis Hanke: "Las teorías políticas de Bartolomé de las Casas". Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Era el principio que invocaban los criollos del siglo XVIII contra una monarquía territorial, burocrática y unitaria, despreciadora de la tradición de la conquista, a quien, por tal razón era lícito serle desleal y desobedecer sus despóticos caprichos hasta con la violencia. Así se legitimaba el fundamento de la revolución que venía incubándose en el fondo de las conciencias y que encabezaría con derecho, años después, la flor de la aristocracia americana descendiente de los conquistadores, cuando sintió que España ya no era la madre sino que era la manceba de los franceses.

Pero la rebeldía no bastaba; toda revolución popular necesita su catecismo moral, su raíz histórica y su precursor que obren como levadura en el horno de las pasiones, seduzcan la inteligencia del hombre honrado y fanaticen la fe de las juventudes generosas e incontaminadas, hasta el heroísmo. Hacía falta, además, en aquel ambiente casi medioeval en que vivían aún los pueblos del nuevo continente, ya muy entrado el siglo de las luces, el argumento teológico que levantara las multitudes como al conjuro de una nueva cruzada; la convicción de que la causa que se defendía contra España era una causa santa, una batalla de Dios. Y es razón psicológica poderosa la de que tanto los agentes de la herejía que convulsionaban los tronos de Europa — D'Alembert, Montesquieu, Rousseau, Voltaire — cuanto los héroes luteranos del separatismo yankee no fueran los inspiradores auténticos de la hueste americana rebelada contra su rey; aunque el liberalismo sostenga enfáticamente lo contrario.

Debió ser la voz antigua y apasionada de un fraile

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dominico: Bartolomé de las Casas, que sonara dos siglos atrás, grave como el eco de las catedrales, la que hizo resucitar la justicia del viejo pleito en defensa del indio maltratado y de la vocación de un continente descubierto al milagro de la Gracia en el ocaso de la Edad Media.

¿Afirmación improbable o aventurada?

Los mismos abusos intencionadamente exagerados que Las Casas denunciara al mundo en el siglo XVI, atribuídos a los conquistadores, repetíanse en el XVIII cual sonsonete revolucionario, con mayores motivos que cuando aquél producía su alegato famoso ante el Consejo del reino en los últimos años del emperador Carlos V. No podía olvidarse que el misionero indiano, honrado con la mitra episcopal, había logrado las nuevas ordenanzas que derogaban el servicio personal del indígena. Su figura era, pues, un símbolo del momento; aunque peligroso, ya que el vehemente requerimiento del pastor deformado por los enemigos de la Iglesia, daría motivo a la *leyenda Negra*, creada por los hugonotes de Flandes en todo el mundo, y difundida hoy, a los cuatro vientos, como prueba del infernal designio de la conquista bajo el reinado de los primeros monarcas. Pero, sea cual fuere la interpretación que se pretenda dar a la divulgada obrita: "Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias", y descontadas las manifiestas exageraciones y errores de hecho que ella contiene a simple vista, es unánime el reconocimiento de la honestidad y altos propósitos con que fué escrita por su autor.

Fray Bartolomé unía a sus cualidades de virtuoso predicador, el estilo fuerte del polemista y la tendencia radical del revolucionario. Bastaría para demostrarlo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sus "Avisos e instrucciones a los confesores". "Quería que los confesores no fueran los meros consejeros de las conciencias, sino los instrumentos activos de una revolución social. Debían imponer a los conquistadores que requirieran confesión, la devolución de los indios encomendados, la entrega de todos los bienes granjeados en América, para reparar la expoliación del trabajo esclavo. No era un místico ni un teólogo de gabinete, hemos dicho, sino un luchador, un paladín, un verdadero héroe de la acci6n ... No pertenece a la familia mística de San Francisco o San Juan de la Cruz, sino a la de Santo Tomás y Santo Domingo. Es decir, era un filósofo y un hombre de acción, teólogo y político". ([9])

"Frente al urgente problema de la salvación de los indios, no se contentó Las Casas con frases piadosas, sino que formó una larga lista de obligaciones reales, ante la cual hubiera tembladó el mismo San Luis". ([10])

"La ternura de fray Bartolomé para con los esclavos de América no era una fluencia sentimental, una abundancia de amor para con el *hermano indio.* Era la aplicación de un concepto teológico, la lealtad con el dogma cristiano, explicado por los textos sagrados" ([11])

En su conocida controversia de Valladolid, con Sepúlveda, ante el Consejo Real, en 1550, el precursor de la emancipación americana formuló en una réplica este argumento a propósito del *justo título,* que repetirán, doscientos cincuenta años después, sus discípulos espirituales, como un axioma, en la guerra con la Metrópoli:

([9]) Juan B. Terán, op. cit.
([10]) L. Hanke, op. cit.
([11]) Juan B. Terán, op. cit.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"El Doctor (Sepúlveda) funda estos derechos — dijo ([12]) sobre que nuestras armas y nuestra fuerza física son superiores a los de los indios. Eso equivale simplemente a poner a nuestros reyes en la posición de los tiranos. El derecho de esos reyes se asienta sobre que han de extender el Evangelio y que gobernarán rectamente a las naciones indígenas. Tendrán que cumplir esos deberes aún a sus propias expensas; y más aún si se tienen en cuenta los tesoros que recibieron de las Indias. Desconocer estas doctrinas es adular y engañar a nuestro Soberano y poner su salvación en peligro... A este fin (a impedir la total perdición de las Indias) encamino todos mis esfuerzos, y no, como pensaría el Doctor, a cerrar las puertas a la justificación y a anular la soberanía de los reyes de Castilla; pero sí cierro la puerta a toda falsa demanda en su favor, y la abro a toda reclamación de soberanía que esté fundada sobre derecho, que sea sólida y fuerte, verdaderamente católica y verdaderamente cristiana".

Tal era el mensaje olvidado, actualizado en el nuevo mundo durante el siglo XIX, frente a la defección de los príncipes europeos discípulos del Maquiavelo o de Voltaire.

La santa indignación de los apóstoles de América resonaba otra vez, denunciando a sus hijos espirituales la moderna herejía de los reyes españoles, a quienes, por su infidelidad, era lícito deponer por otro gobernante, atendiendo al necesario progreso de la fe y a la conservación de las tradiciones de este continente.

(12) L. Hanke, op. cit.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

III

La motivación doctrinaria que los criollos invocaron reiteradamente contra España — desde fines del siglo XVIII hasta el término de la guerra de la independencia — con el propósito de justificar ante propios y extraños su rebeldía y explicar las razones por las que ésta no constituía una deslealtad sino más bien un laudable acto de reparación humanitaria y hasta sagrada, prueban acabadamente la entrañable filiación de las ideas tradicionales a que me he referido, en el corazón de sus auténticos voceros revolucionarios.

Las ardientes invectivas lascasianas a la conquista y su mordaz dialéctica, adoptáronse en globo, sin examen ni discernimiento, transponiendo, para acomodar la doctrina, la maciza acusación del fraile domínico al distinto clima en que gobernaban los monarcas borbónicos, católicos sólo en el nombre y en las complicadas maneras con que ocultaban su intencionado regalismo ante la Santa Sede.

Es así cómo los mismos argumentos que sirvieron para difamar tendenciosamente en los siglos XVI y XVII a la Iglesia y sus esforzados defensores — los monarcas de la casa de Austria, — invocábanse ahora por representantes de aquélla en el nuevo mundo, contra sus perseguidores de la casa de Borbón.

La transmutación fué hábilmente recogida y explotada por los miembros de la Compañía de Jesús, que utilizaron, en favor de sus reivindicaciones, hasta los más groseros errores de la *leyenda negra*, haciendo, por otra parte, de la buena substancia evangélica y dogmática

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

contenida en el alegato de marras, un arma poderosísima de política facciosa.

"El nacionalismo, bajo la forma de criollismo, — dice Pereyra [13] — tomaba en ellos una fuerza especial, y con la magia de la expresión evocadora, llevaban su querella hasta reivindicar las excelencias nativistas de una civilización precolombiana. Clavijero, sobre todo, que podía hablar de los esplendores de la Troya lacustre, representó la reivindicación anticonquistadora, disfraz vistoso del patriotismo. Velasco, jesuíta ecuatoriano, hizo una pintura no menos deslumbradora de la civilización de los Scyris, que, según él, superaba a la de los Incas de Garcilaso".

Pero fué otro jesuíta originario de Arequipa, Juan Pablo Viscardo y Guzmán, quien habría de inmortalizar su nombre en el célebre documento que como "español americano", dirigió en 1791 a sus hermanos y compatriotas del continente, incitándolos por primera vez, sin ambajes, a la separación de España. La carta mandada publicar en Londres por el famoso Francisco Miranda en 1799, después de la muerte de su autor, se hizo traducir a varios idiomas y tuvo una enorme resonancia.

Esta corriente, reivindicadora en todos los órdenes, que difundieron los ignacianos entre el elemento criollo, ideológicamente catequizado en las teorías políticas y filosóficas de Bartolomé de las Casas, ¿tuvo alguna repercusión en el Río de la Plata y puede invocarse como antecedente serio de la independencia argentina?

Es interesante hacer notar que la misma tendencia de apología al *nativismo* — sobre todo en el fomento de

(13) Op. cit., tomo II, página 26.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

las inquietudes científicas, literarias y artísticas y el tradicional anhelo evangélico y humanitario para con las razas inferiores — campea en el primer periódico editado en Buenos Aires, a los años 1801 y 1802, bajo el nombre de "Telégrafo Mercantil, Rural, Político - Económico e Historiográfico del Río de la Plata".

Aunque su director: "el inquieto Coronel Cabello infiltraba su liberalismo, en forma disimulada, en cuanto podía, y en pequeñas dosis, muchas veces entrelíneas, para no alborotar a esta sosegada y leal villa... ([14])", y la publicación tenía como confesado propósito, a más del adelanto de las ciencias, arte y filosofía, hacer cesar para siempre "aquellas voces bárbaras del Escolasticismo, que aunque expresivas en los conceptos, ofuscaban, y muy poco o nada transmitían las ideas del verdadero Filósofo", se advierte en muchas de sus colaboraciones — algunas de ellas anónimas — aquella preocupación fundamental estampada en las primeras capitulaciones, leyes y prescripciones de los reyes para el gobierno de las Indias: la cristianización y buen trato de los infieles y aborígenes.

Para hacer resaltar con más evidencia este curioso paralelo y destacar hasta qué punto la incumplida legislación — como en tiempos del mentado fraile domínico — hacíase valer como formidable argumento para exaltar la dignidad patriótica del elemento nativo, injustamente tenido en menos por el funcionario español, voy a transcribir algunos trozos de esas ignoradas colaboraciones en que se expresa con ardor, a veces no con-

([14]) Carlos Ibarguren: "Las Sociedades Literarias y la Revolución Argentina", Buenos Aires, 1937.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tenido, el espíritu en ciernes de la revolución argentina.

"Todos los que habitamos esta parte del Globo — refiere un artículo anónimo (T. M. Nº 26; 27 de Junio de 1801) — sabemos, quánta es la multitud y variedad de razas, o castas de gentes que hay en la América, que se juzgan y tienen por viles, e infames, ya sea por derecho, ya por costumbre, o por abusos, tales son: Negros, Mulatos, Mestizos, Quarterones, Puchuelos, etc. Es, pues, mi pensamiento, que la demasiada extensión de esta infamia, y la multitud de gente tenida y reputada vil, e infame es sumamente perniciosa a la Religión y al Estado, y que por lo mismo sería muy conveniente a ambos objetos ceñirla a términos más estrechos... ¿... qué pueden ser unos hombres sin honor, sin educación, sin instrucción, y sin esperanza alguna de salir de su miserable, e infame condición?... supongamos por un instante, que nuestro amable Soberano quita a estas gentes el borrón de la infamia que las envilece, y las da el honor de que se hallan privadas. ¡Qué diferente sería el aspecto de nuestra América en breve tiempo!...".

"¡O Religión Santa, Divina, y adorable, cuán desconocida estás de tantas almas que avitan esta vasta Campaña de Montevideo! — escribe "Infausto Pastor" (T. M. Nº 27; 1º de Julio de 1801). — Ya llegó el tiempo feliz en que la aprehenderán los Padres, la enseñarán a sus hijos, y todos la vendicirán, oirán predicarla y dichosamente la observarán... porque estoy íntimamente convencido que la única grandeza y sólida felicidad es la ciencia de la Religión, cuya ignorancia tiene al Globo en combustión horrible...".

"...extinguido ya el entusiasmo que en otros tiem-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pos inflamaba a todo el mundo a conquistas — consigna un extracto de las Memorias de Haenk (T. M. Nº 32 del 18 de Julio de 1801) — no se deven mirar los Misioneros como meros Conquistadores espirituales, sino también como temporales, siendo ellos actualmente los únicos por cuya mano siguen o se pierden las Conquistas de las naciones Bárbaras, y con éllas los Payses, y Provincias que habitan... La Epoca más feliz para las Misiones Españolas situadas en ambas orillas del Río de las Amazonas era a fines del siglo 17... Pero causa dolor el ver el estado actual de ellas...".

En los números del 26 de Agosto y 12 de Septiembre de 1801 (T. 2º; Nº 8 y T. 2º Nº 13) aparecen sendos artículos firmados por "Fortunato Titiro" y titulados: "Memorias sobre los progresos de la Religión acia el N. del Río de la Plata". En éllos se hace la apología de los predicadores del Evangelio en estas latitudes. "...¿Cómo podré permitir (refiérese el autor al mutismo de los "Sabios" sobre el particular) que así se oscurezca la gloria de nuestros Varones Apostólicos, la gloria, permítaseme esta expresión, de nuestros únicos Héroes; pues casi toda la historia de estas Provincias, semejante a la del Pueblo de Israel, no es otra cosa que la historia de nuestra Religión?... Acabemos de decirlo. Nuestros Indios, estas Naciones tan aguerridas que no pudieron conquistar las Armas Españolas, Señoras de las Indias, se les vió sujetar su altiva cerviz al jugo del Evangelio. Se renovaron, en nuestros Campeones, todos los prodigios del tiempo de los Apóstoles. Y se puede decir, sin exageración, que por muchos años no se oyó otra

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

voz que la del Evangelio; y que sólo tuvieron derecho de pisar sus Fronteras los preciosos pies de los que evangelizan la paz. Sí, ¡gran Dios! Tú eres el único Autor de estas maravillas. ¡Nadie hay como tú! ¡Tú eres el que nos has librado del cautiverio y de las sombras de la muerte! ¡Y es posible que haya hombres tan ciegos que no quieran conocerlo, y tan desagradecidos que, en tan poco tiempo, lo hayan olvidado!... Yo ciertamente no comprendo lo que nos quiere decir quando dice, que en más de tres siglos de conquista no se ha oído en las Fronteras la voz del Evangelio...".

Pero no son éstas las únicas referencias que se descubren en el "Telégrafo Mercantil" tocantes a la fundamental preocupación civilizadora de la sociedad rioplatense de entonces. En todas ellas la *religión católica* que hermana al aborígen y al criollo con el hidalgo español, a las razas conquistadas con la europea conquistadora, figura en primer término. Pueden leerse, a este respecto, algunos artículos significativos en los ejemplares del 15 de julio y 1º de agosto de 1801, y del 17 de junio, el 27 de junio y el 8 de octubre de 1802. El cotejador atento advertirá el espíritu profundamente ortodoxo con que predicaba en Buenos Aires la intelectualidad más responsable y capacitada — redactora del primer periódico netamente argentino — una década antes de su ruptura con la madre patria.

Como se ve, los principios de la filosofía liberal y las demagógicas máximas de la revolución francesa, causantes de todas las turbulencias de aquel tiempo, no servían aquí para catequizar las masas descontentas "Teo-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

rías artificiales hechas con datos sin valor o inconducentes — comenta Enrique de Gandía — ([15]) han sostenido que la revolución de 1810 fué una imitación en pequeño o un resultado lógico del gran movimiento libertario francés de 1789. Quienes así hablan ignoran nuestra historia o la interpretan falsamente... El recuerdo y el ejemplo de la Revolución Francesa, como muy bien observó Mitre en uno de sus primeros escritos de juventud, fueron citados y enaltecidos para justificar y explicar los hechos consumados".

Bastaba recordar, en cambio, con picante intención reivindicadora, las bulas pontificias de Pablo III, por ejemplo, reproducidas en cédulas y órdenes reales expedidas por Carlos V o Felipe II y exhumar simplemente su substancia doctrinaria, para que el recóndito patriotismo nativo comenzase a fermentar con la injusticia del consabido incumplimiento de aquéllas. "Mandamos a los virreyes, presidentes y oidores de nuestras audiencias reales — prescribía enfáticamente una ley promulgada y confirmada por los primeros emperadores — ([16]) que tengan siempre mucho cuidado y se informen de los excesos y malos tratamientos que se hubieran hecho o hicieren a los indios incorporados a nuestra real corona y encomendados a particulares, y asimismo, a todos los demás naturales de aquellos reinos, islas y provincias, inquiriendo cómo se ha guardado y

([15]) Número especial de "La Nación", suplemento del 9 de Julio de 1939.

([16]) Zacarías de Vizcarra: "La Vocación de América", Buenos Aires, 1933.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

guarda lo ordenado, y castigando los culpados con todo rigor, y poniendo remedio en ello, procuren que sean instruídos en nuestra santa fe católica, muy bien tratados, amparados, defendidos y mantenidos en justicia y libertad, como súbditos y vasallos nuestros para que, estando con esto la materia dispuesta, puedan los ministros del Evangelio conseguir más copioso fruto, en beneficio de los naturales, sobre que a todos les encargamos las conciencias". Y otra ley dictada bajo Felipe II en Madrid el 19 de Diciembre de 1593, repetía en los mismos términos imperativos: "Ordenamos y mandamos que sean castigados con mayor rigor los españoles que injuriaren u ofendieren o maltrataren a indios, que si los mismos delitos se cometiesen entre españoles, y los declaramos por delitos públicos".

Véase de qué manera reacciona en 1802 un censor anónimo, probablemente eclesiástico, ante la impunidad con que eran tolerados estos delitos por los funcionarios europeos contemporáneos suyos, al punto de volver innocuos los castigos que allí solemnemente se prometían para los infractores. "...La primera y más sagrada obligación de un amo cristiano es la catequización de estos preciosos Neófitos del cristianismo — escribe en el "Telégrafo Mercantil" bajo el título de "Reflexiones Christianas sobre los Negros Esclavos" (Nº 10 del 4 de julio de 1802) — ...¡Ojalá que pudiérais desmentirme! ¡Ah! ¡Quántos no son los amos, que sólo atienden al lucro que de sus Negros reciben, y quántos los que entretenidos en vanos pasatiempos se les vé descuidar obligación tan sagrada! ¡Quántos Esclavos hay que ni aún saben en la ley que viven, ni para qué han sido

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bautizados! ¡Y quántos los que sólo saben quatro oraciones de coro ignorando el Dios, que deben adorar, ni cómo han de justificarse en el Sacramento de la Penitencia!... Un amo debe a su esclavo a más de la instrucción, el exemplo y la corrección. El que en ésto faltare, será tenido según la sentencia del Apóstol por un prevaricador, y peor que un Gentil. Oíd sus formales palabras, si acaso creéis que yo exagero: "Si quís suorum maximme domesticorum curam non habes, fidem negarit, est infideli deterior". Expresiones terribles; pero que convienen a la mayor parte de los amos... Aquí se advierten Señores cargados de oro y esclavos oprimidos de hierros; Señores destrozando precisos vestidos, y esclavos desnudos; Señores comiendo opíparamente, y esclavos desfalleciendo de hambre; Señores teniéndolos por menos que hombres, y esclavos reverenciándolos como a Dioses; Señores en pie amenazando con el azote como estatuas de la sobervia, y esclavos postrados en tierra con las manos atadas como imagen vilísima de la esclavitud humana... No, amos, toda vuestra casa se abrazará, y éste será un contagio que inficionará todos vuestros hijos y todos vuestros domésticos... O Provincia, o amada Patria, quán pronto te verán mis ojos desfigurada y corrompida, estándolo ya a lo menos la octava parte de vuestra masa!... Los amos están obligados a tolerar que sus Esclavos falten en algo a su servicio, por tal que sirvan mejor a Dios!...".

Nuestros historiadores están contestes en atribuir al "Telégrafo Mercantil" la importancia de haber fomentado, por primera vez en nuestro suelo, los anhelos del

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

patriotismo criollo que recién nacía con tendencia integral en Buenos Aires, debido al impulso de los inteligentes redactores y colaboradores de la "Sociedad Literaria", fundada en su seno con el permiso y vigilancia de las autoridades españolas.

Se ha dicho de aquellas páginas que "despertaron las primeras inquietudes espirituales, precursoras de grandes hechos históricos que estremecieron el alma del núcleo social selecto en la apacible capital del Virreynato del Río de la Plata" ([17]). Y bien, descontando las profusas colaboraciones de carácter científico, histórico, geográfico o económico que ellas contienen, la única nota reveladora que acusa un malestar social y psicológico, anunciador, sin duda, de la futura revolución rioplatense, lo constituye el clamor de *origen religioso* cuya argumentación transcripta he tratado de sintetizar más arriba.

Como puede verse, la prédica igualitaria sobre la base laica de los "derechos del hombre", y el trillado lema clasista del mismo corte: "libertad-igualdad-fraternidad", sistemática portada de todas las rebeldías del "siglo estúpido", no tenían acogida en nuestra intelectualidad responsable ni servían para alejar a los espíritus de la verdadera justicia que se reivindicaba. La influencia de la antigua tradición hispanoamericana estaba todavía viva y se hacía oír entre nosotros por boca de los anónimos redactores del "Telégrafo Mercantil", flor representativa del pensamiento social bonaerense.

Ello explica, por lo demás, hasta qué punto aquella tradición reaccionaria puede invocarse como causa le-

(17) Carlos Ibarguren, op. cit., página 42.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gítima, histórica e inmediata de nuestra emancipación política. Aunque posteriormente, una facción extranjerizante, obscurecida por prejuicios exóticos, la haya desvirtuado y tergiversado muchas veces desde el gobierno, en la doctrina y en los hechos.

FEDERICO IBARGUREN

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

1914

2 de Agosto

MIENTRAS casi toda Europa es arrastrada en el torbellino de una guerra funestísima, que llenará de luto y horror a quien considere qué peligros, qué desastres, qué desenlace tendrá, Nos, solícitos de la vida y la salud de todos los hombres y de todos los pueblos, no podemos dejar de sentirnos afectados, de sentirnos angustiados en lo profundo del alma por un pesar amarguísimo. Entre tanta perturbación y discordia de las cosas, juzgamos y entendemos que el amor paterno, el ministerio apostólico exige de Nos que orientemos decididamente los espíritus de todos los fieles cristianos hacia Aquél de donde viene el auxilio, a Cristo, decimos, príncipe de la paz y mediador poderosísimo de Dios y de los hombres. Exhortamos, pues, acudan a su trono de gracia y misericordia, a cuantos católicos viven en el orbe y en primer lugar a los varones del clero; por mandato de cuyos obispos, además, en cada una de las parroquias habrán de efectuarse rogativas públicas, a fin de que Dios misericordioso, como vencido por las preces de los píos, extinga las teas funestas de la guerra y conceda, benigno, a quienes gobiernan los estados pensar pensamientos de paz y no de aflicción.

PIO X.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

1 9 3 9

14 de Septiembre

AQUELLO que desde el último conflicto mundial fué angustia y terror de los pueblos, de nuevo se ha convertido en realidad; realidad de una catástrofe inconmensurable, ya que ninguna previsión humana puede calcular qué horrible potencial de matanza lleva en sí, ni cuál será la extensión de las complicaciones sucesivas de la nueva guerra que conmueve el suelo de Europa y especialmente el de una nación católica.

Porque somos, aunque indigno, Vicario de Aquél que descendió sobre la tierra como príncipe de la paz, sintiéndonos apoyados por las oraciones de los fieles y reconfortados por la íntima certidumbre de tener con Nos a innumerables almas de buena voluntad, no dejaremos de esperar atentamente, para secundarlas con todo nuestro poder, las ocasiones que se ofrecieren para inducir de nuevo a los pueblos, hoy levantados y divididos, a la negociación de una paz honrosa para todos, conforme con la conciencia humana y cristiana, que proteja los derechos vitales de cada uno y salvaguarde las naciones, así como para aliviar las terribles heridas ya infligidas o las que lo fueren en el futuro.

PIO XII.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CATORCE DIBUJOS
de la exposición de pintura Francesa ;

Los catorce dibujos que se reproducen a continuación integraron la Exposición de Arte Francés, realizada durante los meses de julio y agosto en el Museo Nacional de Bellas Artes. El primero de estos diseños es de Ingres; el último de la Fresnaye. Entre ambos cabe —en el brevísimo itinerario que presentamos— el admirable ciclo artístico abarcado por dicha exposición.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DOMINIQUE INGRES *La familia Stamaty* (246).

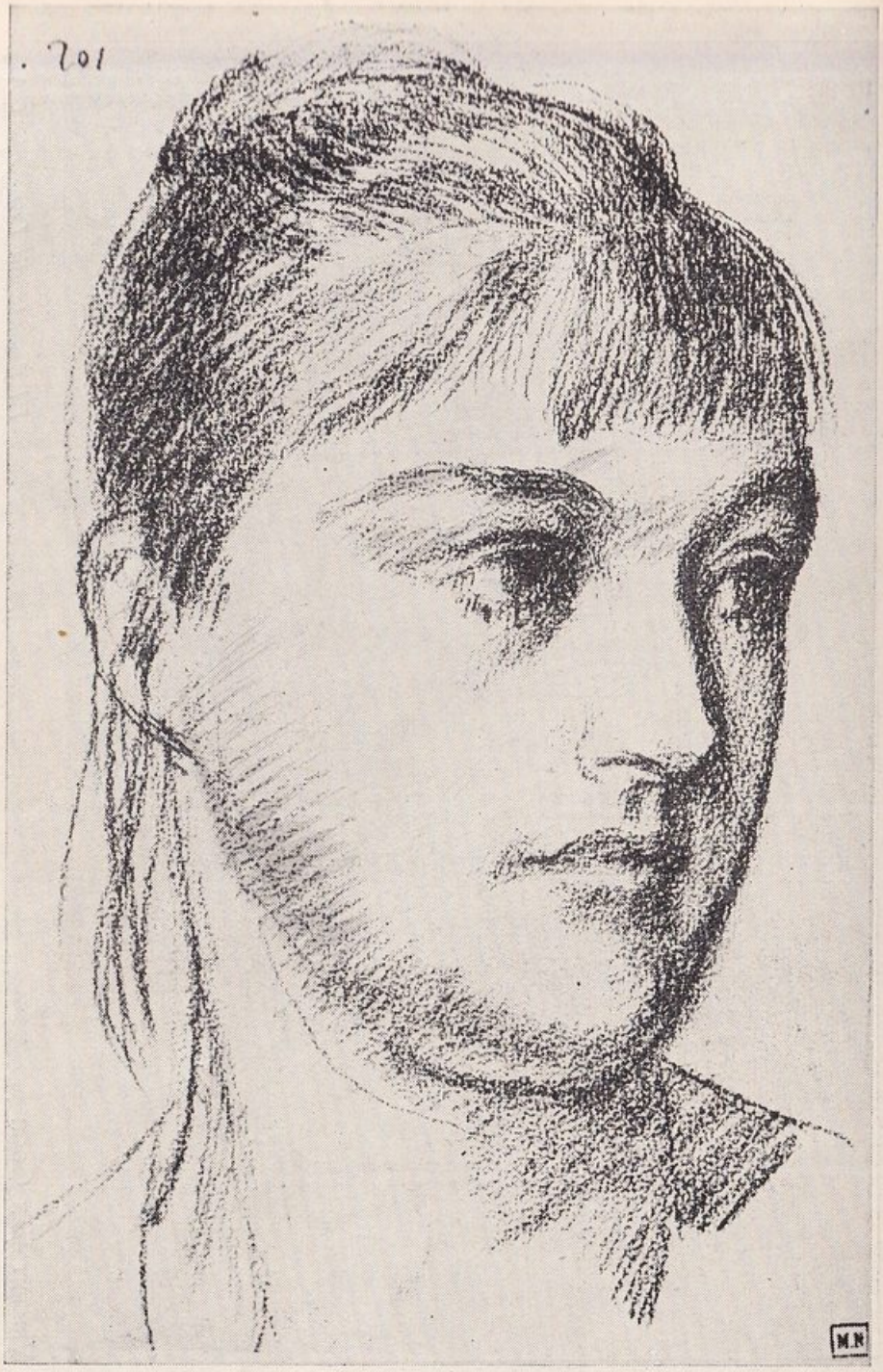
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

HONORÉ DAUMIER — *La mudanza del "Constitutionnel"* (22)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

VINCENT VAN GOGH — *El puente de Langlois* (241).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



PUVIS DE CHAVANNES — *Cabeza de mujer* (261).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EDOUARD MANET

Retrato de Georges Moore en el café (87).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EDGAR DEGAS — *Estudio para el retrato de Mlle. Dubourg* (230).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EDGAR DEGAS *Estudio para el retrato de Mlle. Dubourg* (229).

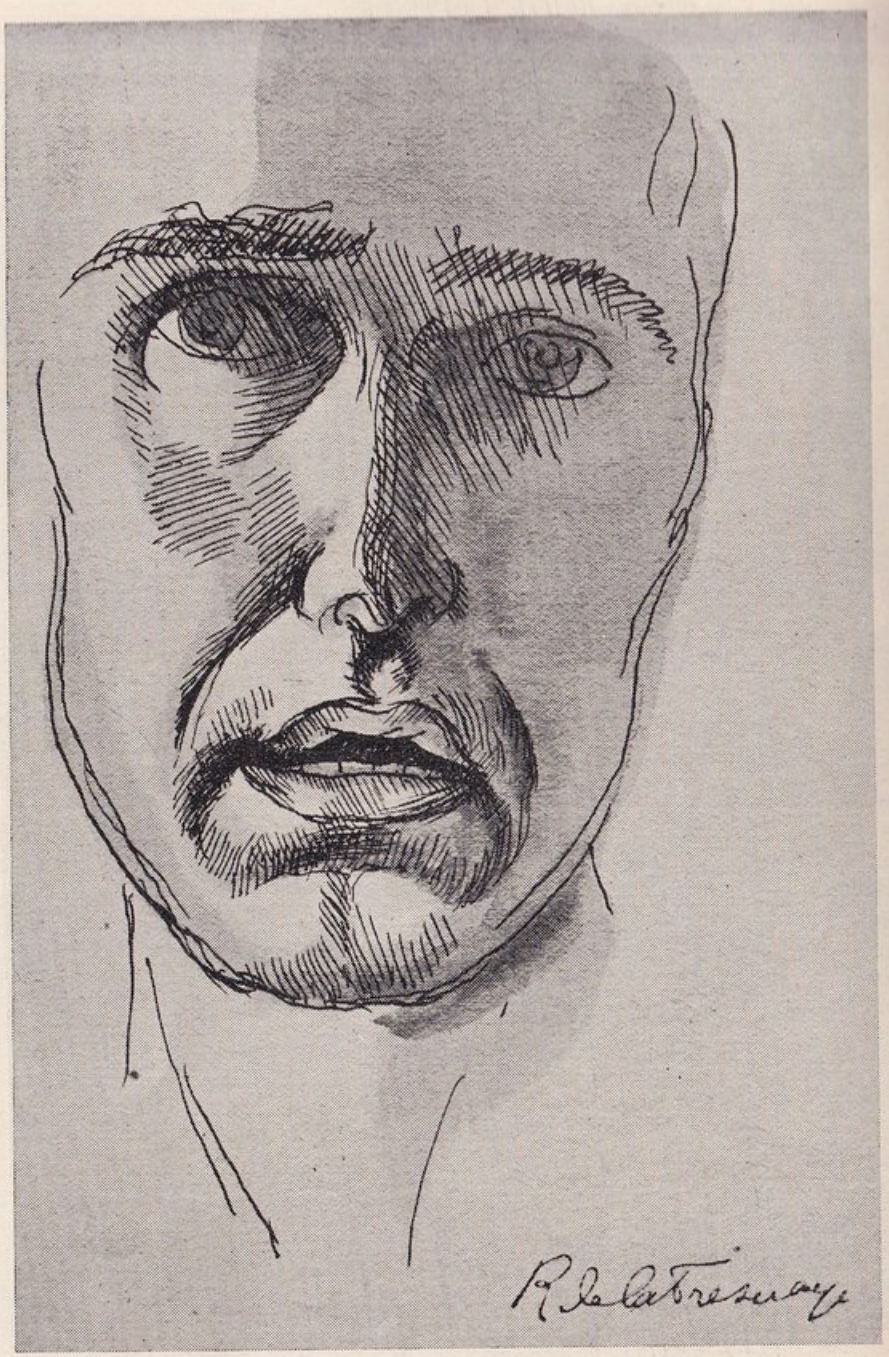
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ARISTIDE MAILLOL — *Las jóvenes obreras* (305).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

HENRI MATISSE — *La blusa búlgara* (311).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



ROGER DE LA FRESNAYE *Ultimo retrato del artista* (302)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FLOR DE LEER

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL HUESPED

Comprendo muy bien, dijo Dios, que uno haga su examen de conciencia.

Es un ejercicio excelente. No debemos abusar de él.

Hasta se lo recomienda. Está muy bien.

Todo lo que está recomendado está muy bien.

Y no sólo se recomienda. Se prescribe.

En consecuencia, está muy bien.

Pero, al fin, estáis en vuestro lecho. ¿Qué es lo que llamáis vuestro examen de conciencia, hacer vuestro examen de conciencia?

Si es pensar en todas las necedades que hicisteis durante el día, si es recordar todas las necedades que hicisteis durante el día,

Con un sentimiento de arrepentimiento y no diré tal vez de contrición,

Pero que me ofrecéis con un sentimiento de penitencia, está bien.

Acepto vuestra penitencia. Sois buena gente, sois buenos muchachos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pero si lo que queréis es repetir hasta la saciedad, rumiar durante la noche todas las ingratitudes del día,
Todas las fiebres y amarguras del día,
Y si queréis dar vueltas y más vueltas en la noche a todos vuestros agrios pecados del día,
Vuestras agrias fiebres y vuestros pesares y vuestros arrepentimientos y vuestros remordimientos más agrios aún,
Si queréis llevar un registro perfecto de vuestros pecados,
De todas esas necedades, de todas esas tonterías,
No, dejadme a mí mismo llevar el Libro del Juicio.
Quizás saldréis ganando con ello.
Y si lo que queréis es contar, calcular, computar, como un notario y como un usurero y como un publicano,
Es decir como un perceptor de impuestos,
Es decir como aquel que recoge los impuestos,
Dejadme entonces hacer mi oficio y no hagáis
Oficios que no han de ser hechos.
¿Acaso son tan preciosos vuestros pecados que sea menester catalogarlos y clasificarlos y registrarlos y alinearlos sobre mesas de piedra
Y gravarlos y contarlos y calcularlos y compulsarlos
Y compilarlos y reverlos y repasarlos
Y medirlos e imputároslos eternamente
Y conmemorarlos con no se sabe qué especie de piedad?
Como nosotros en el cielo ligamos las gavillas eternas
Y los sacos de oración y los sacos de mérito
Y los sacos de virtud y los sacos de gracia en nuestros imperecederos graneros,
Pobres imitadores, váis ahora a dedicaros —e imitadores contrarios, imitadores en el sentido inverso— váis ahora a dedicaros a ligar todas las tardes
Las miserables gavillas de vuestros horrendos pecados de cada día.
Demasiado sería si sólo fuera para quemarlos. No valen la pena.
Ni siquiera de eso.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pensáis demasiado en vuestros pecados.
Haríais mejor de pensar en ellos para no cometerlos,
Mientras hay tiempo todavía, muchacho, mientras no han sido aún cometidos. Haríais mejor de pensar en ellos un poco entonces.
Pero al atardecer no atéis esas vanas gavillas. ¿Desde cuándo hacen los labriegos gavillas de cizaña y de grama? Se hacen gavillas de trigo, amigo mío.
No extendáis esas cuentas, esas nomenclaturas. ¡Es mucho orgullo!
Es también mucho inútil alargarse. Y papelería.
Cuando el peregrino, cuando el huésped, cuando el viajero,
Se ha dejado andar largo tiempo en el barro de los caminos,
Antes de cruzar el umbral de la iglesia seca cuidadosamente sus pies,
Antes de entrar,
Porque es muy pulcro.
Y el barro del camino no debe mancillar las losas de la iglesia.
Pero una vez hecho, una vez que ha limpiado los pies antes de entrar,
Ya entrado no torna a pensar continuamente en sus pies,
No mira de continuo si sus pies están bien limpios.
No tiene más corazón, no tiene más mirada, no tiene más voz
Que para ese altar donde el cuerpo de Jesús
Y el recuerdo y la espera del cuerpo de Jesús
Brillan eternamente.
Basta que el lodo de los caminos no haya pasado el umbral del templo.
Basta que se hayan secado los pies, una vez, antes de pasar el umbral del templo.
Cuidadosamente, prolijamente, y que no se hable más.
No se habla siempre del barro. No es limpio.
Transportar al templo siquiera el recuerdo y la inquietud del barro
Y la preocupación y el pensamiento del barro
Es llevar todavía barro al templo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ahora bien, el barro no debe pasar el umbral de la puerta.
Cuando el huésped llega ante el huésped que limpie sencillamente sus pies antes de entrar,
Que entre limpio con los pies limpios y que luego
No piense siempre en sus pies y en el barro de sus pies.
Vosotros sois mis huéspedes, dice Dios, y bien valgo ese Dios que era el Dios de los huéspedes.
Sois mis huéspedes y mis hijos que venís a mi templo.
Sois mis huéspedes y mis hijos que venís a mi noche.
En el umbral de mi templo, en el umbral de mi noche, secaos los pies y que no se los mencione más.
Haced vuestro examen de conciencia, pero que sea secar vuestros pies.
Y que no sea en manera alguna, por el contrario,
Trasladar al templo los lodos y el recuerdo de los lodos del camino
Y que no sea arrastrar sobre el umbral augusto de mi noche
Los rastros, las marcas del barro
De vuestros sucios caminos de la jornada.
Lavaos al atardecer. Eso es hacer vuestro examen de conciencia. Nadie se lava continuamente.
Sed como ese peregrino que toma agua bendita al entrar en la iglesia.
Y hace la señal de la cruz. Luego entra en la iglesia.
Y no toma agua bendita todo el tiempo.
La iglesia no se compone únicamente de pilas benditas.
Hay lo que está antes del umbral. Hay lo que está en el umbral. Y hay lo que está en la casa.
Se debe entrar una vez y no salir y entrar todo el tiempo.
Sed como ese peregrino que no mira más que al santuario.
Y que no oye más.
Y que no ve más que ese altar donde mi hijo ha sido sacrificado tantas veces.
Imitad a ese peregrino que no ve más que el destello
Del resplandor de mi hijo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Entrad en mi noche como en mi casa. Pues es ahí donde me reservé el derecho de ser dueño.
Y si os empeñáis absolutamente en ofrecerme algo
De noche al acostaros
Que sea por lo pronto una acción de gracias.
Por todos los servicios que os rindo
Por los beneficios innumerables con que os colmo cada día
Con los cuales os he colmado ese día mismo.
Agradecedme primero, es lo que más apremia.
Y es también lo más justo.
Luego que vuestro examen de conciencia
Sea una vez hecho verdadera limpieza
Y no por el contrario un vago arrastrar de marcas y de mancillas.
La jornada de ayer está cumplida, hijo mío, piensa en la de mañana.
Y en tu salvación que está al cabo de la jornada de mañana.
Es tarde para ayer. Pero no es demasiado tarde para mañana.
Y para tu salvación que está al cabo de la jornada de mañana.
Tu salvación no está en la dirección de ayer, está en la dirección de mañana.
Ve hacia mañana, no te vuelvas hacia ayer.
Pensad entonces un poco menos en vuestros pecados cuando los habéis cometido
Y pensad un poco más en el momento de cometerlos.
Antes de cometerlos.
Será más útil, dijo Dios.
Es demasiado tarde cuando ya han sido cometidos, cuando ya han sido hechos.
No es demasiado tarde para la penitencia.
Pero es demasiado tarde para no cometerlos
Y para no haberlos cometido.
Cuando habéis pasado sobre vuestros pecados, los agrandáis como montañas, dijo Dios.
Cuando hay que ver que son, en efecto, montañas y espantosas es en el momento de pasarlos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Sois virtuosos después. Sed virtuosos antes.
Y durante.
La hora que suena ha sonado. El día que pasa ha pasado.
Sólo mañana queda y los pasado mañana.
Y no quedarán por mucho tiempo.
Que vuestros exámenes de conciencia y vuestras penitencias
No sean, pues, rigidez y encabritamiento hacia atrás,
Pueblo de dura nuca,
Que sean alivios y que vuestros exámenes de conciencia y vuestras penitencias y hasta vuestras contriciones más amargas
Sean penitencias de distención, desdichados hijos, y contriciones de remisión
Y de entrega en mis manos y de renunciamiento.
(De renunciamiento de vosotros).
Pero yo os conozco, sois siempre los mismos.
Queréis hacerme grandes sacrificios, con tal de escogerlos vosotros.
Preferís hacerme grandes sacrificios, con tal de que no sean aquellos que os pido,
Antes que hacerme los pequeños que os pediría.
Sois así, os conozco.
Haréis todo por mí, excepto darme ese poco de abandono.
Que es todo para mí.
En fin, sed como un hombre
Que está en una embarcación en el río
Y que no rema todo el tiempo
Y que a veces se deja llevar por el correr del agua.

CHARLES PEGUY.

Traducción de Manuel Mujica Láinez.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DE FRANCISCO DE QUEVEDO

EXHORTACION A LA MAJESTAD DEL REY N. S. FELIPE IV PARA EL CASTIGO DE LOS REBELDES

Escondido debajo de tu armada
gime el Ponto, la vela llama al viento,
y a las lunas de Tracia con sangriento
eclipse ya rubrica tu jornada.

En las venas sajónicas tu espada
el acero calienta y macilento
te atiende el Belga, habitador violento
de poca tierra al mar y a ti robada.

Pues tus vasallos son el Etna ardiente
y todos los incendios que a Vulcano
hacen el metal rígido obediente,

arma de rayos la invencible mano:
caiga roto y deshecho el insolente
Belga, el Francés, el Sueco y el Germano.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ARREPENTIMIENTO Y LAGRIMAS DEBIDAS AL ENGAÑO DE LA VIDA

Huye sin percibirse lento el día
y la hora secreta y recatada
con silencio se acerca y despreciada
lleva tras sí la edad lozana mía.

La vida nueva que en niñez ardía,
la juventud robusta y engañada,
en el postrer invierno sepultada
yace entre negra sombra y nieve fría.

No sentí resbalar mudos los años,
hoy los lloro pasados y los veo
riendo de mis lágrimas y daños.

Mi penitencia deba a mi deseo,
pues me deben la vida mis engaños,
y espero el mal que paso y no lo creo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CON EJEMPLOS MUESTRA A FLORA LA BREVEDAD DE LA HERMOSURA

La mocedad del año, la ambiciosa
vergüenza del jardín, el encarnado
oloroso rubí, Tiro abreviado,
también del año presunción hermosa;

la ostentación lozana de la rosa,
deidad del campo, estrella del cercado;
el almendro en su propia flor nevado,
que anticiparse a los calores osa;

reprehensiones son, oh Flora, mudas
de la hermosura y la soberbia humana
que a las leyes de flor está sujeta.

Tu edad se pasará mientras lo dudas:
de ayer te habrás de arrepentir mañana
y tarde y con dolor serás discreta.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CONOCE LA DILIGENCIA CON QUE SE ACERCA LA MUERTE

Ya formidable y espantoso suena
dentro del corazón el postrer día,
y la última hora, negra y fría,
se acerca de temor y sombra llena.

Si agradable descanso, paz serena
la muerte en traje de dolor envía:
señas da su desdén de cortesía,
más tiene de caricia que de pena.

¿Qué pretende el temor desacordado
de la que a rescatar, piadosa, viene
espíritu en miserias anudado?

Llegue rogada, pues mi bien previene;
hálleme agradecido, no asustado;
mi vida acabe y mi vivir ordene.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

AMOR CONSTANTE MAS ALLA DE LA MUERTE

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día
y podrá desatar esta alma mía
hora, a su afán ansioso, lisonjera.

Mas, no de esotra parte en la ribera
dejará la memoria en donde ardía;
nadar sabe mi llama la agua fría
y perder el respeto a ley severa.

Alma a quien todo un Dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
médulas que han gloriosamente ardido:

su cuerpo dejarán, no su cuidado,
serán ceniza, mas tendrán sentido,
polvo serán, mas polvo enamorado.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SONETO A LA AURORA

Tú, princesa bellísima del día,
de las sombras nocturnas triunfadora,
oro risueño y púrpura pintora,
del aire melancólico alegría;

pues del sol que te sigue y que te envía
eres fragante y rica embajadora,
pues, por ennoblecerte, llamé Aurora
la hermosa sin igual zagala mía:

ya que la noche me privó de vella
y esquiva mis dos ojos, piadosa,
entretenme su imagen en tu estrella;

niégale al sol las horas, no envidiosa
su llama, que tus luces atropella,
esconde en ti su ardiente nieve y rosa.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SONETO AMOROSO

Tras arder siempre nunca consumirme
y tras siempre llorar nunca acosarme,
tras tanto caminar nunca cansarme
y tras siempre vivir jamás morirme.

Después de tanto mal no arrepentirme,
tras tanto engaño no desengañarme,
después de tantas penas no alegrarme
y tras tanto dolor nunca reírme.

En tantos laberintos no perderme;
mi haber tras tanto olvido recordado,
¿qué fin alegre puede prometerme?

Antes muerto estaré que escarmentado:
ya no pienso en tratar de defenderme
sino de ser de veras desdichado.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

MEMORIA INMORTAL DE DON PEDRO GIRON, DUQUE DE OSUNA, MUERTO EN PRISION

Faltar pudo su patria al grande Osuna,
pero no a su defensa sus hazañas;
diéronle muerte y cárcel las Españas
de quien él hizo esclava la Fortuna.

Lloraron sus envidias una a una
con las propias naciones las extrañas;
su tumba son de Flandes las campañas
y su epitafio la sangrienta luna.

En sus exequias encendió al Vesubio
Parténope y Trinacria al Mongibelo;
el llanto militar creció en diluvio.

Diole el mejor lugar Marte en su cielo;
la Mosa, el Rin, el Tajo y el Danubio
murmuran sin cesar su desconsuelo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cómo por mandato del Rey fué dado

Pero Niño á un Ayo que le doctrinase, é enseñase todas las buenas maneras é costumbres que el buen Fidalgo debe aver.

CUANDO Pero Niño ovo diez años fué dado á criar é á enseñar á un ome sabio é entendido, para que le enseñase é doctrinase en todas las buenas costumbres é maneras que pertenescen á Fidalgo bueno é noble: é enseñábale en esta guisa:

"Fijo, parad mientes cómo sois de muy honrado é grand "linage, é cómo aquella rueda del mundo que nunca está "queda, nin dexa ser siempre las cosas en buen estado, le "abajó, é de los grandes fizo pequeños, é de los altos fizo "bajos é pobres: é que á vos conviene pugnar é trabajar por

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

" tornar en aquel estado, é aun por pasar de grandeza é de
" nobleza aquellos donde vos venides; ca non es maravilla
" parescer el ome á su padre en mantener aquel estado que
" le dexó, porque aquello ganado lo falló; mas es mucho de
" loar pasar á todos aquellos donde él viene, é cobrar mayor
" lugar.

"Fijo, parad bien mientes en mis palabras, apercibid
" vuestro corazón en mis dichos, é retenedlos en él, que ade-
" lante los entenderedes. El que ha de aprender á usar arte
" de caballería non conviene despender luengo tiempo en es-
" cuela de letras: cúmplevos lo que yá dello sabedes: lo que
" agora dello vos queda el tiempo lo dará, usando algo dello.

"Ante todas estas cosas conosced á Dios, é después co-
" nosced á vos, é después á los otros. Conosced á Dios por fé.
" Qué es fé? Fé es certidumbre muy firme de la cosa non vis-
" ta. Conosced la sustancia por los accidentes. Conosced, que
" él vos crió, é vos dió sér. Conosced á Dios en sus criaturas,
" é en las maravillas que él fizo. Entended é conosced el su
" grand poder, que fizo los cielos, é la tierra, é la mar, é to-
" das las cosas que en ellos son. El crió los Angeles en la luz,
" é ornó é afermosó el cielo de tantas é de tan fermosas estre-
" llas. El crió el sol é la luna, é mandó al sol que alumbrase
" por el día, é a la luna que alumbrase por la noche: é ornó
" é cumplió la tierra de tantas é tan diversas plantas de ár-
" boles é hierbas, é la pobló de animalias de tantas é tan di-
" versas figuras: é crió en la mar las grandes ballenas, é mu-
" chos é diversos pescados: é crió las aves, é las puso en el
" ayre. E catad cómo puso término á la mar, que non pase
" de un lugar, porque non empesciese á la tierra. Mi fijo, ca-
" tad cómo el sol nasce en oriente, é se pone en occidente, é
" torna por donde ante vino: é cómo así los cielos, cómo la
" mar, é cómo la tierra, la qual está afirmada sobre la mar,
" é todas las cosas que él fixo todas le obedescen, é non pa-
" san de su mandado é curso que las él puso primero. Parad
" mientes cómo crió el ome á la su imagen, é cómo le puso
" en el parayso de la folganza, é cómo le mandó que le sir-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

" viese, é amase é temiese, é fuese obediente al su mandato, é
" viviría siempre en alegría, é cumplido placer, é nunca mo-
" riría, nin avría dolor nin trabajo. Cómo puso al su manda-
" do é poderío del ome todas las cosas que crió en la mar, é
" en la tierra. E catad cómo el mezquino del ome fué enga-
" ñado, é pecó por su flaqueza; ca pasó el mandamiento de
" Dios, por lo qual, la divinal justicia ovo lugar, é le condenó
" á muerte del cuerpo é del alma, é fué echado del parayso
" en el desierto deste mundo á morir é lacerar. Donde era
" libre, fízose subjeto é cautivo de la muerte, é dexó á nos sus
" fijos en ese mesmo cautiverio obligados al pecado. Fijo,
" amad é tened á aquel que al Angel tan excelente é fermoso
" é lleno de gloria, que por su soberbia dixo, *sobre el cielo*
" *porné la mi silla en la parte de Aquillón, é seré igual al muy*
" *alto Criador*, le lanzó de la altura de los cielos en la pro-
" fundidad de los abismos, é le puso de gloria en pena, de
" claridad en escuridad é en tinieblas perpetuas, donde se
" tornó diablo é príncipe de muerte. Ama á aquel que tanto
" nos amó, que non tan solamente ordenó de tomar nuestra
" carne, mas fízose humilde en forma de servidor, é padesció
" por nos, é tomó la nuestra carga sobre sus hombros, é li-
" brónos, é sacónos del poder del diablo, é del señorío cruel
" cuyos éramos por subjeción del pecado.

"Fijo muy amado, creed é tened muy firmemente lo que
" cree é tiene la madre sancta Iglesia: non sea cosa que vos
" della arriedre nin vos mueva. ¿Qué vos diré? En la sancta
" Fé sois nacido, é otra vez regenerado en agua de Spiritu-
" sancto. Si te conviniere de pelear por tu solo cuerpo contra
" qualquier que dixese la sancta Fé católica non ser así, obli-
" gado eres á ello: ésta es buena caballería, la mejor que nin-
" gún Caballero puede facer, pelear por su Ley é Fé, quan-
" to más teniendo la verdad. E si por ventura cayeses entre
" enemigos de la sancta Fé católica, é te la quisiesen facer
" denegar, tú débeste aparejar á sofrir todos los tormentos
" quantos te venir pudiesen: é teniendo é confesando la sanc-
" ta Fé de Jesu-Christo fasta la muerte, en esta batalla tan

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

" sancta, como suxo dixe, al muerto llaman vencedor, é al
" matador, llaman vencido. Toma exemplo de Santiago el Ca-
" ballero, que fué tajado todo por miembros desde los dedos
" de las manos é de los pies, todos uno á uno, fasta los otros
" miembros é coyunturas quantas en él ovo; é nunca le pu-
" dieron facer negar a Jesu-Christo; antes estovo firme como
" buen Caballero. Esta es buena Caballería triunfante: allí
" se gana la corona aureola que Dios promete a los vencedo-
" res. Non diga ninguno en tal estante: ¡Oh, qué dura cosa es
" la muerte! Denegaré agora, é faré las cosas que me man-
" dan; que pues non lo fago de voluntad, después yo me tor-
" naré quando lugar oviere. Digo vos que el que se rinde non
" finca vencedor; nin el que mete el pie en la red, non le sa-
" ca quando quiere. En el tiempo de la fortuna se conoscen
" los amigos. Teniendo Fé, é esperando en el galardón, las
" penas son dulces. Catad que más dura es la pena infernal
" que la corporal. Esta pena aína pasa; mas la del infierno
" para siempre dura.

"¿Qué más vos diré, mi fijo? Que non creades ni tome-
" des argumentos sotiles en la Fé. Lo que vuestro seso non
" comprendiere ni alcanzáre, creedlo por Fé; porque si de la
" Fé oviese prueba, non avría mérito. Non vos fizo Dios á
" vos para que juzguedes los sus fechos; mas para que fuése-
" des obediente á los sus mandamientos. Conosced la grand
" grandeza de Dios sobre vos. ¿Cómo la criatura menguada
" é mortal puede sin gracia conoscer lo infinito? La sancta
" Fé católica yá esmerada está como el oro, que siete veces
" metido en la fornaza del fuego, cada vez sale más esmera-
" do: non digo tan solamente siete, mas setenta mil veces sie-
" te. Mi fijo, faced todos vuestros fechos con Dios, guardad
" sus mandamientos, faced sus precetos, guardad sus Iglesias,
" honrad sus fiestas, é los misterios dellas; é él guardarvos há,
" é honrarvos há. Encomendadle vuestros fechos, pedidle
" grandes cosas, que muy rico es, que él vos dará lo que vos
" será más provecho. Esperad en él, que sin él non es fecha

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

" ninguna cosa. Lo que es fecho sin él nin es nada, nin algo:
" lo que es fecho por él es vida, é es cosa que dura.

"Fijo, enclinad vuestra oreja a la petición del pobre,
" oídle, respondedle pacíficamente é con mansedumbre, fa-
" cedle limosna: delibrad al que padece injuria de mano del
" soberbio: faced á Dios dignas oraciones, leed libros: habed
" en miente los sus fechos: catad que quando oramos fabla-
" mos con Dios, é quando leemos fabla él con nos.

"Fijo, non creades aquellos que vos dirán que vos farán
" vér é saber vuestra ventura: decirvos han que habedes de
" ser muy grande, é alcanzar esto, é aquello; é de quanto vos
" dixeren non será ninguna cosa. Si los creyéredes, usando de
" fiucias vanas, rebajarédes el tiempo en las cosas que vos
" farían menester á vuestra honra é facienda. E creed que Dios
" sin vos vos fizo, é sin vos delibrará. Guardadvos non crea-
" des falsas profecías, nin ayades fiucia en ellas, así como son
" las de Merlín, é otras: que verdad vos digo, que estas cosas
" fueron engendradas é sacadas por sotiles omes é cavilosos
" para privar é alcanzar con los Reyes, é grandes Señores, é
" ganar dellos, é tenerlos á su voluntad con aquellas vanas
" fiucias, en tanto que ellos facen de sus provechos. E si bien
" paras mientes, como viene Rey nuevo, luego facen Merlín
" nuevo: dicen que aquel Rey ha de pasar la mar, é destroir
" toda la Morisma, é ganar la Casa sancta, é ser Emperador;
" é después vemos que se face como á Dios place. Así dixe-
" ron de los pasados, é dirán de los por venir. Lo que Dios
" non quiso mostrar á los sus escogidos, enfingen de saber los
" pecadores: ca todos los verdaderos Profetas non fablaron si
" non a fin de los dos avenimientos de Jesu-Christo, del pri-
" mero con omildad, é pobredad: del postrimero, con pode-
" río é magestad. De allí adelante callaron todos; ca después
" de la venida de Jesu-Christo non son yá menester. Merlín
" fué un buen ome, é muy sabio. Non fué fijo del diablo, co-
" mo algunos dicen; ca el diablo, que es esprito, non puede
" engendrar; provocar puede cosas que sean de pecado, ca
" éste es su oficio. El es sustancia incorpórea; non puede en-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

" gendrar corpórea. Mas Merlín, con la grand sabiduría que
" aprendió, quiso saber más de lo que le cumplía, é fué enga-
" ñado por el diablo, é mostróle muchas cosas que dixese;
" é algunas dellas salieron verdad: ca ésta es manera del dia-
" blo, é aun de qualquier que sabe engañar, lanzar delante
" alguna verdad, porque sea creído de aquel que quiere enar-
" tar. Así en aquella parte de Inglaterra dixo algunas cosas
" que falaron en ellas algo que fué verdad; mas en otras mu-
" chas fallesció; é algunos que agora algunas cosas quieren de-
" cir, compónenlas, é dicen que las fabló Merlín. E así todas
" las cosas pasadas, é presentes, é por venir non son si non en
" la presencia de nuestro señor Dios. ¿Quién es aquel que sa-
" be la voluntad de Dios en las cosas que son por venir? ¿O
" sabe el ome más que Dios? Esto es falso. Nota que muchas
" cosas fizo Dios; mas non fizo ninguna que fuese contra el
" su poder. Ved qué respondió Jesu-Christo á sus discípulos
" quando le preguntaron de algunas cosas por venir: *Non es*
" *vuestro de saber la hora, nin el momento que Dios puso en*
" *el su poderío.* De tanto podedes ser cierto, é saber de lo que
" es por venir, que en pos del verano viene el invierno: é
" que vos apercivades de casas abrigadas é calientes, é leña,
" é vituallas para el tiempo fuerte é menguado en que las non
" podiades aver; é que durante el invierno vos apercibades
" de las cosas convenientes al verano. Parad mientes al mari-
" nero, que durante el buen tiempo se apareja para el malo;
" é durante el tiempo malo se apareja é está en esperanza del
" bueno. Este es buen adevinar, é saber con provecho.

"Otrosí, fijo, guardadvos de los engaños de los omes que
" dicen que de una dobla vos farán dos, é que de la piedra
" vos farán plata, é que del cobre vos farán oro, é que así fa-
" rán pujar el vuestro aver á grand quantía, é que así pode-
"des ser el mayor ome que nunca ovo en vuestro linage; é
" que podedes dar, é franquear, é sobrar, é pujar sobre vues-
" tros contrarios; é facervos han muestra engañosa, porque lo
" creades: é si dello usaredes, á la fin fallarvos-iades pobre, é
" gastado todo lo vuestro. Digo vos que para esto buscan ellos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

" omes cobdiciosos é livianos de seso, que pierden lo suyo, é
" viven denostados é profazados entre las gentes.

"Llegadvos á la compañía de los buenos, é seredes uno
" dellos. Guardadvos de la compañía de los malos: que la
" vuestra natura furtará de la suya en poridad. Sed atempera-
" do en vuestro comer, é en beber, é en dormir. Non sigades
" vuestra voluntad en las cosas que vos pueden traer daño.
" Asaz es torpe el que non sabe que la voluntad es enemiga
" del seso. E non andemos siempre con nuestra voluntad; mas
" contra nuestra voluntad: ca estonce el cuerpo es tenido é
" regido é endereszado por el alma, é fermoseado con ayunos
" é oraciones é castidad, é con buenas costumbres. Si el cuer-
" po es dejado é dado á su voluntad, dase á conversaciones,
" é á luxurias, é avaricias, é á sobervias, é á otros pecados
" que son de natura de la tierra, que gobierna el cuerpo,
" con los otros elementos: donde dice Platon, que así es
" el alma con el cuerpo como el juglar con su estrumento, que
" quando es desacordado, non puede en él facer son acordan-
" te; é si mucho desacordante fuere, habrá á dejarlo; é que
" si bien temprado le toviere, que estonce en su órgano lo
" finge de fermosura, é face son apacible é acabado.

"Fijo, non enclinedes la vuestra noble persona al ayun-
" tamiento de las malas mugeres; ca ellas non aman, é quie-
" ren ser amadas: porque el uso dellas es abreviamiento de la
" vida, corrupción de las vertudes, traspasamiento de la ley
" de Dios.

"Fijo, quanto oviéredes á fablar ante los omes, primero
" lo pasad por la lima del seso, ante que venga á la lengua.
" Parad mientes que la lengua es un arbol, é tiene las raíces
" en el corazón, é la lengua lo muestra de fuera. Catad que
" mientras vos fabláredes, los otros esmeran vuestra palabra,
" como esmerades vos la suya quando ellos fablan. Pues decid
" cosas con razón; si non, mejor será que vos calledes. En la
" lengua se conosce la ciencia: en el seso la sapiencia: en la
" palabra la verdad é la doctrina; é la firmeza en las obras. Si

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

" callase el que non debía fablar, é si fablase el que non de-
" bía callar, nunca la verdad sería contradicha.

"Fijo, guárdate de la avaricia, si quieres aver poder en tí;
" si non, siervo serás; ca como cresce el amontonamiento de
" los algos, cresce la muchedumbre de los cuidados. Nota, si
" quieres aver lo que deseas, desea lo que puedes. Non ten-
" gas á ningún ome por lo que obró en la su fortuna; mas
" tenlo por lo que es en su seso, é en sus vertudes. Non ten-
" gas vasallos tan solamente por lo que has de aver dellos;
" mas tenlos todos por amigos, é sírvante con lo que has de
" aver de derecho. Con la palabra blanda dura el amor en los
" corazones: la dulce palabra multiplica los amigos, é mitiga
" los enemigos: la lengua graciosa en el buen ome abonda.
" Nota, que en el tiempo de la tu prosperidad muchos se te
" omillarán. El tu consejero sea uno entre mil. Si tienes ami-
" go del tiempo, tenle; mas non le creas de ligero, nin tan
" aína, porque su amistad es segund el tiempo. Si el amigo
" permanesciere contigo firme, serte há así como otro tú.
" Apártate de tus enemigos, non te asegures dellos. Faz tal vi-
" da con los omes, que si te murieres, lloren por tí; é si te
" alongares, hayan deseo de tí. Quando vieres el enfermo men-
" guado de seso non escarnezcas dél, mas pregunta á tí si eres
" de aquella misma natura. Si te vieres sano, dá gracias á
"Dios. Si ovieres tiempo malo, súfrele, que todos los tiempos
" buenos é malos has de pasar. El que dice a los omes con que
" les pese, dicen ellos á él con que non le place. Sé avenido
" con los omes en el mundo. Non hay más noble cosa que el
" corazón del ome: nunca rescibe señorío de grado: é más
" omes ganarás por amor, que por fuerza, nin por temor. Non
" es cortesía decir de ome detrás, lo que avrías vergüenza de
" le decir delante. Fijo, notad quatro yerros, é guardadvos
" dellos, que son precio, porfía, presuramiento, pereza. Precio
" su fruto es aborrescimiento: porfía su fruto es baraja: pre-
" suramiento su fruto es arrepentimiento: pereza su fruto es
" perdimiento. Porque todos los estremos son viciosos, guar-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

" dadvos dellos: porque temor teme todas cosas, é atrevimien-
" to atrévese á todas las cosas.

"Fijo, servid al Rey, é guardadvos dél; que es como el
" león, que jugando mata, é burlando destruye. Guardadvos
" de entrar en la Casa del Rey, quando sus fechos anduvieren
" turbados; ca el que entra en la mar quando está alterada,
" será maravilla si escapará: ¿quánto más fará si entráre
" quando está ayrada? Fijo, non temades la muerte en su sér;
" ca es cosa tan cierta que se non puede escusar: porque con
" esta condición venimos al mundo, de nacer é morir. Non
" debe temer la muerte si non aquel que fizo mucho tuerto,
" é poco derecho. La muerte es buena al bueno, por ir resce-
" bir galardón de su bondad; é al malo, porque fuelga la tie-
" rra de su maldad. Non vos quiero más detener, porque yá
" se vos acerca el tiempo en que avedes de mostrar quién sois,
" é dónde venides, é dónde esperades ir".

Así fué criado este Doncel, é le crió é doctrinó este buen ome fasta el tiempo que ovo catorce años.

(De la crónica de Pero Niño)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

L I B R O S

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

MEDIODIA. Cuadernos de Poesía Española. Sevilla 1939.

Sevilla, dentro del mapa político de España, es una ciudad excepcional. Todo se ha afirmado de ella; lo verdadero y lo falso. De aquí que podamos hablar de la existencia de dos Sevillas. Una para la exportación, la ciudad del cante hondo y de los azulejos, de los gitanos del Sacro Monte y de la tauromaquia, fabricada para quienes, desde que el romanticismo puso de moda lo colorista y lo exótico, buscan el pintoresquismo español. Y la otra, la auténtica, la que nos había ocultado la pandereta literaria, ciudad con espíritu e historia antes que con color local. La Sevilla latina, que diera emperadores a Roma; Adriano y aquel pío, felice, triunfador Trajano. La Sevilla cristiana de San Isidoro y San Leandro y su rey San Hermenegildo. La Sevilla mora ablandada en los últimos embates de la civilización arábiga, con su corte de exquisitos poetas, en los tiempos en que Mío Cid, empujado por vientos de leyenda, se convertía en el arquetipo del hombre español, cuando la historia de España balbuceaba en romances. La Sevilla archivera de las glorias del Nuevo Mundo, puerto recolector de héroes para la Conquista, guardiana del oro y de la plata ofrendados por la gratitud de América. La Sevilla del Montañés y sus Cristos que piden saetas, ciudad de María Santísima, campeona del Dogma de la Inmaculada Concepción, cuna de teólogos, poetas y pintores. La "Ciudad de la Gracia" que, fiel a sí misma, hoy despierta, después del sueño glorioso de la guerra, como el verdor de las ramas después de la poda, en estos Cuadernos de Poesía Española llenos de equilibrio y belleza.

José Antonio creía que la redención y el exacto sendero de España estaban en la vena poética, en la aplicación directa de la poesía al espíritu de las masas. Es por eso que Eduardo Llosent y Marañón, se-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

villano, piloto seguro en los nuevos mares por los que navega España, dispara su flecha hacia los altos cielos de la Poesía. El ha dicho: "De la Poesía hay que hacer un culto en España, porque de la Poesía nace la posibilidad del Imperio". Esta es la razón de ser de Mediodía.

Con el primer Cuaderno vuelve una voz dormida desde los tiempos del "Cántico", Jorge Guillén, y de nuevo ese pisar seguro, ese no andar a tientas, ese asombro sereno ante las cosas que distingue su arte; esa transparente claridad que respira:

Es una maravilla respirar lo más puro.

No hay cosa que viva independiente en el mundo y pueda carecer de enlace con el resto, Guillen lo sabe, y ama y siente las cosas porque lo llevan en rápida trayectoria, de unas a otras, a descansar en la segura quietud de algo trascendente.

Alborozo.
Palpita con creciente pulsación el magnolio.
Los tejados
Van rindiendo al verdor, tan noble, tarde y pájaros.
Entre hojas,
Murmullos de invisible inquietud suplican sombra.
Late el árbol,
Ya quieto, con latido de corazón velado.
¿Qué es entonces?
Un más allá se crea con ternura y con noche.

Los platónicos dicen que la belleza es un resplandor divino, por eso el poeta no desmaya hasta arrancar el secreto que Dios ha puesto en las cosas, que es su propio Nombre.

El arroyo
Se rinde a su destino: lo más bello es muy poco.
Transparencia.
Por el arroyo claro va la hermosura eterna.

Este es el arte de Jorge Guillén, una búsqueda constante, un hallar y transformar el asombro del hallazgo en amor y el amor en canto. La razón sólo puede hablar; el amor es el único que canta, dice Joseph de Maistre. Y el canto en Guillén está expresado con un tal equilibrio, con una perfección tan admirable, que bien pudo decir de él Manuel Diez Crespo: "Jorge Guillén es, a nuestro juicio, el orden poético más exacto de la lírica española, desde el siglo XVII".

Sigue a Guillén, en el segundo Cuaderno de Mediodía, ese fino ar-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tista de acento antiguo, pastoril y leve, que es Adriano del Valle. Nadie en nuestro idioma, desde Góngora, ha dicho Eugenio Montes, bordó primores más finos.

La liebre azul del arroyo
corre entre los juncos verdes;
de la escopeta del alba,
ilesa, asustada, viene.

Su arte madura en maestría pictórica y en suave musicalidad de las palabras en el fragmento de su auto sacramental "La Divina Pastora".

Poeta sevillano, por sevillano español, y por español latino, ama a Italia y su paisaje y traduce su amor en delicados sonetos, como éste a Roma, cuya visión consigue a través de imágenes ágiles y resueltas.

Todos los acueductos van a Roma
llevando agua caudal a sus fontanas,
entre tumbas gentiles y cristianas,
catacumbas, cipreses y carcoma.
Al campo y al jardín, el aire toma
su longitud de olor, y a las campanas
de las torres más altas y lejanas,
les va midiendo el eco una paloma.
Casi jirafa, el obelisco abreva
agua feliz que el surtidor eleva
con crines de hipocampos artesianos.
¡Fontanas pías, sixtinas o paulinas,
pontificando al sol en las colinas
con su esplendor de mármoles romanos!

A la calidad poética de estos dos primeros Cuadernos se agrega el cuidado de la impresión y la belleza de las ilustraciones de José R. Escassi y José Caballero. Cada uno de ellos lleva el suplemento "Arenal de Sevilla", donde, en agudos ensayos y estudios valiosos, reaparece el laurel de las plumas de Eugenio d'Ors, Gerardo Diego, Eduardo Llosent y Marañón, Manuel Diez Crespo, el propio Adriano del Valle, Rafael Laffon, Antonio Meneses y Joaquín Romero Murube.

En este grupo de Mediodía surge, plena de vigor, la España en que no creyeron, o creyeron demasiado, quienes en la lucha universal de la guerra civil estuvieron del lado de las conciencias inquietas y de la barbarie. — *JUAN CARLOS GOYENECHE.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL PROBLEMA DE LA BURGUESIA, por Tristán de Athayde. Ed. Cursos de Cultura Católica, 1939.

Baudelaire, en la introducción a su Salón de 1845, con su extraordinaria agudeza y aquella fuerza de poderoso corrosivo, se rehusa a continuar usando el apelativo "burgués", aplicado con demasiada frecuencia en las críticas artísticas de mediados del siglo XIX, como "terrible ana-"tema sobre ese ser inofensivo que no pediría otra cosa sino gustar "de la buena pintura, si esos señores supieran hacérsela comprender, "y si los artistas se la mostraran más a menudo".

Y agrega esta fina expresión: "No hay más burgueses, desde que "el burgués —lo que prueba su buena voluntad por llegar a ser artís-"tico, a los ojos de los folletinistas— se sirve él mismo de esta injuria".

Desde mayo de 1845, fecha en que el vigoroso y sarcástico poeta hiciera esta justa observación, mucha agua ha corrido bajo los ojos asombrados de los puentes, y los burgueses han ido adquiriendo, por diversos títulos adquisitivos, hasta la capacidad de comprender la ya muy atrasada pintura de vanguardia.

La familiaridad con la riqueza, con los buenos modales y con los viajes, les ha permitido alcanzar el pináculo del estetismo de que nos habla Tristán de Athayde en su perspicaz estudio sobre la Burguesía.

Lejos de obstinarse en la incomprensión frente a dudosas o difíciles manifestaciones artísticas, ellos han contribuido, en su impaciencia por enseñorearse del mundo y en particular de las cosas que estaban fuera de su natural alcance, a favorecer la elevación de ciertas graciosas cotizaciones.

Pero si ha perdido actualidad la recriminación a la burguesía del mundo artístico, válgase o no la tal burguesía de su propio nombre como injuria, no se puede negar que todavía subsiste (sobre todo en América) la necesidad de estudiar en general, desde el punto de vista de la filosofía de la historia o de la cultura el problema de la burguesía.

Y esto es lo que ha intentado con brillo Tristán de Athayde; conciliando bien la visión superior y serena del filósofo con la exacta observación del sociólogo.

Este libro no es un estudio sistemático de la cuestión pero sin duda su rico material prepara nuevas reflexiones y está lleno de matices y precisiones tan certeramente señalados como aquella distinción que hace entre el desarrollo de la burguesía en las naciones latinas de cultura católica y en las naciones anglosajonas de cultura protestante.

El mismo autor declara su propósito reconociendo la limitación del mismo: "delinear apenas el tema más dramático de nuestro tiempo, pues "este libro no es sino el plan de otro que está por hacerse".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En uno de los párrafos precedentes, Tristán de Athayde nos había dicho: "El día en que ví que la Verdad existía y que el gran mal de "nuestra generación consistió en no creer en su existencia, ese día perdí "también la obsesión de escribir con perfección y dominando integral- "mente los temas".

"Sentí que era más urgente decir algunas cosas imperfectas pero ne- "cesarias —para un país (dice del Brasil pero también nos cuadra) en "donde hace más de medio siglo medran todas las ideologías destructo- "ras de la civilización cristiana que aún nos resta—, que silenciarlas "por una modestia que las necesidades del momento trágico que vivi- "mos, convertirían en traición".

Quede para otra oportunidad aceptar esta "urgencia" de orden práctico que aquí se menciona, conservando la jerarquía del orden total que exige en cuanto es posible la perfección de la inteligencia de la cual solamente puede proceder la fecundidad de la operación y de la acción.

El problema de la burguesía ha sido obscurecido en el plano político y social tanto como en el plano artístico según la sutil ironía antes transcripta de Baudelaire.

En efecto, los alcances más violentamente peyorativos del término "burgués" en política, se deben a Marx y a sus secuaces.

La parte de verdad que se contiene en la crítica negativa de Marx ha llevado a muchos demasiado lejos, y hasta numerosos escritores de inspiración cristiana, arrastrados por una apologética imprudente, suelen valerse de la acrimonía pseudo profética de los revolucionarios de izquierda.

Pero una observación cuidadosa del sistema de la rebeldía, de sus principios y de sus manifestaciones psicológicas y sociológicas, parodiando aquella ingeniosa definición que denuncia en el ladrón nada más que a un financista impaciente, lleva a descubrir en el socialista, sea más o menos revolucionario, a un burgués insatisfecho en potencia.

Si el socialista es rico o aspira a serlo, la insatisfacción corresponde al estado de su conciencia o al estado de su bolsillo.

Si es pobre, pero verdadero pobre, pobre en espíritu... Pues, entonces no es socialista.

Por dos veces el penetrante escritor brasileño que fuera, no ha mucho, nuestro cordialísimo huésped, al referirse al problema de la burguesía nos habla de "drama" y de "momentos trágicos".

De primera intención, la lectura de estos párrafos nos podría hacer sonreir como ante expresiones un poco exageradas con las que Tristán de Athayde, haciendo honor a su modalidad nacional, se ocupara del "inofensivo burgués".

Mas, nuestra sonrisa no sería discreta por cierto.

En el fondo de este libro, no es difícil advertir cómo el autor denuncia la subversión profunda que comporta el advenimiento al poder de la burguesía.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Y apenas podemos imaginar la magnitud de la tragedia que puede producir la exaltación al poder de ciertos inofensivos.

El periodista Azaña, por ejemplo, o el farmacéutico Giral, o el cirujano Negrín o tantos otros genuinos burgueses (inofensivos dentro de una sociedad que no hubiera perdido la cabeza) fueron los que prendieron el fuego del incendio español.

Y no creáis demasiado en la crueldad de estos mediocres.

Pensad en cambio en la gravedad de la subversión que significa una España que, después de todo y a pesar de todo, era la misma España de Isabel, de Carlos o de Felipe, reducida al dominio de estos personajes.

La magnitud de esta tragedia no corresponde a la grandeza de los personajes o de su destino, sino a la enormidad de la desproporción entre los personajes y las funciones que un destino caprichoso o justiciero les hubiera atribuido.

Claro está que la grandeza auténtica es también llamada a reparar el daño, el cual resulta ser como el producto de un gigantesco fenómeno de la naturaleza.

En la tragedia moderna, verdadera tragedia, no falta ni puede faltar el Héroe; pero, éste, a fe que no representa a la burguesía.

Pero, Tristán de Athayde obra como verdadero científico: sólo quiere estudiar objetivamente la cuestión.

Así, nos habla de la formación medioeval de la burguesía, de la influencia renacentista, de su triunfo en Inglaterra, en Francia y en Estados Unidos; nos describe, en fin, admirablemente, el esplendor y la decadencia de la clase burguesa, distinguiendo siempre en esta clase social sus elementos formales o ideológicos y sus elementos materiales.

Por último, el autor plantea la cuestión de la "salvación de la burguesía".

Lejos de nuestro ánimo por cierto negar la posibilidad, la conveniencia y la necesidad de la salvación espiritual y material de los burgueses individualmente tomados; pero, ¿se justifica por ventura, el empeño de salvar a la clase como tal, o sea conservarla en el subversivo predominio de que goza dentro de la sociedad?

Firmes en nuestra convicción de que la aristocracia tiene un fundamento absoluto en la realidad social, pensamos que ni siquiera debe plantearse el problema de la salvación de la burguesía.

La burguesía deberá ser destronada y restituida a las subalternas funciones que le competen, así la verdadera aristocracia que la suceda, deba provenir en parte de sus propias filas. Los movimientos de reacción, genéricamente fascistas, ya están elaborando las bases de una nueva aristocracia.

El gobierno de la burguesía es el último término de la subversión,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

porque el gobierno del proletariado, que le sucedería, según el ciclo de la Revolución, es un impensable, ya no es gobierno.

Y para evitar esta disolución mortal no queda más remedio que la restauración por obra de los "optimates", lo que por cierto nada tiene que ver con el gobierno de los ricos.— *HECTOR AUGUSTO LLAMBIAS.*

"TRATADO DE LA ORACION Y SUS GRANDEZAS", por el Beato Simón de Rojas. Edición de los Cursos de Cultura Católica. 1939.

Debemos agradecer a los Cursos de Cultura Católica la publicación de esta obra desconocida, escrita hace tres siglos, y muy estimable, ya por su valor intrínseco, ya por su condición de documento nuevo y representativo, que permite a los teólogos confirmar una vez más, con el genuino sentir de la escuela mística española, al que aporta su autorizado testimonio, importantes conclusiones (obtenidas precisamente en lo que va de este siglo) acerca de diversos problemas de espiritualidad, y sobre la historia del misticismo moderno anterior a San Juan de la Cruz.

No diremos que su lectura sea un placer inapreciable ni que esté llamada a producir grandes efectos en las almas interiores. No posee aquel encantador sentido popular de los opúsculos que sobre el mismo tema brotaron de la piadosa pluma de San Alfonso de Ligorio. Y acostumbrados al nervioso y rápido esquematismo de nuestros días, hallamos algo fatigoso el manejo de los clásicos, siempre tan razonadores, tan solemnes y que se mueven con tan desesperante lentitud.

Pero estas consideraciones sobre el estilo no deben aminorar la admiración que merece el contenido doctrinal, del cual los predicadores y escritores podrían extraer abundante material para sus trabajos de divulgación. Es doloroso que se desconozca la inmensa riqueza de nuestra literatura hispana en ascética y mística y que se busque con harta frecuencia inspiración en ajenas y extrañas fuentes, las que, al fin de cuentas, son tributarias de la opulencia española de los gloriosos tiempos de Carlos V y Felipe II.

Atribuyen los editores el "Tratado de la Oración y sus Grandezas" al trinitario Fr. Simón de Rojas, confesor de los reyes y preceptor de los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Infantes, beatificado por Clemente XIII en 1766. Pero los biógrafos del Beato nada parecen saber de semejantes escritos ni éstos reflejan las preocupaciones de aquél, a estar a esas mismas biografías. El santo religioso, es verdad, pudo ocultar su obra y dejarla inédita, a pesar de ser nada menos que el Provincial de su Orden y fundador y director de la Congregación de los Esclavos del Nombre de María, que reunía a toda la nobleza de la Corte; pero, como esto llama la atención en quien en el exordio anuncia no sin vehemencia a los "tediados de la oración", que se propone convencerlos de su error, hubiéramos leído con gusto una justificación sobre este punto de parte de los que pudieron examinar los manuscritos.

No es justo equipararlo, como se ha hecho, a "Los Nombres de Cristo" o a "Las Moradas". No comparte la profunda originalidad de estas obras maestras. Pertenece, en realidad, al período de la literatura mística que Sainz Rodríguez llama "de decadencia o compilación doctrinal". Así como, p. ej., Juan de Jesús María (1611) es humilde discípulo de Santa Teresa y de su escuela, así el autor del "Tratado" lo es de Fr. Luis de Granada, "honra, según sus palabras, no sólo de la Religión sagrada que lo crió, pero de España donde nació" y de otros ascéticos del siglo de oro.

El mérito principal del "Tratado" lo constituyen los comentarios a las Sagradas Escrituras, que se extienden a cerca de mil quinientos textos de casi todos los libros, así sapienciales como históricos del Antiguo Testamento y a las Evangelios y Epístolas del Nuevo. En la interpretación se ajusta generalmente al sentido literal y rara vez al alegórico o al tropológico. Le han servido de guías los más autorizados exégetas católicos.

Adictísimo a los Santos Padres, se advierte en el autor una preponderante afición a San Ambrosio, de cuya "ambrosía" habla con deleite, y a San Gregorio Magno. Pero entre los latinos ninguno le es tan conocido como San Agustín. De los griegos, frecuenta al Crisóstomo, en la versión latina de sus inmortales homilías.

Para las cuestiones estrictamente místicas tiene por maestro, al igual que toda la antigüedad cristiana, al Pseudo Dionisio. "La mayor noticia, afirma, que por escrito de esta ciencia mística tenemos, nos la dió San Dionisio Areopagita". No conoce a San Juan de la Cruz, como veremos. Pero para los demás problemas teológicos acude sin cesar a Santo Tomás y a la "Suma" en particular.

Sus autores espirituales preferidos son San Bernardo y San Buenaventura. En ellos bebió el zumo afectivo que destila por todos los poros el "Tratado" y en ellos se apoyó para componer los capítulos sobre las consolaciones espirituales, si bien exagerando los elementos típicos del franciscanismo, como tantos otros autores presanjuanistas.

Si de las fuentes pasamos a la estructura de la obra, notamos allí

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dos libros distintos: uno que contiene la teoría de la oración, y otro que se refiere a la práctica de la misma. Es de advertir que la oración cuyas grandezas pondera el "Tratado" no es la que se hace rezando o recitando fórmulas, como, por ejemplo, la Oración litúrgica (excelente, por otra parte, como la que más), sino la oración espontánea, personal, y por lo común, interior, con que el corazón humano se eleva hacia Dios.

"Es engaño pensar que un Pater Noster basta o unas mal rezadas Avemarías". Estas palabras, no muy felices, enuncian la tesis de la necesidad de la oración, la cual queda bien probada en seis capítulos. "Tantas y tan altas cosas, concluye, son para más que para vuestro Pater Noster indevoto y mal rezado".

Ocho temas abarca la teoría de la oración. El primero es el de la necesidad. El segundo es una explicación del concepto de la oración que expresa la definición clásica "elevatio mentis in Deum". En estas primeras páginas hay dos o tres digresiones que nos llevan muy lejos del punto central y versan sobre las buenas lecturas y sobre la dirección espiritual. Se muestra laxo el autor cuando requiere "un año poco más o menos" para que peque mortalmente el que nunca ora; y, al contrario, demasiado severo al juzgar los libros "de profanidades", "aquellos comúnmente llamados de caballerías, los cuales justamente con trocar pocas palabras pudieran mejor llamarse libros de vellaquerías".

La división de la oración (que constituye el tercer tema) en jaculatorias, "un breve, presto y repentino vuelo"; meditación, "un vuelo de asiento, despacio y con reposo"; y contemplación, "un altísimo y encumbradísimo vuelo", es muy acertada y original. Nótese que no conoce la contemplación adquirida de que nos habla la escuela antitradicional: "de la teología mística... es justo que El (Dios) sea el maestro, pues también es el autor"... "la teología especulativa que con ruido de argumentos se enseña en las escuelas, enséñanla los hombres, pero ésta sólo Dios". Sin embargo de ello, Dios llama a este estado, contra la sentencia de los asceticistas, a todas las almas que se hayan ejercitado en las virtudes: "el presuntuoso, por letrado que sea, queda tan excluído de esta escuela, cuanto admitido a ella el humilde y rendido a la voluntad de Dios". Ni es orgullo aspirar a tales alturas ya que "sus grandes frutos habían de obligarnos a nunca tomar descanso hasta alcanzar de Dios y hallar este precioso tesoro". Lo cual no impide que censure poco después a quienes "por ignorancia o por falta de maestro espiritual que los guíe o por presunción quieren pasearse por el collado del incienso suave y oloroso de la oración y contemplación (endíadis por "oración contemplativa") sin haber ni aun de lejos visto el monte de la mirra amarga de las lágrimas y la mortificación". "La vida activa, nos dirá en otro lugar, es disposición para la contemplativa".

Fruto general de la contemplación es el amor de Dios. Por este débil puente, rompiendo el hilo del discurso, pasa a estudiar el cuarto tema: la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

caridad en su aspecto teológico. Se adhiere a la tesis de Santo Tomás —que impugnó Suárez— según la cual la perfección cristiana consiste en el precepto de la caridad, de suerte que los preceptos de las demás virtudes y los consejos evangélicos no tengan otro fin fundamental que el de remover los impedimentos de la caridad. "Si nos manda Dios, dice, aborrecer los vicios es porque no nos impidan su amor y si nos manda amar las virtudes es porque ellas nos dispongan para su amor; y si Cristo predicó consejos, fué para quitar los estorbos de este amor".

La mayor o menor dedicación de los que "a Dios en su Iglesia sirven" a la oración, le permite dividirlos, conforme a la tradición (quinto tema), en activos, "enderezados al obrar y al ejercicio de las virtudes morales y obras santas de misericordia corporales y espirituales", y contemplativos, enderezados "al contemplar, y esto no negociado con obras exteriores, sino a solas con el mismo Dios". Los activos "están obligados a la oración como de paso siquiera" y "conviene que hablen con Dios aunque sea brevemente". Por su parte, "el varón contemplativo no ha de olvidar del todo las obras y acción santa". A este propósito enseña, con muy buen sentido, que cada uno debe santificarse dentro del propio estado: "no la casada monja ni la monja casada; no el seglar fraile, ni el fraile seglar; no el mercader clérigo ni menos el clérigo mercader".

La sexta parte, que trata de las "consolaciones", es la más interesante. "Son estos consuelos (que se obtienen por la oración) merecedores de ser procurados, agradecidos y estimados", nos asegura. Si bien reconoce que "no consiste en ellos la sólida y perfecta virtud" y que no debe confundirse la consolación espiritual con la terrenal, no duda en incitar al alma a disponerse para conseguir de Dios "el sabroso y celestial Licor de sus consuelos y visitas espirituales". Parece querer que toda la actividad interior se ordene a la consecución de las "consolaciones celestiales" que serían el medio principal ("creo y tengo por cierto que son gran ayuda") para alcanzar las "sólidas y verdaderas virtudes que mucho agradan a Dios". Ya la "memoria de Dios N. S. causará dulces y espirituales afectos en nosotros", llenará "los ojos de dulces y piadosas lágrimas".

Como puede verse, estamos muy lejos de la absoluta desnudez que exige imperiosamente San Juan de la Cruz. Nada nos recuerda su espíritu, si se exceptúa uno que otro capítulo incidental, v. gr. el de la necesidad de dirección espiritual, que hasta en los argumentos se asemeja al correspondiente de la "Subida". Ello no obstante, las obras del Cisne de Fontiveros vieron la luz pública en 1618. Poco nos habla el "Tratado" de desasimientos y de penitencias; y aun de éstas como de medios para alcanzar consuelos.

Los frutos y las condiciones de la oración (séptimo y octavo tema) hállanse largamente expuestos. El fruto principal es hacernos abrir la "carta cerrada" de la fe, que guarda secretos, desconocidos para el que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

no medita. Y cuanto a las condiciones, están implícitamente manifestadas en estas palabras de Jesús: "En verdad, en verdad os digo: si algo pidiéreis a mi Padre en mi nombre, os lo dará". En sendos capítulos declara cada palabra. Pero en la palabra "Padre" analiza también aquella sentencia del ciego de nacimiento "sabemos que a los pecadores no oye Dios". ¿Porque éstos, careciendo de la gracia, no son sobrenaturalmente hijos de Dios? No por carecer de la gracia, pues, a pesar de ello Dios a veces los escucha, sino porque, como lo interpreta Toledo, Dios no los oye para confirmar sus errores.

El segundo libro, consagrado a la práctica de la oración, abraza tres partes: los misterios de Jesús, ordenados según las fiestas del año litúrgico; los misterios de María, según el mismo orden; y la Pasión del Señor.

El método a que debe ajustarse la meditación recuerda en sus líneas generales las normas del "Exercitatorio" de García de Cisneros y sus "partículas exasperativa, compuntiva y elevativa" del sistema de la vía purgativa. Para su uso adecuado se han consignado varios prudentes avisos. Ellos nos advierten que "el fin de la meditación es despertar algún buen afecto en el alma: la que solamente nos enseña a conocer verdades ni es ni debe ser llamada oración sino estudio o especulación".

Entre las diversas meditaciones se destaca por su extensión y profundidad la de la Santísima Trinidad; muy lógicamente tratándose de un escritor trinitario. En las de la Eucaristía se echa de menos la consideración de un aspecto importantísimo: la del carácter sacrifical de este Misterio augusto. Pero hay un clamor, que suena agradablemente al oído, por la comunión frecuente: "¡Oh tiempos pasados y floridos de la Iglesia especialmente primitiva! donde la frecuencia de este divino manjar era grande".

La Pasión del Señor es de un realismo conmovedor. La meditación de la negación de San Pedro es un fino y psicológico monólogo interior.

Las dedicadas a la Virgen inspiran aquella confianza en lo Alto que debe adornar al "orante" y le enseñan a desterrar la confianza propia "por eso tan peligrosa porque con dificultad se conoce su ponzoña". Son muy doctas y piadosas las reflexiones sobre la Inmaculada Concepción y sobre la Expectación del Parto.

De la Natividad de Nuestra Señora nos dice estas suaves palabras: "Compara el Espíritu Santo (en el Cantar de los Cantares) este divino nacimiento a la creación del Sol y de la Luna, porque así como cuando crió Dios el Sol y la Luna, todo fué uno criarlos y criarlos resplandecientes, al Sol con la propia luz y a la Luna con la que recibe del Sol, así nacer esta divina mañana y nacer pura y resplandeciente con los resplandores de la gracia, todo fué uno". — *JUAN IGNACIO PEARSON. Pbro.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Había en él rasgos de arte bizantino, su técnica era veneciana, adquirida en el taller del Ticiano y quizá en el de los Bassano y el del Tintoretto, también recibió la huella de la escuela romana por conducto del miniaturista Julio Clovio. Llegó a Toledo con acabada posesión de medios según nos lo atestigua el retrato de este último maestro, pero estos medios debían ordenarse a la expresión de algo, debían manifestar el esplendor de una forma más y más espiritualizada. El camino recorrido por el Greco en tierra española resultará patente a quien compare las "Expulsiones de Mercaderes" de Richmond y Minneapolis con la del Museo del Prado, la Asunción de la Virgen de Santo Domingo el Antiguo (hoy en Chicago) con la del Museo San Vicente, la Resurrección del mismo convento de Santo Domingo con la del Museo del Prado.

La materia de su afirmación se desarrolla en él con progresión creciente, pero no en aislamiento desdeñoso o al menos prescindente, sino en estrecha comunión e interferencia con el medio humano que lo rodea. Imposible separar al Greco de Toledo, de la Toledo del siglo XVI, la capital de Carlos de Europa. El Imperio Católico se sustentaba por una interna fuerza de cohesión, aquella fuerza a cuyo impulso se trasladarían las montañas según la promesa del Evangelio. Y era en la ciudadela de ese Imperio donde aquella fuerza era más concentrada, más prieta, más interior, fraguada en centenares de conventos por miles de religiosos, reflejada por todo un pueblo animado de idéntico espíritu. El traslado de la Capital a Madrid dispuesto por Felipe II en 1561 no podía alterar en tan breve lapso las tradiciones acumuladas en largos años de gloria: Toledo era en aquel tiempo la ciudad que ofrecía el conjunto más acabado de lo que han sido la tierra y la civilización genuinamente españolas y Kyriacos Theotokopulos fué antes que nada un fiel de la grey toledana.

Dice Ludwig Goldscheider, prologuista de la obra que nos ocupa: "La vida exterior del Greco era idéntica a la de un hidalgo español dominada por el fasto y por la pobreza". También era su vida interior idéntica a la de un hidalgo español, dominada por la locura de la Gloria de Dios: lo que en Ignacio se hizo ardor de interna lucha y en Francisco Javier cálida predicación y acerado impulso en Juan de Austria, fué en el Greco color y forma.

Durante largos años la gran España fué enigma incomprensible aún para sus mismos hijos; se calificó de tiranía su celo apostólico, de explotación sistematizada su fecunda colonización, y en todo caso, de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

inaptitud radical para la civilización y el progreso todas y cada una de sus actitudes. Durante ese tiempo fué el Greco el ridículo, el extravagante, el desequilibrado, el demente; de haber vivido Freud en tales años nos hubiera hecho sin duda interesantes revelaciones sobre nuestro artista. Con el romanticismo (especialmente el alemán y el inglés) surge una nueva actitud hacia España. La execración se transforma en complacida curiosidad, es ella tierra descomunal y pintoresca y, casi inútil decirlo, radicalmente incomprensible. De este cambio de rumbo beneficia el Greco y de extravagante y desequilibrado se transforma en "loco de genio" o "loco sublime". Finalmente en época casi reciente, asistimos a la revalorización y planteamiento exacto de lo español dentro y fuera de la Península, y con esta tercera fase coincide la rehabilitación definitiva del pintor. Es interesante destacar que paralelamente a aquel pequeño grupo de involuntario esoterismo, que a través de largos años de adversidad mantuvo dentro de España la auténtica comprensión de los valores nacionales, existió también en la Península el pequeño grupo que ininterrumpidamente "mantuvo vivo el culto hacia el Greco conservando ya el respeto, ya la admiración que por él sintieron sus convecinos de Toledo" (Cossío p. 500).

Bien a las claras nos indican estas comunes vicisitudes que es el mismo espíritu, aborrecido o admirado, el que informó a la cultura de la nación y a la obra del artista.

Indudablemente se podrá intentar la explicación de su resurgimiento por las supuestas afinidades de su técnica con la de los maestros impresionistas o cubistas, pero el impresionismo ha concluído y la gravitación del Greco es hoy más firme que en tiempos de su apogeo, y en cuanto al cubismo, no sabemos qué quedará de él.

De este orden, es la explicación de Don Manuel B. Cossío, quien separa al Greco que admira, de su época que repudia, y que funda su grandeza y su resurgimiento en su nueva estética del color y su realismo, su busca del natural, a toda costa.

El error que entrañan estas explicaciones es manifiesto; no es la técnica lo que hace la grandeza del artista (aunque en cierta medida pueda serle indispensable), sino la aptitud de informar la materia —"splendor formae" decía Santo Tomás— que radica en el intelecto práctico perfeccionado por el "habitus", que nada tiene que ver con la habilidad manual y la agudeza sensitiva.

Cuál era esa aptitud y cuáles sus resultados en el caso del Greco, y en qué medida justifican la admiración y hacen incalificable el olvido, podemos juzgarlo por nosotros mismos merced a esta publicación de las ediciones del Phaidon, cuyas cuidadísimas fotografías, ora abarcando conjuntos, ora singularizándose con las figuras centralos o con pequeños detalles, nos dejan percibir la composición de volúme-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nes, el juego de luces y sombras, hasta las pinceladas, en muchos casos. Podemos entrar por ella, en contacto directo con la obra.

Si hubiéramos de buscar la idea dominante, cuya germinación en el alma del artista da íntima unidad a esta obra tan vasta y tan diversa, nos animaríamos a señalarla aun a riesgo de temeridad, en la afirmación de la correspondencia entre la vida terrena y la divina, de la realización "hic et nunc" de una anticipación celeste por la gracia santificante. Resplandece esta afirmación en todas y cada una de las composiciones como en una maravillosa letanía: en el recogimiento de las "Adoraciones de los Pastores", en las analogías del "Enterramiento", en la oración de "Juan Romero", en la severa reflexión del "Caballero Desconocido" de Nueva York, en la paz intensa del "San José", en la tracción vertical de la "Resurrección" del Prado, en la deslumbrante síntesis de los dos "Bautismos", en la expectación interior de todos los "Apóstoles", en la afirmación litúrgica del "San Ildefonso" del Escorial, en la espiral ascendente de la "Asunción" del Prado.

Pero aunque no se acepte la existencia de este o cualquier otro motivo central hay en esta obra, cuyo conjunto nos cabe ahora entrever, un carácter profundo e indiscutible: el arte del Greco es un arte cristiano. Arte cristiano que definimos, copiando a Maritain, "por el sujeto donde se encuentra y por el espíritu de donde procede, decimos arte cristiano o arte de cristiano como decimos arte de abeja o arte de hombre. Es el arte de la humanidad rescatada. Está plantado en el alma cristiana, a orillas de las aguas vivas, bajo el cielo de las virtudes teologales, entre el soplar de los siete dones del Espíritu". Tanto en los temas sacros como en los profanos, nos hallamos ante la obra bella, producida por el artista cristiano que trabaja en una sociedad cristiana.

Como tal apareció esta obra a sus contemporáneos y como tal reaparece hoy. Eso fué y eso es el Greco: un testimonio. — *ALBERTO ESPEZEL BERRO.*

BIBLIOTECA DE CULTURA PERUANA.

La casa Desclée de Brouwer, de París, acaba de editar la primera serie de publicaciones de la Biblioteca de Cultura Peruana, que dirige don Ventura García Calderón y patrocina el general Benavides, Presidente del Perú.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Trece son los volúmenes aparecidos, en los que se han distribuído una parte selecta de la obra intelectual realizada en los cuatro siglos de la vida de aquel pueblo. Su lectura deja una impresión bastante precisa del desenvolvimiento cultural y de la altura alcanzada por él, cuyo período culminante puede fijarse en el siglo XVII y los puntos extremos de su esplendor en los días del conquistador Pizarro y en los del general San Martín.

El primer volumen está dedicado a la literatura inca. En sus páginas puede apreciarse el valor indiscutible de la conquista española, que supo recoger lo que había de bueno en los pueblos sometidos e infundirles la savia vivificadora del cristianismo. Ollanta, eco fiel de las tradiciones precolombianas, y el auto sacramental sobre la parábola del hijo pródigo, demuestran lo uno y lo otro. Es particularmente interesante esta última pieza, verdadera síntesis en la que armoniosamente se juntan la pulcritud teológica de las producciones de la península con la frescura del ambiente neófito del Cuzco.

Diversos fragmentos entresacados de las crónicas escritas por los conquistadores, integran la materia del tomo segundo. Los personajes y los hechos, las empresas y hazañas que narran sus autores, colocan al lector en la disposición de ánimo necesaria para comprender todo lo que históricamente siguió después.

Garcilaso de la Vega Inca llena todo el tercer volumen. Hijo de un conquistador y de una princesa incaica, escritor de primera fila en las letras castellanas, el inca Garcilaso, cuyo cuarto centenario se celebra en éstos días, es un exponente auténtico de la primera generación hispano-indígena.

Los tomos cuarto, quinto y séptimo, contienen los autores y escritos del siglo de oro del Perú. Siglo de oro del Perú y de América que es el siglo de oro de España, cuya cultura prodigiosa ha pasado mares y montes, y se extiende desde Flandes hasta el Pacífico austral. La literatura es una de sus tantas manifestaciones que, como la arquitectura de entonces y las demás artes, apenas nos descubre algunos aspectos de la riqueza moral de aquellos tiempos.

La limeña anónima que escribe a Lope de Vega, el doctor "Lunarejo" que desde el Cuzco sale en defensa de Góngora, aquel Juan de Caviedes que alterna burlas con incursiones por la poesía religiosa, el príncipe de Esquilache y toda la corte literaria del palacio virreinal, los cronistas de conventos con sus relatos de hechos maravillosos, el autor de la "Cristiada", Mexía de Fernangil, Valverde, el Padre Meléndez, que escribió sobre Santa Rosa y el beato Martín de Porres, pueden dar una ligera idea de lo que fué el Perú de los siglos coloniales, donde hasta los mismos indios hablaban el latín, leían a Virgilio y celebraban en sus fiestas los triunfos de griegos sobre troyanos.

Pero indudablemente hay algo que excede y sobrepasa todo, abso-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lutamente todo, y es lo que Meléndez nos dice de los dos grandes santos peruanos: Rosa de Santa María que rezaba acompasada por los zumbidos de los mosquitos y cantaba las misericordias del Señor a coro con las aves del cielo, mientras una corona con noventa y nueve clavos hería sus sienes, y el beato fray Martín que, semejante a San Francisco de Asís por su ferviente caridad, tan ardiente que llegaba hasta los animales más abyectos, azotaba hasta lo indecible sus carnes al par que sembraba los alrededores de Lima con variedad de bellísimas flores sólo a fin de que los que lícitamente se recreaban "bendijesen y alabasen al Creador, que no faltando a sus criaturas en lo necesario, les quiso proveer en lo deleitoso".

Muchos autores del siglo XVIII y algunos de comienzos del XIX figuran también en estos volúmenes, y no ha sido desacierto incluirlos en ellos pues son como un eco continuador de los anteriores, no sólo por los temas que tratan y los géneros literarios que cultivan sino por inspirarse en las mismas fuentes. La figura de Olavide, tan llena de matices, es tal vez una de las más interesantes.

El tomo sexto es una reedición de las célebres páginas de Concolorcorvo. A pesar del apasionamiento y la relativa injusticia que lo caracteriza, el Lazarillo de Ciegos caminantes continúa siendo una obra de gran importancia para el estudio de la vida colonial del siglo XVIII.

El octavo con sus poesías románticas y los dos novenos con sus críticas costumbristas, ponen de manifiesto la sociabilidad y la cultura peruanas de la centuria pasada; la fina ironía limeña y el romanticismo arequipeño son sus notas predominantes, y, si bien carecen del vigor y de la frescura de los clásicos, se leen con interés y con provecho. El impío y blasfemo González Prada es quizás el escritor de más fuste; aparte su valor literario, posee una agudeza poco acostumbrada para juzgar a los hombres de su tiempo; su juicio sobre los católicos liberales tiene aciertos verdaderos.

El diccionario de peruanismos de Juan de Arona, pseudónimo de Pedro Paz Soldán y Unanue, y las tradiciones de don Ricardo Palma dan materia a los tomos 10 y 11. Se trata de obras conocidas entre nosotros que no podrían haber sido omitidas en la colección sin desmedro del valor de la colección misma.

El décimotercero y último volumen, o sea el tomo duodécimo, contiene exclusivamente poesías de José Santos Chocano. Evidentemente es un final que condice poco con los comienzos, pero no hay que olvidar, y lo mismo cabe decir de todos los pueblos hispánicos, que de Garcilaso a Chocano media la misma distancia que va de un Pizarro, un Cortés o un Juan de Austria a cualquiera de los demagogos y liberales del ochocientos.

Hoy que asistimos a una aurora del valor y del poderío español,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

quizá estemos cerca de un auténtico renacimienot de la cultura y la civilización logradas hace ya tres siglos por el imperio cristiano de los reyes castellanos en Indias, o, mejor dicho, por el imperio de Cristo en España y América. — *SANTIAGO DE ESTRADA.*

ESTACION. Revista del Club Universitario de Buenos Aires, invierno de 1939.

Diversos méritos reune este primer número de la revista del Club Universitario que acaba de aparecer. Nos detendremos solamente en uno de ellos que estimamos fundamental por el íntimo nexo con que la vincula a tantas y tan diversas manifestaciones —ignoradas muchas veces— de nuestra generación y por la vibración simpática con que nos acerca a los autores. "Estación" no es una publicación neutral, tiene color y lo proclama en la primera de sus páginas para que no haya lugar a equívocos. Dos caracteres fundamentales del espíritu burgués que tan magistralmente nos pintaba Athayde se ven así descartados desde el comienzo: ni agnosticismo religioso ni estetismo artístico. Dios, causa y fin; la palabra, don divino destinado a integrarse mediata o inmediatamente en el servicio del Todo; el contenido espiritual de la nacionalidad, preocupación primera y constante.

La enunciación de tales aspiraciones granjea de inmediato la simpatía o impone al menos el respeto, y mucho más cuando se considera que los redactores han padecido nuestra universidad, pieza maestra del espíritu burgués, informada de pragmatismo y temerosa de la Verdad por sobre todas las cosas.

Hay más, esos mismos redactores, por cuanto miembros de una institución deportiva, se encontrarían en las mejores disposiciones para asimilar los términos cultura y cultura física si se dejaran llevar de esa universal tendencia al predominio de la parte sobre el todo tan característica de nuestros días, en que la mutilación parece ser la condición del desarrollo. Y si esperaran que la síntesis armónica viniera de nuestra enseñanza superior oficial, que ésta estimulara el desarrollo de la "mens sana" a cuyo servicio el "corpus sanum" habría de ordenarse, muy larga sería la espera; el "corpus" pasaría de "sanum" a "sanissimum" y de "sanissimum" a "caducum" antes que la "mens" lo informara sobre el Derecho que su fuerza debía sancionar o la Justicia que ella debía servir.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Es entonces lógico y loable que los jóvenes intenten la síntesis por su propia cuenta. Mientras la cátedra siga creyendo que la neutralidad, la indefinición y el relativismo son las condiciones de su existencia, nos quedamos con la buena voluntad —tan lograda en este caso— que se inclina ante los dictados de la Cátedra infalible. — *ALBERTO ESPEZEL BERRO.*

DESCENSO Y ASCENSO DEL ALMA POR LA BELLEZA, por Leopoldo Marechal. Ed. Sol y Luna, Buenos Aires. 1939.

Descenso y ascenso, tal es el viaje natural del alma. Descenso hacia lo creado y ascenso hacia el Creador. Descenso hacia lo sensible y ascenso por lo sensible hacia lo inteligible.

El alma y el cuerpo constituyen una unidad perfecta que es el hombre. El alma puede vivir sin el cuerpo pero no se completa sino con el cuerpo. Es decir, que no hay hombre completo sino cuando existe un cuerpo informado por un alma. De ahí que el cuerpo no sea algo absolutamente despreciable, como creía Platón, ni su origen sea perverso, como también afirmaban los maniqueos y todos aquellos que han creído en la existencia de un principio absoluto del mal. Dios creó el alma y el cuerpo. "Deus creavit cœlum et terram". El mal no es más que un desorden, una desintegración.

Por eso el hombre debe valerse de esos medios materiales —internos y externos— para llegar a su fin último que es la contemplación. Despreciarlos significaría desconocer el valor de la creación y cometer un pecado de angelismo. Los mismos santos cuando flagelan su cuerpo le asignan a éste un valor inestimable. Es el medio de su santificación y, al castigar lo que es bueno en sí mismo aunque corrompido por el pecado, no pierden de vista la futura resurrección. Ellos descienden para ascender, como Cristo descendió y ascendió.

El poeta también desciende y asciende. Porque es hombre —antes de ser poeta— y tiene una vocación celestial, desciende y asciende, y porque es poeta —y en esto se diferencia de los demás hombres— también desciende y asciende. Desciende y asciende por la belleza. Tiene un hábito, una predisposición para ver ese especie de bien que es la belleza, ese resplandor de la forma de las cosas, o de la verdad de las cosas, o del orden de las cosas (pues todo es lo mismo), en una palabra, tiene un hábito para aprehender el resplandor de lo que las co-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sas son. Y por ese resplandor de las cosas el poeta viaja hacia la eternidad. Descubre la unidad en la multiplicidad de las cosas y goza directamente de esa unidad. El viaje del poeta es veloz y menos arduo que el del santo, pero es también más inestable. El poeta debe volver hacia lo creado, su misión es moverse (en tanto que poeta) entre las criaturas. "El poeta —dice M. Roland de Reneville— se identifica con las fuerzas del universo manifestado, mientras que el místico las atraviesa y trata de alcanzar, detrás de ellas, el poder inmóvil y sin límites de lo absoluto". El poeta vuelve a las criaturas e imita la belleza, que misteriosamente ha contemplado, por medio de la imitación de las criaturas. Y entonces comienza la difícil y ardua labor del artista.

Así, el poeta se convierte en un obrero. Pero sin dejar un instante de ser poeta pues, en ese caso, ¿cómo discerniría sobre la conveniencia de emplear tal o cual imagen, tal o cual color, tal o cual sonido o palabra y, sobre todo, tal o cual género de arte para poder imitar? Porque el artista debe encontrar los medios para construir una obra lo suficientemente perfecta como para que otra inteligencia, al contemplarla, intuya la belleza que él mismo contempló.

Pero si el poeta desciende y asciende y luego, vuelve a descender es para colaborar con Dios en la obra de la creación y para que otros desciendan y asciendan. El artista vuelve a descender, no para perderse en la multiformidad de las cosas sino para mostrar a sus semejantes el resplandor de su unidad.

El viaje se reduce, pues, a un descenso exigido por la materialidad y a un ascenso requerido por el espíritu.

El descenso y ascenso de Leopoldo Marechal está en el "Laberinto de Amor". Aquí el viaje está recubierto con las transparencias del lenguaje poético, del lenguaje simbólico y semiobscuro pero eminentemente vivo, que es el lenguaje de la poesía.

En el "Laberinto de Amor" se desciende:

Allá toda hermosura decía su lenguaje
Y en toda flor el alma puede salir de viaje

y se asciende:

En un anochecer, al oriente, mi duelo
buscaba por amor las figuras del cielo.

Pero el "Laberinto de Amor" es en sí mismo un descenso y un ascenso. Si fuera sólo la descripción del descenso y del ascenso no sería poesía sino que sería prosa, en el sentido estricto del término.

Pues bien, el "Descenso y Ascenso del Alma por la Belleza" es la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

descripción del viaje. Es un discurso, con todas las bellezas propias de la prosa, sobre el itinerario del alma desde la criatura al Creador. Es un discurso hecho por un poeta —por un gran poeta— que no puede prescindir de la poesía, pero es un discurso. Intenta ser sólo una glosa de un texto de San Isidoro, pero sobrepasa esa intención y se convierte en un libro con un ser particular y propio.

El tema es grande y casi inefable. "Hablaré —dice— de la belleza, del amor y de la felicidad" y luego comienza el viaje que ha de culminar en la posesión del Principio Primero, que es fuente de toda belleza y de toda felicidad.

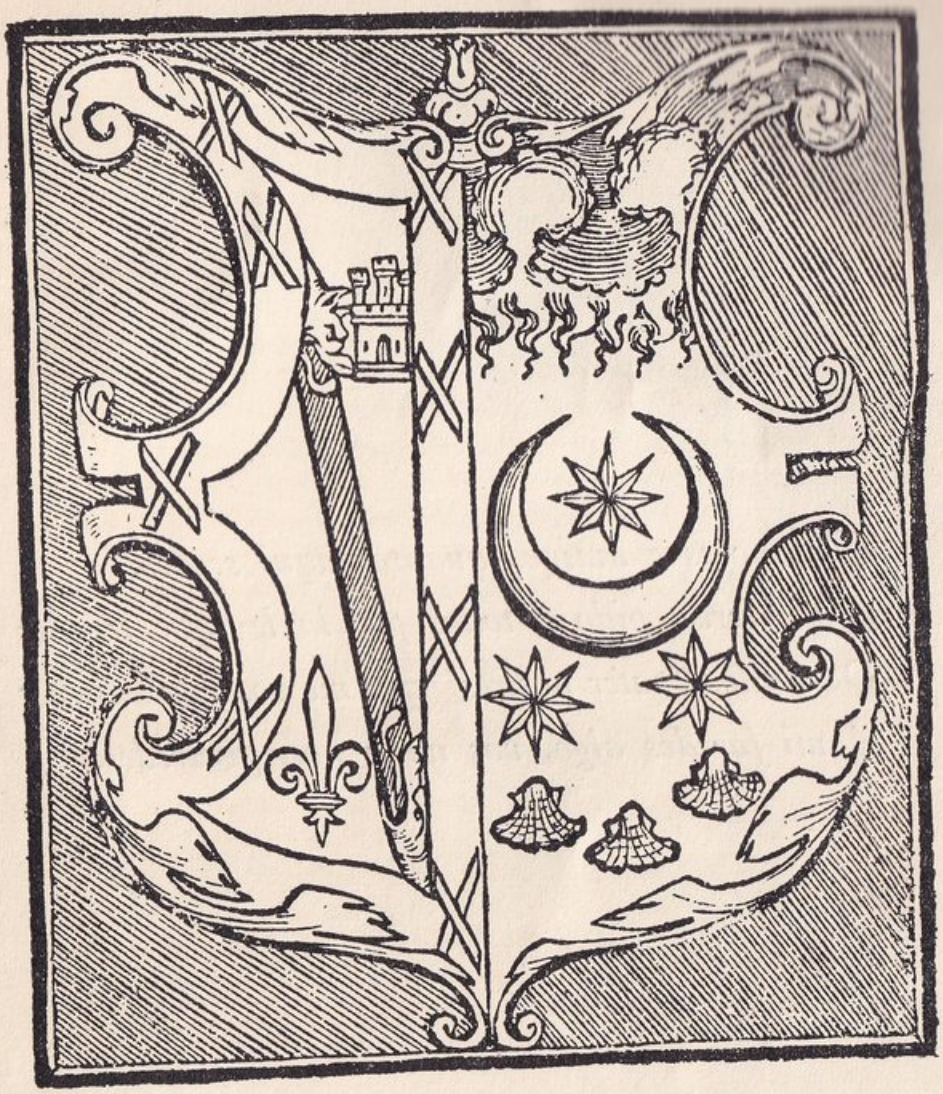
El viaje, ya dijimos, es el viaje natural del alma. Por la consideración de las criaturas llegamos a la consideración del Creador, dice San Pablo. Marechal recuerda a San Agustín y a Platón. Ambos nos señalan el itinerario: de belleza participada en belleza participada a la belleza en sí misma. De la belleza, de las cosas corporales a la Idea de Belleza, según Platón; de la belleza de las cosas creadas a la Belleza que las crea, según San Agustín. Luego nos habla Marechal del peligro de la dispersión: la Esfinge. El hombre puede perderse, si desoye los llamados de la Prudencia, en la belleza de las criaturas y entonces éstas terminan por devorarlo. Debe, sin embargo, interrogarlas, buscar en ellas los vestigios del Amado; descender a ellas sin servirlas. En una palabra, debe ser su juez. Las criaturas le ofrecen, entonces, un cántico de afirmación y de obediencia y, así, el alma por ellas y a través de ellas llega a la posesión del Bien y de la Verdad, para entonar, en hermandad con todo lo creado, un interminable aleluya. Pero, como la naturaleza del alma es una naturaleza corrompida por el pecado, busca su refugio en la Iglesia de Cristo.

Tal es el esquema de ese hermoso libro. Comienza haciendo consideraciones sobre la belleza, como resplandor del orden, la verdad o la forma y termina en un Laus Deo et Agno, que es una alabanza al Creador de toda belleza y al Redentor de todas las cosas que habían perdido la belleza.

Este libro es un tratado de estética porque habla de la esencia de la belleza, pero es sobre todo un itinerario porque habla del modo de alcanzar y unirse a la Belleza. — *JOSE MARIA DE ESTRADA.*

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA
BUENOS AIRES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



L U N A

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Sennores e amigos quantos aquí seedes,
Mercet pido a todos por la ley que tenedes
De sendos "pater nostres" que me vos ayudadedes;
A mí faredes algo, vos nada non perdredes.

TERMINOSE DE IMPRIMIR EN BUENOS AIRES, EL 21 DE OCTUBRE DE 1939
POR FRANCISCO A. COLOMBO, HORTIGUERA 552.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar